Antología de ciencia ficción latinoamericana

AMERINDIA

electropunk

PBMV EDITORIAL

$2.025 x 10^3

$1.00 ~~USD~~

Alpaka Editores

PARTE UNO

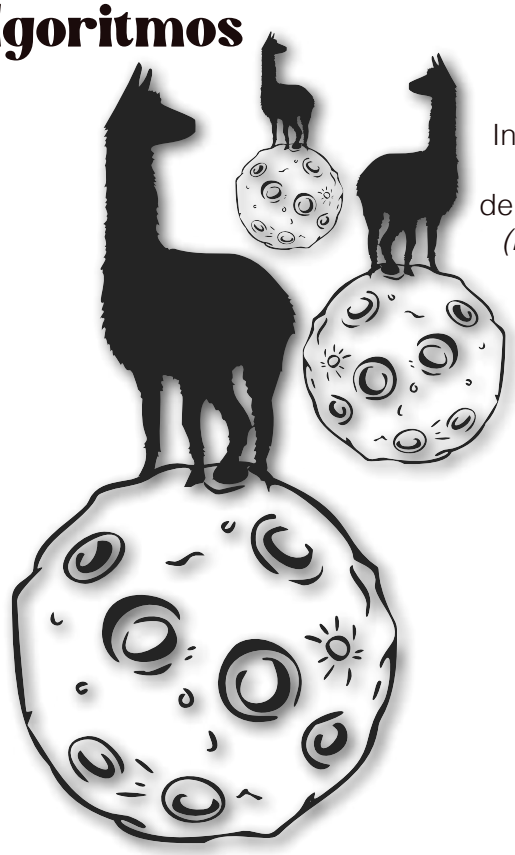
CIRCULACIÓN GRATUITA

De cuentos y algoritmos

Compilado por Walter Palacios II

Prólogo de Mariana Henríquez

De cuentos y algoritmos



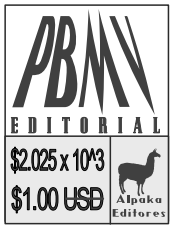
Iniciativa impulsada por escritores independientes y miembros de los grupos: *Only Narradores*, *(EPU) Club de lectura* y *El balcón de Herodes*

CIRCULACIÓN
De cuentos y algoritmos
GRATUITA

AMERINDIA ELECTROPUNK

Selección
Walter Palacios II

Prólogo
Mariana Henríquez Benengeli



Primera edición. 2025

Anerindia electropunk / selección de Walter Palacios II ; pról. de Mariana Henríquez Benengeli - Perú, Bolivia, México, Venezuela : Editorial PBMV, 2025
Diseño de portada: Walter Ulises Palacios Hernández

Distribución digital

Derechos de autor y licencia

© 2023 Walter Ulises Palacios Hernández, L.R. Moya, A.J. Roflo, Sarko Medina Hinojosa, Oruga, Heliogábalo H, Luis Muelle, Brahn Martinez, Héctor Medrano, Marcos Iván Glaván García, Mario Giussepe Salcido Conde, Esaú Juárez, Manuel Martinez, Omar Gabriel López Delgado.

Este libro está distribuido bajo la licencia Creative Commons Atribución-NoComercial-SinDerivadas 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0) . Esto significa que:

Atribución : Puedes compartir este libro siempre que des crédito al autor original, proporciones un enlace a la licencia y señales si se realizaron cambios.
NoComercial : No puedes utilizar este libro con fines comerciales.
SinDerivadas : No puedes distribuir versiones modificadas o adaptaciones de este libro.
Para más detalles sobre esta licencia, visita: https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/ .

SUMARIO

~~*Welcome to...*~~

Bienvenido a Amerindia electropunk

Hoy por hoy nadie duda de la existencia de la ciencia ficción latinoamericana. Hay una amplia bibliografía que respalda sus diversos cursos y devaneos, sus modos de sincretismo con la cultura local o los sueños del fraile Manuel Antonio de Rivas de llegar a la luna mucho antes que Julio Verne. Su historia es amplia y múltiple, sus antecedentes numerosos, sus fuentes de inspiración son inagotables, como inagotables son las civilizaciones que nos anteceden. No obstante, ¿dónde está? ¿Dónde se oculta? ¿Por qué parece un animal que teme a la luz?

Algunos aluden a que Latinoamérica o el tercer mundo en general carecen de un proceso industrial continuo que los obligue al contacto directo con la tecnología a la misma velocidad que sus vecinos en el norte. Pero esto equivaldría a considerar a la ciencia ficción como un apéndice del progreso tecnológico, descartarla como un proceso imaginativo y agruparla en un estigma contextual.

Otros creen que los países subdesarrollados tienen una especie de conexión profunda con la magia y posiblemente teorizan que una enorme superstición blinda cada una de nuestras casas. Se resisten a idearnos como algo más que personajes de Gabriel García Márquez descubriendo el hielo. Aun si lo aceptásemos, si nos creyésemos poseedores de una especie de pensamiento mágico radical, esto no comportaría sino una enorme ventaja, ya que, según la tercera ley de Clarke, toda tecnología suficientemente avanzada es indistinguible de la magia. La ciencia ficción no deja de ser pensamiento mágico bien razonado.

La respuesta es mucho más sencilla y se encuentra en cada uno de los cuentos reunidos en esta antología, salvo que ninguno de sus autores la escribió textualmente. No está oculta, pero tampoco se muestra desnuda. Los textos de Amerindia Electropunk fueron escritos por autores jóvenes de diferentes países y, aun siendo diferentes, parecen unirse como un testimonio de una profunda desigualdad estructural.

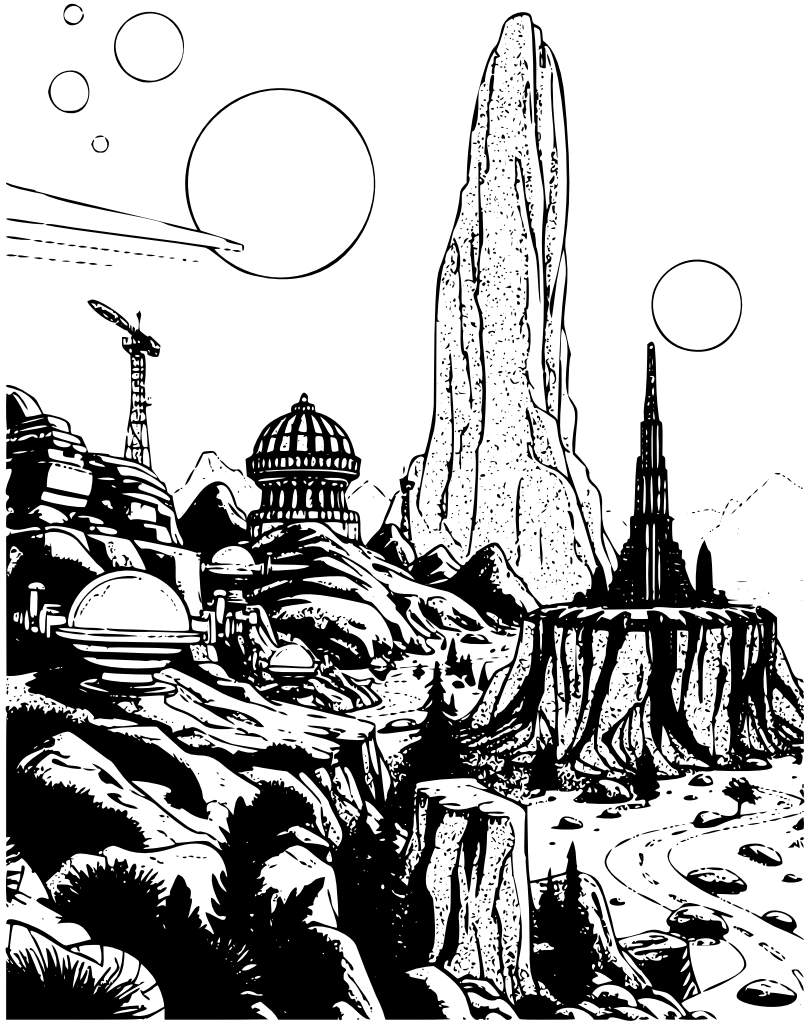
Hallaremos en este libro a una clase de héroe diferente, el héroe que ha sido mil veces vencido, rodeado por un mundo lleno de violencia, opresión e injusticia. No se trata de un manifiesto de desesperanza o de la elaboración de una escatología digital, sino de un infierno amplificado que se vive como se sufre: un juego de realidad aumentada.

Visitaremos tierras amenazadas por seres inconmensurables, cordilleras apocalípticas, pesadillas donde los sentidos se anulan, futuros estériles, revoluciones marginales, cuentos de revistas de seis centavos, paradojas temporales, colonizaciones silenciosas o planetas donde el sol jamás es visible. Cuestionaremos la belleza, sobreviviremos o no a la violencia, conoceremos una novedosa forma de hambre, asistiremos a pueblos llenos de fantasmas digitales, descubriremos el viejo arte de ocultarnos en una cueva, enfrentaremos epidemias sentimentales, monolitos que desafían la geometría e intentaremos cambiar el curso del tiempo.

Después de este viaje donde todo está más allá de vencer o ser vencidos, sabremos que un mensaje incómodo no puede decirse en voz alta sin correr una clase de peligro. Tomaremos el riesgo.

Mariana Henríquez Benengeli, Sauchefu 2025

AMERINDIA ELECTROPUNK



La promesa de que no hay Dios

POR A.J. ROFLO

EVANGELINA

—Si tuvieras fe como un granito de mostaza.

La canción resonaba en su cabeza, y estaba harta.

—Otra vez —dijo la instructora del coro.

No le encontraba sentido al granito de mostaza; se lo habían explicado en el catecismo, pero tampoco tenía mucho interés en significarlo. Le gustaba mucho cantar, y era muy buena en ello, pero aquellas canciones, aquellas melodías, no lograban conmoverla.

«Si tuvieras fe como un granito de mostaza».

—¡Si tuvieras fe como un granito de mostaza! —gritó, más que cantarlo, y le dio risa. La instructora la miró con desaprobación, y paró el ensayo.

—¿Crees que eso agrada a Dios?

Evangelina la imitó en su cabeza con una voz estúpida, y sus ojos casi la delatan. Bajó la mirada

—Lo siento Señor —y miró al techo. El ensayo se reanudó, y por fin Hazael estuvo satisfecha con el resultado.

—El Señor todo lo ve, y queremos agradarle con nuestros actos —dijeron como todos los días para concluir las clases. Evangelina tuvo esa sensación diaria de tener que suprimir todos sus pensamientos para poder agradarle al Señor.

«¿Podrá Él saber lo que pienso realmente? No, no cuestiones su poder, el Señor es omnipotente».

El sol comenzaba a meterse, por lo que *El Ojo* ya era visible en el cielo.

EL OJO

El treinta de septiembre del dos mil veinticuatro fue la fecha en la cual «el Señor» hizo su aparición.

Las investigaciones ya habían concluido, el experimento Facto había sido exitoso, y con los recursos del Vaticano y de millones de fieles alrededor del mundo, lograron concluir que Dios se encontraba ahí fuera como una Materia Sagrada, la misma que se encontró en el Sudario de Turín y en las lágrimas de sangre de la Virgen de Santa Catarina. *El Ojo* fue la confirmación.

Fue quizás que se vio descubierto, que observó el revuelo, las revueltas, la destrucción y el gozo que causó el final de la investigación, que tuvo que acercarse y realmente vernos. *El Ojo* se abrió a las 9:56 de la noche, y medio mundo enloqueció de horror ante aquel evento; era una esclerótica tan blanca y resplandeciente que podría confundirse con la superficie de la Luna en sus mejores noches, y un iris café, con el tono que solo los ojos cafés pueden adquirir al ser iluminados por un rayo matutino del sol. Era hermoso.

La perspectiva de un ojo enorme mirándonos desde los cielos fue más de lo que muchos pudieron tolerar, y perecieron ante la sola imagen. Miles más no quisieron despertar con aquel extraño espía celestial, y se quitaron la vida en los días posteriores. La incertidumbre era un veneno.

«Es Él», fue la declaración del Papa, y media población suspiró con alivio.

La muerte de los otros líderes religiosos del mundo fue una señal de que era el catolicismo el camino que *El Ojo* de Dios quería que siguiéramos.

La destrucción de templos ajenos a la religión aparentemente elegida fue la siguiente. Y luego se dieron los desastres naturales en los lugares en los que la mayoría se resistía a los designios divinos. Después sucedió la petición del Papa. Y todo esto en solo una semana.

Han pasado quince años desde entonces.

INCERTIDUMBRE

«Si tuvieras fe como un granito de mostaza».

—Ya —se dijo a sí misma Evangelina en voz baja. Estaba cansada de la canción. Practicó algunos acordes en la guitarra y se recostó en su cama. No tardaría su mamá en llamarla al Rosario nocturno, y le tocaba a su papá flagelarse, así que no debía tardar ni un solo segundo en acudir al patio. Es lo que agrada a Dios.

Cerró las persianas, pues ahí estaba *El Ojo* de Dios viéndola, y sintió miedo. Le faltaba poco para experimentar ella misma su espalda siendo azotada, cortada y perforada por las espinas, demostrando su Devoción de la manera más pura en que le parecía a Dios. El Papa lo supo por medio de un sueño, y Evangelina pensó que por eso todo estaba tan mal: se estaban rigiendo por los sueños de un hombre que hacía años había perdido la cabeza. O eso decía su tía Jael, a la que se llevaron los Suplicantes hacía tres años por designio divino.

—Ya —se dijo a sí misma. Le daba miedo su cabeza. —Perdóname Señor.

Y empezó a rezar un Padrenuestro, y un Avemaría, y... el vacío. El vacío parecía haber llegado para quedarse en su ser, para cuestionarle si aquello era todo lo que había para ella, si el dolor realmente la limpiaría del mal que ella jamás había causado, si sus sensaciones y emociones realmente la llevarían al infierno. Pensó en las torturas eternas.

—Hija, es hora.

—El Señor todo lo ve, y queremos agradarle con nuestros actos —dijo de manera mecánica al dejar su descanso.

El Rosario transcurrió tranquilamente. Su padre cumplió con su tarea, y ella y su hermano Joel limpiaron la sangre del suelo, mientras su madre curaba la espalda abierta. Seguro que habían agradado a Dios.

Esa noche se reunirían con la familia Cordero Santos para compartir los Sagrados Alimentos nocturnos, y eso le alegraba, pues la hija de la familia, Daniela, era una persona con la que le gustaba estar, pues era graciosa y no hablaba solamente de Dios.

—Ya —se dijo de nuevo. Y se preguntó si Dios no se preguntaría por qué se restringía tantos pensamientos.

LA PETICIÓN

El Papa despertó y supo que era el momento, se lo habían dicho en un sueño. El Vaticano nunca había estado tan lleno, y la entrada al país estaba siendo restringida temporalmente. Miles de personas aguardaban en los barcos, los aviones, los trenes y autobuses, esperando a que saliera una sola persona para pelear el lugar ahora vacante.

El Papa salió a su balcón, y pidió silencio. Pronunció sus famosas palabras:

—*El Ojo* parpadeará, y por medio de ese parpadeo, me concede su palabra.

Y *El Ojo* parapdeó. Y el parpadeo fue tan intenso que el sol pareció apagarse por ese instante, y las personas se aferraron a los otros para no caer al suelo.

¿Por qué sucedió así? No lo sabemos aún, no sabemos si fue una extraordinaria coincidencia, o si Juan Pablo III era realmente algo más que un anciano enloquecido por su nuevo puesto. El Papa anterior había fallecido apenas tres meses atrás.

O tal vez a eso que aun observa a la Tierra le divirtió la situación, y quería saber hasta dónde llegarían aquellos que lo adoraban, aun sin saberlo. Quizás el intervalo entre sus parpadeos es de cientos o miles de años, y tuvo que pasar en ese preciso día, en esa precisa hora, en ese preciso minuto... en el preciso segundo. Pero ellos no se meten con los habitantes de sus planetas. Al menos aquí en Uxur no sucede, y su ojo y media nariz coexiste con nosotros pacíficamente. Pero esto en la Tierra no lo pueden saber, pues la caída de todas las telecomunicaciones no lo permite.

Lo he intentado hasta el cansancio. Y las incursiones... no lo sabemos, no sabemos si el gigante lo permitiría, no sabemos si desde una Tierra austera enviarían sus mejores misiles. Pero hoy han comenzado las pruebas, y las naves no tripuladas llegarán pronto.

La gira papal comenzó al día siguiente del parpadeo, y Juan Pablo III se encargó de vender su empresa como la salvación absoluta. No volvió a pedir que *El Ojo* se cerrara.

PUERTO

Evangelina llegó al Puerto. Ahí, hacía quince años, el Papa Juan Pablo III había dado su discurso, el primero en México. ¿Por qué había elegido su pequeña ciudad antes que la Ciudad de México, Monterrey o Guadalajara? Nadie lo sabía, pero sus sueños lo guiaban, o eso fue lo que dijo. La gente quedó maravillada ante aquella distinción inesperada, y el Puerto se volvió un lugar de peregrinaje.

Su madre había presenciado aquello, llevándola ya en la seguridad de su útero, y recibió una bendición especial por su estado de gravidez ya notable. Había muchas fotografías del momento y todos en el lugar lo recordaban, por lo que aquello fue un evento que benefició a su familia en muchos aspectos. Por ejemplo, los costos de las misas especiales, como primeras comuniones, confirmaciones o bodas, era más bajo que el costo para la población en general. También Evangelina y Joel pudieron hacer su primera comunión antes que los demás niños de su edad. Solo por culpa de su tía Jael habían bajado un poco de categoría, pero aun así eran respetados por los demás como una pequeña autoridad.

La muchacha observó los tablones por los cuales caminó Juan Pablo III, un paso clausurado al que podían acercarse pero jamás acceder. Observó luego a *El Ojo* fijo en ella, como siempre.

—Cuidado, *El Ojo* está cerca de la trayectoria del sol, te podrías lastimar.

La interacción la sacó de su ensimismamiento y poco le faltó para que su estremecimiento fuera visible.

—Gracias —y bajó la vista, para seguir caminando.

—Te he visto en el coro —le dijo el muchacho. —Yo soy Francisco Campos Santos.

Evangelina lo conocía, pues era primo de Daniela. Era un año mayor que ellas, y estaba recién convertido, pues había sido parte de la secta ateísta que descubrieron en Santo Tomás. Como él había nacido dentro de esta se le perdonó la vida, al igual que los otros niños y adolescentes, y se les asignó una nueva familia. Hablar con él no era bien visto. De nuevo observó el camino de tablones; parecía no tener fin, parecía meterse al mar al final.

—Yo soy Evangelina Vaca Santín.

Él observó su vestido de flores hasta los tobillos, y ella su camisa bien planchada y los pantalones de vestir con tirantes. Llevaba una corbata azul con puntitos morados. Ella un moño guinda en la media coleta. Se sonrieron, apenados.

—Ya nos llaman —dijo él. Cuando se dio la vuelta, ella notó que la camisa tenía algunas manchas de sangre. Pensó que sería apenas su primera o segunda flagelación. Intentó colgarse su maletín, pero por el dolor no le fue posible. Ella le ayudó y se la colgó al hombro.

—¿Te duele mucho?

Él solo sonrió, pero Evangelina observó sus ojos. Se habían aguado. Caminaron en silencio, y ella le tendió el maletín cuando estuvieron cerca del camión de chicos.

—Nos vemos pronto.

—Nos vemos pronto —contestó ella con una sensación agradable en el pecho. Acto seguido subió a su camión, y la madre directora le dirigió una mirada de desaprobación, pero a Evangelina poco le importó. Ni siquiera *El Ojo* la intimidó, pues la sonrisa de Francisco había opacado incluso al ente celestial.

EL INICIO

México no se vio tan afectado al ser uno de los países católicos del mundo por excelencia, pero de igual manera mucha gente se vio perjudicada, como los testigos de Jehová, las pequeñas comunidades islámicas, los protestantes, los no creyentes, entre otros.

La mayoría decidió convertirse durante las visitas del Papa, en esos bautizos masivos que estuvo oficiando, y que luego se autorizó a los sacerdotes locales a hacer.

La persecución contra los renegados de la religión fue feroz por parte de los Suplicantes, los encargados de que se cumpliera la nueva ley impuesta en todo el mundo. La mayoría de la población se convirtió al catolicismo, pero muchos se enfrascaron en querer conocer la identidad del vigilante que ahora acompañaba a la Tierra, y no solo aceptar dócilmente su presencia. Y es que realmente es inexplicable como *El Ojo* puede estar presente siempre en todos los cielos de todo el mundo y ser el mismo en todas partes, como un enfermizo efecto óptico.

Se realizó una persecución también en contra de quienes quisieron investigar las muertes de los otros líderes religiosos. Y también de aquellos que quisieron estudiar el porqué de los desastres naturales tan repentinos y fuera de lugar.

Se realizó una persecución contra todo lo que no agradaba a Dios. Y creo que a Dios no le agradaban muchas personas.

DESESPERANZA

Evangelina recibió otro golpe de su madre, que la dejó sangrando en el suelo. No avisó que su menstruación había comenzado un día antes de la excursión al Puerto, y no había cumplido con su reclusión. Le encantaba el mar, la vista, el viento salado, el camino de tablones que no parecía tener fin, y pensó que podría ocultar su situación.

Su madre la ayudó a levantarse, y le dio otro golpe en la cara. Supuso también que la madre superiora había hablado sobre su pequeña conversación con Francisco. Hacía mucho que sus padres no le daban una paliza así. Recordó que la última vez fue hacía unos cuatro meses, cuando quiso interceder por Joel. Luego empezó a pensar en el granito de mostaza. Ya lo había comprendido un poco más, y deseó que su fe fuera suficiente para que dejaran de pegarle.

La madre le tomó el rostro hinchado y lo apretó, causando más dolor en la muchacha.

—Lo hago porque te amo Eva.

Fue el turno de su padre, quien solo le dio un golpe contundente en el rostro, la tomó del cabello y la arrastró por el patio hasta que llegaron a la fuente del jardín. Le habló a Joel.

—Hijo, tienes que limpiarte.

El niño negó con la cabeza, y su padre le tendió una navaja, pues sabía que no tenía la fuerza aun para hacer sangrar a Evangelina. Joel tuvo que hacerlo, y buscó entre todas las cicatrices de la muchacha para que la que él dejara no fuera tan visible. El padre levantó a la herida y la acercó al borde de la fuente.

—Te amo hija. Límpiate el rostro. Esta nueva sangre te limpiara, y nosotros estaremos limpios también por tu falta.

Cuando terminaron, rezaron el rosario y su madre se flageló. Al terminar se curaron las heridas mutuamente, y no cenaron.

—El Señor todo lo ve, y queremos agradarle con nuestros actos —dijeron todos. A Evangelina le dieron la plática de la catedral y las penitencias que se les imponen a aquellos que le faltan a Dios en ese lugar, y ella solo podía sentir frío y tristeza. Asintió ante todo, y se fue a su habitación.

Su mente no paró en horas, pues solo imaginaba los azotes diarios, las espinas, la gota en la cabeza, las diminutas habitaciones. La catedral de su región, con toda su belleza. Alguna vez la vio en fotografías, con sus coloridos vitrales y elegantes candelabros.

Joel se escabulló a su habitación más tarde.

—Perdóname por no defenderte.

—Nos hubieran pegado a los dos.

—Pero tú si me defiendes Eva.

—No importa mi niño, prefiero que no te peguen a ti. Nunca.

—Debiste avisarles.

—Lo sé. Pero… —y volteó a ver *El Ojo*. No lo veía como tal, pero podía observar el resplandor a través de las cortinas; no se atrevió a cerrar la persiana frente al niño. Era peligroso lo que quería decir, y se tocó el rostro abultado.

—Yo tampoco quiero que te peguen nunca. Avísales.

—Eso haré.

—Ojala ya no hables con Francisco.

—No lo haré. El Señor todo lo ve, y queremos agradarle con nuestros actos.

Y el niño se mezcló con las sombras del pasillo.

QUE LOS NIÑOS VENGAN A MÍ

La mortalidad y morbilidad de los niños y adolescentes subió rápidamente el primer año. El ayuno, las golpizas y la desaparición del sector salud fueron todo lo que bastó para que, en tan solo un año, la población menor de dieciocho años se redujera un 30%. Pero con la prohibición de los métodos anticonceptivos, y la adopción literal de la frase "todos los hijos que Dios te mande", la tasa de natalidad explotó al siguiente año.

En la Nueva Biblia se habla del permiso divino que tienen los padres para disciplinar a los hijos, incluyendo el maltrato físico. Todo aquel que intentó protestar contra esto desapareció a manos de los Suplicantes, y algunos regresaron de las catedrales, totalmente convertidos. El resto, no se sabe.

Los infantes al nacer son bautizados; a las personas que asisten el parto se les brinda la autoridad para dar el primer sacramento, y es válido incluso si la criatura pierde la vida antes o poco después del nacimiento.

Los niños pueden ser agredidos por sus padres, hermanos, tíos, abuelos y profesores. Se considera una falta grave agredirlos sin un motivo claro o si la agresión se da por parte de un desconocido.

No es extraño el niño o adolescente que intenta escapar de su hogar, pero esto ha disminuido con los años, al ser evidente que no hay una escapatoria real. Ya no existen muchos cohetes en la Tierra, pero de vez en cuando van naves de contrabando, por parte de mi planeta y de otros que conforman esta nueva civilización, para sacar a los que puedan y quieran irse, que cada vez son menos; es por este medio que tenemos algunas noticias de cómo van las cosas allá. Yo nunca volví, y me da terror pensar en hacerlo.

Los fugitivos de la Tierra, nos dicen los nativos, quienes por suerte nos acogieron con respeto y empatía, y nos han cedido algunos de sus satélites. Les ha tocado un gigante juguetón, dicen de pronto, como si fuera una cotidianeidad. Y realmente parece serlo, pues ya antes han ayudado a planetas que tienen que lidiar con un gigante juguetón, los cuales parecen ser uno en

miles, pues todos suelen ser respetuosos de las formas de vida que se dedican a observar. Pero es que la mayoría comienza con su observación cuando ya han cumplido cientos de años. Quizás cuando el que observa la Tierra crezca podamos regresar, quizás.

Una mirada, un parpadeo...

HEMATOMA

Evangelina acudió a la escuela, donde todos pudieron ver sus heridas. Nadie preguntó nada, pero ella sabía que debía sentir vergüenza. Sus amigas no se sentaron con ella durante el receso, y comió sola, hasta que una monja se situó frente a ella.

—¿Cómo estás Eva?

Evangelina se sintió nerviosa, volteó a ver *El Ojo*, y luego a la monja. Era la madre superiora, y la profesora más anciana del lugar. Quien la había delatado con su familia.

—Bien Sor Socorro. Gracias.

—¿Estás segura?

—Sí. Fue mi falta.

—Así fue. Por la tarde tengo un grupo de oración para quienes están por iniciar la flagelación. Es siempre la edad en que comienzan a faltarle a Dios, como tú. Puedes asistir y agradar a Dios de nuevo. Él comprende que tienen miedo.

Ella tuvo ganas de llorar, pero logró contener el llanto. Solamente su nariz se puso roja y caliente.

—Ahí estaré. El Señor todo lo ve, y queremos agradarle con nuestros actos.

—El Señor todo lo ve, y queremos agradarle con nuestros actos —reafirmó la monja.

LA MATERIA SAGRADA

Cuando logramos asimilarnos en Uxur, recibimos respuestas. Comprendí un poco de aquellos gigantes que observan el universo, y quizás el golpe más duro fue entender lo que era la Materia Sagrada.

Yo fui de aquellos que se emocionaron cuando se confirmó la existencia de esto, y su relación con los milagros católicos, la presencia de ello envolviendo la Tierra como una segunda capa de ozono, y la idea de que Dios estaba ahí en ello, más cerca de nosotros. Fui católico, iba a misa cada vez que era necesario, me casé por la iglesia, bauticé a mis hijos. Llegué a cooperar para el experimento Facto, y estaba orgulloso de ello. El día de la revelación fue uno que esperé con alegría, y la aparición de *El Ojo* fue para mí Dios observándonos.

Pero ahora entiendo un poco más la locura que envolvió al mundo. El humor del observador es una esencia poderosa, una tormenta que envolvió al planeta sin darnos cuenta.

El gigante de Uxur ha dado respuestas, pero son pocas las que se logran descifrar. Cuando un gigante elige su planeta, ya sea por herencia o por cercanía, primero debe analizar a la población, sus culturas, creencias, formas de vidas, alegrías y sufrimientos. Debe contactar con todo, y debe conectar con todos. Pero como observador de una naturaleza ajena, debe limitarse a ser solo un observador, y nada más.

Milenios atrás, cientos de planetas y formas de vida fueron destruidos por la intervención de Gálago. La historia dice que un gigante joven, el más joven conocido que se convirtió en observador, quiso que su planeta fuera el más poderoso, y al tener influencia total en sus habitantes, los dotó de conocimientos e ideas para los cuales no estaban preparados, creando así un planeta de seres obsesionados con la guerra y la conquista por medio de la destrucción. Ese fue el fin del Sistema de Adhara.

El humor de los gigantes es la famosa Materia Sagrada. Para mí fue una de las revelaciones más devastadoras al llegar aquí. Los milagros, las vírgenes que lloraban sangre, los estigmas... estaba todo impregnado del humor de un gigante, envolviéndonos y envenenando nuestras cabezas, creencias, acciones. El gigante que llegó a mi antiguo planeta tal vez encontró interesante la idea de Dios, al examinar a la población. Parece que se centró en el catolicismo, como si solo hubiera posado su examen en una región... o en una sola persona.

¿Lloraron realmente las figuras de yeso, o fue una alucinación colectiva? ¿fueron los desastres naturales un evento desafortunado, o habló eso de la mente y designios del gigante invadidos a su vez por la de su elegido terrestre, posiblemente llena de castigos divinos? Ojala no sea este el fin de la Tierra, pues la fe ciega es embriagante.

SOR SOCORRO

Nací como Melina Corral Andrade. Viví una niñez normal, una juventud normal. Fui a la universidad, a una de las mejores escuelas de música del país. Tuve suerte, pues pronto me uní a una buena orquesta, y los fines de semana tocaba con mi grupo versátil para fiestas.

Me casé a los veintisiete años, y pronto descubrimos que no podíamos ser papás. Lo tomamos con calma hasta que los estudios arrojaron que mis trompas uterinas estaban totalmente cerradas, y esto abrió en Tomás un resentimiento, otorgándome una culpa que antes compartimos cuando ignorábamos el origen, aunque no debería existir culpa en casos como estos. No es algo que alguien elige de nacimiento.

A los treinta me encontré divorciada y tranquila, y la música me sonreía con todos sus dientes. Compuse algunas buenas piezas, y obtuve buenos puestos, prestaciones y comodidades. A los cuarenta y cinco, cuando apareció *El Ojo*, alguien decidió que necesitaba ser madre, y como no pude serlo por medio de mi útero, debía serlo ahora por vocación. Me pusieron un hábito y me asignaron las clases de lectura y piano, y tuve que decirle adiós a los lujos para agradarle a Dios con mi austeridad. Solo pude quedarme con Mimir, mi gato gris genérico, pues los animales de compañía y el respeto a ellos agradan a Dios.

Me llamaron Socorro y acepté mi destino, pues *El Ojo* y las revelaciones sobre la Materia Sagrada impactaron fuertemente en mi forma de pensar... pero quizás fue un poco más el destino de aquellos que se negaron a creer. Antes para mí no había Dios, y de pronto Él y lo que agradaba a Él se convirtieron en aquello por lo cual giraba mi mundo. Supongo que a todos los que quedamos nos sucedió así.

He visto varias generaciones de muchachos pasar ante mis ojos, pero fue Ada quien cambió mi monotonía. Tenía una inteligencia musical excepcional, y pecando tal vez de soberbia, me recordó a mí misma a esa edad, cuando

descubrí que no era tonta, como decían mis calificaciones y algunos de mis profesores, sino que mi enfoque estaba en otro lado, muy distante al álgebra, la anatomía y la computación. Ada era pésima para memorizar, para las matemáticas y para la lectura, pero al leer partituras era como si se le revelara un mundo que siempre conoció.

Uno de los momentos más difíciles de la adolescencia es cuando comienzan las flagelaciones. Ada lo sabía, y también sabía que a su padre no le agradaba su fijación por la música. No era una vocación que atrajera mucho, así que su reproducción se vería comprometida en un futuro. Sus padres solo habían logrado procrearla a ella, por lo que la posible ausencia de descendencia era algo que los amargaba enormemente. La música era algo más de personas como yo, los que no pudimos tener hijos, los que no conseguimos una pareja para reproducirnos, y se nos otorgaron los hábitos, obligatoriamente, para así poder cumplir con lo que agradaba a Dios.

Ada se volvió mi hija más cercana, pues comenzamos a pasar tiempo extra después de las clases de piano para reforzar. No hablábamos mucho, pero le tomé aprecio y ella a mí, y enseñarle lo que sabía se volvió un aliciente que no sabía que necesitaba para que mi vida dejara de tener tonos tan neutros.

El día siguiente al que comenzó su flagelación, tocó la composición más triste que he oído en mi vida. La escuché desde la puerta, y mis ojos se llenaron de lágrimas así como su blusa se llenó de sangre. Esa noche intentó escapar, y la atraparon.

No volvió a tocar más, pues sus manos fueron destrozadas con las botas de trabajo de sus padres. Espero que esta carta los alcance y me ayuden a sacar a todo aquel que sea posible, pues el Papa cada día pierde más la cabeza, y sus designios se vuelven más severos e inhumanos. Hoy habló de la ablación genital universal como algo que podría agradar a Dios, y también comienza a hablar mucho de Lot. No soy la única que lo piensa, un Suplicante y algunos de mi pequeño grupo de incorregibles quieren dejar esta realidad. Por favor ayúdennos, por favor ayúdanos.

CRUZ DE OLVIDO

La madre Socorro amaneció muerta en su cama. Perdió la vida pacíficamente a sus sesenta años de edad, alcanzando el límite de la esperanza de vida mundial.

«La barca en que me iré

Lleva una cruz de olvido

Lleva una cruz de amor

Y en esa cruz sin ti

Me moriré de hastío».

—Yo tal vez muera de miedo —dijo Evangelina para sí, al terminar la canción. Los últimos meses con ella la habían hecho sentir a salvo en aquel saloncito, lejos de su casa y de los golpes, y del vacío. Y ahora que faltaba tan poco, tuvo que irse y dejarla sola. Así se sentía, sola en un mundo de personas que parecían aceptar su destino sin más. ¿Habría tenido miedo su papá en la primera flagelación? ¿Lloró su madre mientras su piel se desgarraba por primera vez? ¿Habría alguna otra mujer más enojada porque se le aislaba a causa de algo que no podía controlar? La tristeza había dado paso a la furia.

—Tú no estás conforme, ¿verdad, Evangelina? —le había dicho alguna vez en aquellos cinco meses. El grupo de oración a veces más que de orar, se trataba de platicar, y aquello había sido estimulante para todos. Evangelina se dio cuenta de que era raro tener una conversación larga en su día a día, pues sus padres no se prestaban a ello, y su hermano era aún pequeño. Con sus amigas tal vez, hablaban de la escuela, de sus compañeros y los profesores, aunque eso no agradara tanto a Dios, pero a veces pensaba que le gustaría también hablar de cómo se sentía, y el miedo tan grande que crecía en ella conforme su cumpleaños número dieciséis se acercaba. En el grupo de oración podía hacer eso, y también con Francisco, pero eso era más esporádico y nunca en persona.

—Lo estoy, porque hago lo que agrada a Dios.

La monja pareció burlarse de ella. Solo quedaban ellas en el salón, pues a Evangelina le había tocado el aseo.

—Bueno. Si quieres agradar a Dios, el día en que yo muera, cantarán la Cruz de Olvido, ¿de acuerdo? Tú, Francisco, Alejandra, los gemelos, Daniela, Raquel y Abel.

—Pero Francisco y Daniela no están en el grupo.

—Saben la canción.

—Está muy sana madre, usted vivirá aún mucho tiempo, con el favor de Dios.

Pero Evangelina sabía que la madre Socorro ya era muy anciana, y también decían que padecía un problema de azúcar.

—Prométeme que cantarán la canción. Solo ustedes, pues son las mejores voces de la escuela.

—Muy bien madre.

Sor Socorro sabía que alguien escucharía esa canción con más atención.

Evangelina caminaba junto a Francisco, y este le ayudó a atravesar el escarpado camino previo al panteón. A pesar de que la situación los apesadumbraba, no habían podido evitar sonreírse al encontrarse después de tanto tiempo. Daniela les había ayudado a intercambiar algunas cartas, y el afecto comenzaba a permear más allá del papel. Eva sabía que eso no agradaba a Dios, pero no podía evitarlo. Era algo magnético.

Las relaciones de pareja estaban prohibidas hasta los dieciocho años. Solo hasta entonces los cortejos eran permitidos, y las citas debían ser acompañadas por un chaperón. Si la situación no era exitosa, se sometía a la pareja fallida al escarnio, pero era extraño que eso sucediera, pues en su mayoría la situación terminaba en boda, previamente hechos los exámenes de pureza en ambos novios.

Evangelina sabía que se casaría con Francisco, y viceversa. Y no podía esperar más, por lo cual comenzó con la correspondencia. Daniela se mostró emocionada de fungir como cartera, y hasta entonces nadie los había atrapado. Solo Dios podría saberlo, pues su *Ojo* implacable fue testigo de los hechos.

LA IDEA DE DIOS

No soporto la idea de Dios. Me da terrores nocturnos, pero por suerte aquí la noche dura poco, y los elementos del ambiente me dan lo necesario para que esas pocas horas de sueño sean suficientes.

Pero hace no mucho una carta llegó, y me gustaría que las noches fueran aún más cortas. Es de las primeras comunicaciones que hemos tenido de la Tierra después de varios años, y fue desde México, mi antiguo país.

Después de esta, otra, y otra, y ahora son cientas. Pedidos de auxilio, por medio de gente que ha arreglado o armado naves apenas funcionales. Creo que la ablación y el incesto ya fue el límite para muchos.

La de México venía de parte de una mujer llamada Melina. Esa se me ha asignado a mí, y no quiero volver, pero tengo que sacarlos. Es una misión suicida, pues no sabemos lo que el gigante piense de nuestra incursión masiva, aunque sabemos por otras cartas que la Tierra en sí no tiene defensa contra naves externas, y las que han logrado entrar no han llamado la atención del observador, o quizás solo ha decidido perdonarles la vida.

Perdonar. ¿Es acaso que estoy viendo a ese gigante como Dios? ¿No es Dios omnipotente y omnipresente como lo es ese *Ojo* maldito? No soporto la idea de Dios. Mañana parto a mi antiguo hogar, y espero poder sacar a los protegidos de Melina. Ella ha dado coordenadas, y sé a qué lugar se refiere. Me ha dado fechas, y yo esperaré. No puedo dejarlos ahí a su suerte... con «Dios».

SIN TÍTULO

Los Suplicantes llegaron por la noche a la casa de Francisco, y su madre los recibió. No se había atrevido aún a quemar la última carta, pues le pareció bellísima y quería memorizar lo más que se pudiera, y su padre la encontró. Su madre le da un último abrazo bañado en lágrimas mientras los encapuchados esperan en la puerta junto a su furioso padre, y le susurra al oído.

—La ventana del baño. Ve por la niña.

Él no lo piensa un segundo, y camina tranquilamente, para iniciar una carrera en cuanto pisa los azulejos verdes del cuarto de baño. Salta como un atleta hacia la ventanita, y se dirige a la casa de Evangelina. Sabe bien cuál es su ventana, sabe que ella preferiría escapar antes que terminar en manos de los Suplicantes. Evangelina no podría convertirse en una autómata, y él tampoco, como aquellos que logran regresar de las penitencias. Reconoce su naturaleza por primera vez, y no le da miedo el infierno.

Los escucha cerca cuando logra sacar a la muchacha por la ventana de su habitación. Ninguno sabe a dónde dirigirse, solo saben que deben correr, lejos, a donde sea, y perderse para siempre.

Primero atraparon a Evangelina, y lo que más le duele es que fue su padre quien la alcanzó. La toma por el cabello, como acostumbra, y la lleva a rastras con sus captores. Francisco regresa dispuesto a pelear con todos, pero es sometido después de hacer que uno de los Suplicantes casi pierda la conciencia. Ambos lanzan golpes, muerden, arañan, pelean por liberarse, pero pronto están dentro de la camioneta abarrotada. Daniela y Abel también están ahí.

Cuando llegan a la iglesia, los separan por género y los meten en pequeñas habitaciones, casi tan pequeñas como un confesionario, por lo que la sensación de claustrofobia los invade, y es difícil sentarse.

—Dios está aquí —asevera el Suplicante.

«Si tuviera fe como un granito de mostaza», piensa Eva.

Evangelina y Daniela se abrazan, pero no lloran. Tienen miedo, ninguna ha iniciado su flagelación, y estar ahí suponía que esta se adelantaría con las penitencias, y de maneras peores. Ahí aprenderían a realmente agradar a Dios. Evangelina ve hacia el techo y busca a *El Ojo*, pero no hay ventanas, no hay nada. Sabe que está ahí afuera, arriba, pero ya no importa. Y tiene una revelación, pero no sabe si es parte de su egoísmo adolescente, el terror que está sintiendo o es realmente lo justo: si Dios estuviera ahí, no permitiría su sufrimiento solo por querer a alguien.

Un Suplicante las saca después de varias horas.

—Dios está aquí.

Daniela se derrumba al salir, pues dice que siente las piernas adormecidas. Entre otros guardianes la llevan a rastras a otro vehículo, y les ponen unas cintillas en las manos a modo de esposas. Ahí las esperan Abel y Francisco, junto con un anciano y una señora que son padre e hija. El anciano tiene una muy mala apariencia, su piel es amarillenta y parece estar teniendo dolores intensos.

No es posible ver hacia afuera, y el camión empieza a avanzar. El viejo se marea y vomita varias veces, y la hija se disculpa interminables veces, aunque al resto de los tripulantes parece no afectarles la situación, y ayudan como pueden para evitar que el hombre caiga al suelo durante el bamboleo del vehículo.

Cuando se detienen, saben que han llegado a la catedral, pero al abrirse la puerta, escuchan las olas.

—Corran y no vuelvan atrás —les dice el Suplicante. Se ha quitado la capucha y tiene una navaja en las manos, con la que va cortando las ataduras de todos. Están en el puerto. —Somos los últimos, tenemos que irnos.

—¿A dónde vamos? —pregunta alguien dentro de la confusión.

Evangelina piensa en la fotografía de la sala, donde el Papa le está dando la bendición a su madre embarazada. Ella está parada en el mismo lugar.

—Nos vamos de aquí, a dónde no hay penitencias ni flagelaciones. Vamos a un nuevo planeta, un fugitivo nos llevará en su nave. Corran y no vean siquiera hacia atrás. Ellos se van a dar cuenta pronto.

—Mi hermano… —solloza Eva.

—Tú hermano aún no está listo para irse. Volveremos por él.

Francisco la jala hacia el camino de tablones que se adentra infinitamente hacia el mar. Corren y corren sin parar; el Suplicante ayuda a la mujer a cargar al anciano, quien apenas puede dar paso. El viejo pide que lo tiren al mar, pero ambos se niegan. «Algo digno», dice su hija. Los muchachos no se atreven a dejarlos atrás, a pesar de las exigencias del ahora antiguo Suplicante.

Ahora solo los rodea el mar; quieto, por suerte. Tienen miedo de que *El Ojo* deje de iluminarlos con su resplandor y caer al agua helada. Pero no sucede, y llegan a una pequeña porción de tierra, un hilo de tierra. Una nave pequeña y moderna está posada al final de la isla, y todos saben que deben correr hacia allá. Ni siquiera lo piensan, y Evangelina ve por última vez aquel iris café desde esa perspectiva.

—Si tuviera fe…

ESPERANZA

Cuando le apliqué la inyección al anciano, me sonrió como se le sonríe al mejor amigo. La mujer, su hija, me agradece, y toma de la mano al viejo hasta que se queda profundamente dormido. Ella asiente, y administro el segundo medicamento, y en medio de un leve espasmo, él comienza a irse.

Los muchachos observaron toda la escena y se encuentran pasmados ante mi explicación, pero la tranquilidad que despiden tanto el padre como la hija es impresionantemente tranquilizadora, y nos inunda a todos, al menos por unos momentos.

Hemos despegado por fin. Los muchachos no dejan de mirar por la ventana, les digo a dónde nos dirigimos, y ninguno parece escucharme, pero una de ellos me mira y me confirma que irán a donde sea, lejos de Dios. Dios... yo solo quiero irme ya de este lugar.

El despegue es suave, pues mi nave es de tecnología úxura, y todos observan por la ventana, excepto la mujer, quien sigue aferrada a la mano de su padre muerto. Ella misma había tratado de ayudar al hombre a terminar su dolor por petición del mismo, pero fueron delatados en el acto. Habían pasado ya algunas noches en la iglesia, y el confinamiento había empeorado aún más el dolor. Pero ahora se había ido.

No tardamos mucho en salir, pronto podemos ver un poco más del rostro del gigante. Esto es siempre el rompimiento con Dios para cualquiera que deja la Tierra, pues la apariencia de estos gigantes dista mucho de cualquier imagen que pueda tener la gente de su padre celestial. Yo solo me giro, y prefiero enfocarme en los controles y la automatización del viaje.

—¿La está protegiendo? —escucho que dice uno de los muchachos. Capta mi atención, y veo por otra de las ventanillas. Ahí está la Tierra, pero lo que veo me deja pasmado. Se encuentra en medio de dos dedos colosales.

Las otras naves deben estar partiendo en este momento para reunirnos en el cinturón, y la luz de emergencia comienza a parpadear. Cierro la puerta de la cabina y activo el modo aislado. Hay varias llamadas y elijo una al azar, con el comunicador. Es Mary Bevan, la piloto que incursionó en Harlow, Essex.

—Mary, ¿lo estás viendo?

—Tenemos que regresar.

—No hay más tiempo.

—¿Cómo podemos dejarlos ahí?

—No lo sé. ¿Quién sigue allá?

—No sé, creo que todos logramos salir.

—¿Qué hacemos?

Escucho como a Mary le tiembla la voz.

—Solo... no voltees más hacia atrás.

Aun cuando ha comenzado el hiperviaje, es posible observar a la Tierra. Parece del tamaño de un granito de mostaza, y está siendo aplastada. Aunque la dejé hace tantos años, haber respirado su aire una vez más me hace sentir parte de ella, y siento una lágrima formándose en mi ojo. ¿Los gigantes llorarán alguna vez?. Los muchachos duermen apacibles, junto al resto de fugitivos.

¿Somos aún fugitivos si no existe más el lugar del cual escapamos?

El paraíso de los suicidas

POR SARKO MEDINA HINOJOSA

Luego de producirse el cataclismo mundial que llevó a la muerte a más de la tercera parte de la humanidad y dejara al resto sumido en la desesperación, Miguel asumió esta situación con calma. Cuando empezaron a llegar las noticias sobre el virus de la gripe que estaba matando a millones en el hemisferio norte, una corazonada nacida de ver cientos de films apocalípticos y de Ciencia Ficción, lo llevó a juntar agua potable y alimentos enlatados en su casa maternal, de la cual era amo y señor a la muerte de su madre un año antes.

Cuando las autoridades sanitarias del país declararon que la cepa mortal había ingresado al país, llamó a Yolanda, su eterna enamorada, quién estaba en ese valle interandino donde habían nacido, crecido y amado, para que se protegiera y avisara para que no salieran los carros a la ciudad, distante a 12 horas de cuatro mil metros de altura y curvas infinitas. Miguel entonces se dedicó a conseguir dos cosas fundamentales: armas y más comida enlatada.

El remordimiento no existía en la mente del joven. Entre el policía y el delincuente que se le cruzaron por esos días, no halló diferencia. El tema de la comida fue sencillo. Incitó a una turba para arremeter contra un supermercado y, mientras los demás estaban preocupados en los televisores smart y equipos de sonido, él se llevaba carritos y más carritos llenos de atunes y más atunes, bolsas de arroz y azúcar. Al último, cuando no quedaba casi nada, entró a la farmacia y arrasó con antibióticos, vendas y medicinas varias.

La ciudad era un infierno y Miguel un ángel frío, macabro, que contemplaba todo desde el segundo piso de su casa. En el sótano había almacenado los pertrechos y protegido la entrada con sacos de arena, por si algún incendio alcanzaba también su hogar. No pasó.

Los días siguientes y antes que se cortara la comunicación, aconsejó vía radio a Yolanda para que con su familia se proveyera de granos, de agua limpia, de mantas, de todo lo necesario para pasar hambre y penurias por algún tiempo. Que se alejaran de los que presentaban la gripe y de ser posible que los quemaran. Siempre terminaba las comunicaciones con la promesa de llegar hasta ella, sea como sea.

Atrincherado, esperó pacientemente al diezmado de la población de esa ciudad que lo acogió años atrás, con sus tres volcanes, la blancura de su sillar y su inmensa Catedral, la cual se mantuvo erguida, mientras la muerte pasó con su guadaña, dejando el rastro sanguinolento de pulmones destrozados a su paso.

El éxodo fue peor. La parca alcanzó a los fugitivos en plena carretera, asidos a los volantes, reclinados en sus asientos, escapando hacia la nada.

Miguel esperó una semana más, hasta que el silencio se le hizo costumbre. En la radio las noticias se apagaron solas. Una que otra vez se comunicaba con algún sobreviviente. A las dos semanas colapsó la electricidad. El sistema de desagüe tardó algo más, así como el agua, que ya no era potable.

Apertrechado con lo necesario, se animó un día a salir a buscar lo que complementaría la segunda parte de su plan. Como supuso, en el cuartel más cercano, no había guarnición que protegiera los tesoros. El camión que anheló estaba allí. Las horas trabajando, cargando el combustible y algunas armas más, colocando la carreta con el jeep detrás, valieron la pena. Estaba listo para empezar su travesía. La salida fue un tema, viajar un tramo, tratar de sacar los vehículos que estorbaban, avanzar otro, y así hasta llegar hasta su casa y descansar con un ojo abierto.

Continuar con el trabajo dos días más antes de animarse a salir a cumplir con su cometido. Habían pasado algunos meses desde el exterminio de parte de la humanidad. Sin embargo, luego de algunos encuentros repentinos terminados en muerte y negociaciones con algún sobreviviente más dispuesto a acatar sus órdenes, salió de la ciudad junto a tres compañeros: una mujer madura, enfermera para mayores rasgos, un adolescente solícito y una niña abandonada.

Nadie entendía los motivos de Miguel, pero lo seguían. Estuvieron a su lado cuando se enfrentó a una banda de desesperados mineros artesanales que los intentaron emboscar en la ruta. Estuvieron con él y hasta lo cuidaron los siguientes días de su convalecencia cuando a punta de metralleta incursionó en un campamento de sobrevivientes que obstruían su paso en plena carretera. No preguntaron nada. Estaban anestesiados por la violencia que vivieron en los días posteriores a la gripe masiva.

Alguna vez se preguntaron a la luz de la fogata, asando alguna vizcacha capturada o una alpaca extraviada por esos rumbos, sobre el motivo de su resistencia y sobrevivencia, pero terminaban atribuyéndole méritos a su obsesión por llegar a ese pueblo, donde aseguraba estarían todos a salvo. Mientras que Miguel, sólo se respondía así mismo que sobrevivió por el amor.

Luego de casi dos meses de camino, en el que pasaron peripecias mil, como la falta de combustible, un par de emboscadas más, el rapto de la enfermera y posterior rescate, entre otros incidentes, llegaron a ese valle donde se hallaba Yolanda y había nacido su ahora salvador. Como seguridad había enviado al adolescente para asegurar la entrada pacífica de su caravana. Al verlo regresar sano y entero, entró en el pueblo, siendo recibido por más de cien personas, sobrevivientes de la gripe masiva, gracias a los consejos que les proporcionó el mismo Miguel, a través de la radio.

Ella estaba allí, mirándolo con esa misma mirada incierta que siempre le ofreció durante sus años de corretear por las chacras de maíz alto, en las horas del amor adolescente y que no cambió cuando él se fue a la ciudad para conseguirse un nombre y regresar por ella para el casorio correspondiente. Pero esa mirada traía algo más y lo comprendió cuando se acercó a ella y no pudo dejar de desviar la mirada, junto con la de Yolanda, hacia Pedro, el amigo de la infancia de ambos que estaba a pocos metros. Los tres se miraron durante algunos instantes, suficientes para que Miguel comprendiera que su promesa

de volver por su amante, fue olvidada.

Así, el despechado, dejó pasar un día antes de encaminarse hacia el Paraíso de los Suicidas, ese farallón ubicado metros más abajo del cementerio del pueblo, que daba directamente al río en una caída de trescientos metros, donde desde inmemoriales decenios, los amantes frustrados de ese valle interandino, culminaban con su dolor. Atrás dejaba a Yolanda y a Pedro abrazados eternamente en medio de un charco de sangre, demostrando que, aunque le pasara lo peor a la humanidad, el hombre en sí nunca cambiaría en sus pasiones, en sus venganzas, ni en sus frustraciones cotidianas.

La edad del contacto

POR ORUGA

Dicen que vivimos en el futuro, y que el futuro es la edad del plutonio.

Bajamos las escaleras. Era la hora del desayuno. Golpeé mi dedo pequeño del pie contra el marco de la primera puerta que encuentro. Vamos bien, este es el camino correcto. Tres pasos más. Tres a la derecha. Uno, dos, tres. Un paso enfrente. Estiro la mano. Como siempre, ahí está la silla. La jalo, y me siento. Tomo la cuchara metálica del filo magnético de la gran mesa convexa. La sumerjo en ese gran platón del que comemos. Es cereal, o al menos tiene esa textura. Recuerdo cuando lo usual era tomarlo con leche, en tu propio tazón. Pero hace muchas edades que la política de inmunidad colectiva estableció los comederos colectivos, compartiendo un mismo tazón. Cuando todavía podíamos vernos a los ojos.

Se sienta a mi lado, como todas las comidas. Puedo saberlo porque siento tres golpeteos en mi mano izquierda. Una por cada comida que pasamos juntas al día.

Su mano está más tibia de lo usual.

Tomo su mano derecha, y digito en su palma. *¿Qué estuviste haciendo?*

Tu mano está muy tibia.

Pega sus labios a mi mejilla. Siento sus labios sonreír. *No quieres saber,* responde en mi mano izquierda.

Apoyo mi frente contra su mejilla para que pueda sentir cómo frunzo el ceño. *Dime*. Pestañea contra mi mejilla. *¿Para qué quieres saber?*

Sólo quiero saber.

Su rostro contra mi sien. Una sonrisa. *Baja y te enseño. Dos escalinatas a partir del comedor, primer Rellano, a la izquierda, picaporte de cobre, tres de latón.*

Esa noche bajo al comedor. Me pregunto si nadie se da cuenta, o si simplemente no les importa. O si se volvieron incapaces de sentir nada. El pasillo debe de estar vacío, porque nadie choca conmigo. Mi dedo del pie choca contra el marco de la puerta. Voy bien, es el camino correcto.

Acaban de limpiar. Me cuesta trabajo sentir las escaleras sin el polvo del piso. Tengo que patear cada escalón para percibirlo. Primer rellano, giro a la izquierda. Extiendo mi mano hacia la pared. Picaporte de hierro, uno de azulejo. Cerradura, dos de pewter. Picaporte de cobre, tres de latón. La puerta es de madera. Roble, color marrón. Cuando perdimos el gusto y el olfato, nos enseñaron a reconocer la porosidad, la textura y la temperatura de cualquier tipo de material cuando fuera necesario. Fue cuestión de tiempo darme cuenta de que todos los marrones se sienten igual.

Giro el picaporte, entro y cierro la puerta tras de mí. Mis mejillas están tibias.

Cinco pasos al frente, y ahí debería estar la cama. Extiendo las manos. Su cabello. Está sentada en la cama. Me toma de las manos y me hace que me siente con ella. Su mano está tibia. Y húmeda.

Te estaba esperando.

Su boca en mi mejilla. Sonríe. Su boca en la mía. Su lengua en la mía. Rosa. Su lengua en mis dientes. Y se sienten blancos. Mi lengua tiene un color rosa. Su mano. Mis pechos son claros. Mis pezones marrones. Los suyos rosas. Me siento. La siento. Su mano está tibia.

Mis labios son rosas. Mi vulva es rosa. Mi oreja es rosa, sus labios son rosas. Sus gemidos son rosa intenso. Intenso. Mi sangre es roja. Roja. Mi vulva es roja, roja. Mi clítoris es rojo, su dedo es rosa. Está tibio. Rosa, rojo. Rosa, rojo. Espiral rosa, rojo, rosa, rojo.

Me siento más tibia de lo usual.

****

¿Alguna vez has subido al décimo piso? Nuestras manos se entrelazan. En la estrecha cama individual, sentimos el contacto piel con piel de nuestros costados. Pero no es suficiente. Necesitamos tomarnos de la mano.

¿Hay décimo piso?

Sí, sí hay. En los botones del elevador había hasta el número diez.

Ah, es que yo no alcancé a verlos.

Ah, con razón. ¿Cuándo te quedaste ciega?

Dos semanas después de habernos encerrado.

Su pulgar acaricia mi palma.

Yo a los dos meses. Supongo que no me afectó tanto. No me alcanzaba para los aparatos de plutonio, siempre utilicé de litio.

Tardamos meses en inventar un signo para la palabra "uranio" y "litio".

***

Cuando estaba en la escuela, vimos en la clase de Historia algo acerca de cómo la radiación de una bomba acabó con dos ciudades en Japón.

Años después, vi en Facebook un clip de una película animada (japonesa; lo que es tener estómago para hablar de lo que nos arde) representando ese bombardeo. Las personas se derretían como si fueran helados en el sol. Sus ojos hervían dentro de sus cuencas como si fueran huevos cocidos. Una mujer, o su esqueleto, usaba sus últimas trazas de vida para buscar a su bebé hecho jirones en el piso.

Y aún así, decidimos que la opción más segura para el futuro era hacer funcionar el mundo con energía nuclear.

A veces pienso que en realidad no tuvimos opción: era morir asfixiados por el dióxido de carbono de los combustibles fósiles, o morir de hambre intentando pagar la cuota de una instalación de energía solar o eólica. En todo caso, los que sí se podían permitir otras fuentes de energía no querían utilizarlas. "Muy de la era del petróleo", decían en entrevistas. "Lo de hoy es el plutonio".

Al inicio eran radiadores controlados, y sólo eran utilizados en casos de emergencia, como apagones o desastres naturales. Entonces, nos dimos cuenta de que la cuenta de la luz y el gas, en conjunto, era mucho más alta que la supuesta penalización por tener un micro reactor en el desván. Y nadie se había muerto calcinado hasta los huesos, ni tenía tres ojos, ni tumores, ni cáncer (sólo el de pulmón, causado por el dióxido de carbono que teníamos que respirar todos los días).

Después, una influencer subió un video: #Unboxing *¿CELULAR RADIACTIVO? SMARTPHONES DE PLUTONIO.* Explicó cómo había comprado en una aplicación con fábricas en Bangladesh (con certificado libre de crueldad animal y esclavitud humana, explicó con una sonrisa) un celular operado con batería nuclear. "Bienvenides a la era del plutonio".

Cuando los ecologistas, los jipis mugrosos, infecciosos, improductivos, nos advirtieron de los riesgos de la radiación, siempre creí que me costaría una mano, el cabello, la piel, la vida. Jamás creí que me costaría no saber de qué color son los ojos de quien más amo.

***

¿De qué color son tus ojos?

Empieza a signar, pero se detiene abruptamente antes de que su respuesta signifique algo en mi palma. ¿Te refieres a antes de todo esto, o ahora mismo?

Pienso un momento.

Ahora mismo.

El plutonio no nos cocinó los ojos, pero sí nos los cambió de color. Había personas con la esclerótica completamente negra, otros con iris que parecían

haber sido pintados con acuarelas; una vez vi de reojo a una chica con una mirada de un tono amarillo neón. La radiación nos hizo los ojos brillantes, luminosos, hermosos e inútiles.

La última vez que pude verlos, estaban volviéndose de un color azul raro.

¿Cómo es el azul raro?

Medita un momento.

Así.

Se gira un momento y al volverse me pone un frasco en la mano.

Ábrelo. Así, ese azul raro.

Es líquido. La sensación es fría, con un suave cosquilleo. Raro. Tiene el frío de los azules, pero como si fuera una aguja de punta gigante conectada a una corriente eléctrica rara. Azul raro.

Raro, signo.

Raro, signa.

¿Qué es?

Pintura. Sé que es azul, pero ya no recuerdo qué tono era, ni cómo se veía.

¿Por qué tienes pintura aquí?

Quería pintar algo.

¿Y ya no quieres pintar algo?

¿Para qué?

¿Quieres o no?

Quería pintar el cielo. Estúpido, ¿no? Ya ni siquiera sé de qué color es. Nunca pude tocarlo. Nunca pude sentirlo y nadie sabe ya de qué color es el cielo.

Signa veloz, atropellada. Aún así, sus palabras resuenan en mi palma (¿o en mi cabeza?).

Aprieto su mano en la mía. No necesito verla para saber que está llorando.

Ven, vamos a verlo.

¿Ver qué?

El cielo.

Me suelta un manotazo en el brazo.

No seas ridícula, te estoy hablando en serio.

Yo también. Ven. Vamos a ver qué hay en el piso 10.

Creo que no alcancé a signar eso, pero no fue necesario. Ella me sigue. A tropezones, alcanzamos la puerta metálica del elevador. Cuento de abajo hacia arriba. Aquí debería estar el 10.

Estamos en silencio. Nada retumba, nada vibra, nada se siente. Sólo el vértigo leve que causa el elevador subiendo. Es un milagro que no caigamos al piso. ¿Cómo mantener el equilibrio cuando no se oye ni se ve?

¿Y si no hay nada?

¿Y aquí hay algo?

Aprieta el puño. Si pudiera verle el rostro, sé que hubiera fruncido los labios. Acaricio su meñique. *Qué*, signa. *No, nada*. No es con afán de comunicar nada. Sólo quiero tocarla. Qué formal, pienso.

No espero un signo complejo. Pero odio cuando no me dices lo que estás pensando.

Pues no estoy pensando en nada.

No me mientas. ¿En qué piensas?

En ti.

No seas estúpida.

Es en serio. En ti. En tu rostro, en tu boca fruncida. En cómo no te puedo tocar sin que creas que te quiero decir algo. A veces sólo quiero sentirte, sin decirte nada. Eso. Sólo eso.

Quietud. Le tomo la mano. Casi puedo oírla suspirar. El vértigo se detiene. Una corriente fría nos recibe.

¿Y si no hay nada?

Pues eso significaría que el cielo es la nada.

Damos un paso fuera del elevador. Caminamos. Nada se interpone. El piso es frío, frío. Gris.

Creo recordar que el cielo era gris cuando llovía. O cuando nos prohibían salir por la contaminación.

No me sueltes, por favor. Tengo miedo.

Eso jamás. Sígueme.

Seguimos caminando en el gris del piso y el frío. Mi bata revolotea contra mis muslos. Debe ser que hay viento. Estamos afuera.

Esto es el cielo, pienso.

Qué decepcionante es el cielo, entonces. Regresemos.

Topamos con un pequeño escalón. Nos subimos a él.

¿Y tú cómo creías que era el cielo?

Cálido, dulce. Rojo. Perfumado. Bueno. Como tú.

Me sonrío. Me vuelvo para sonreírle en la mejilla, cuando el escalón se acaba para ambas.

Hay vacío. Hay frío. Hay vértigo. No tiene caso gritar siquiera. El vacío es tan grande que no hay espacio para el miedo.

No soltamos nuestras manos. Le prometí que no la iba a soltar.

Su mano era lo único que me separaba de la nada.

El suelo aparece de pronto. Nuestros huesos quebrándose pudieron haberse escuchado claramente a metros de distancia. Pero en la edad del plutonio, no queda nadie que pueda enterarse de que estamos en el suelo. Hay dolor. Hay líquidos, hay fluidos. Hay calor. Hay lágrimas. Hay culpa.

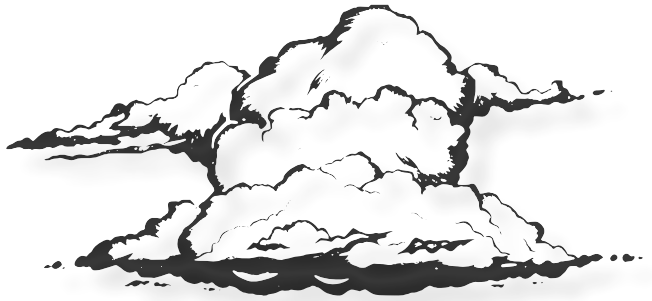
No puedo soltar su mano, aunque quisiera. Mi mano no responde. Está deshecha contra el suelo.

Perdón, perdón, perdón.

Me suelta. Alcanza mi mejilla y me limpia una lágrima. Quiero signarle que lo siento, que nos vamos a morir y es mi culpa, que se va a morir y que no va a saber de qué color es el cielo, que el cielo no es como yo y que no se lo puedo decir porque mis ma

Acabo de darme cuenta de que hace tiempo que ya no está signando, y yo tampoco. Y aún así, puedo oír su respuesta en mi cabeza.

Sí. Así se siente el cielo.



La noche cuando las nubes dejaron de moverse

POR WALTER PALACIOS II

Se puede soportar cualquier verdad, por muy destructiva que sea,
a condición de que sea total, que lleve en sí tanta vitalidad
como la esperanza a la que ha sustituido.

E.M Cioran

TRES CLAVOS Y UN DESAYUNO PARA LLEVAR

Era un lunes dorado y ámbar, lleno de un brillo que nada tenía que ver con el ánimo despulido de Martha. Además, pasaban de las diez y ella seguía metida en la cama. Y pudo seguir así de no haber olvidado, la noche anterior, cerrar la ventana por donde esa mañana se filtraba una maraña de rayos de sol que le golpeaban la cara y le decían, muy a su manera, que debía despertar, hacer el esfuerzo o perdería algo más que su trabajo.

Es la mala suerte enmarcada en una pared. Y es que las reglas del edificio son claras: no mascotas y no fumar. Una le afecta demasiado y la otra no tanto: siempre ha preferido mantenerse alejada de perros, gatos o cualquier otro animal susceptible a correa y paseos.

Es por eso que prefiere los cigarros, porque son siempre oportunos, así como la ventana donde la noche anterior se fumó la media cajetilla que le debía durar una semana, y encima haberlo hecho mientras evaporaba su reserva de lágrimas para todo un año. Tampoco era para menos; recién el viernes la habían despedido. Asunto de recortes, presupuesto nuevo y personal más joven. Esto ella lo vio venir y, de hecho, no le habría afectado tanto de no ser porque al siempre ocurrente de su novio se le había ocurrido —valga la redundancia— terminar con ella ese mismo día. Cuestión de no eres tú, soy yo; la vida es así, hay que seguir adelante; es lo mejor para los dos, así no te hago ni me haces más daño. Eso último fue lo que le dolió más. Por eso se levantó con desgano un lunes pasado el mediodía.

Tenía hambre y también sed. Quería café y se dispuso a prepararlo. Fue a medio camino hacia a la cocina cuando ella se dijo que evitaría, a como diera lugar, mirarse en el espejo del pasillo. Pasa que algo en su interior le hizo sentir que en el estado de emergencia en el que se hallaba, tan vulnerable e improvisada, le sería insoportable verse a sí misma reflejada en cualquier otro lugar que no fuera su cuerpo. Ni siquiera pensar que podía existir otra ella, alguna otra persona capaz de beber del mismo café, alguien con los mismo sonidos y palabras y gestos y hasta el mismo tono castaño de cabello o la misma ropa holgada que hace juego con el tamaño de su tristeza. Alguien más. Algo. Otra. Impensable.

Por un instante sintió que se perdía, y hubiera sido así de no ser por el silbido de la cafetera que la trajo de vuelta. Un trago, dos, tres. Ahí se dio cuenta de lo tarde que era y, a falta de algo mejor que hacer, tomó su celular y se dispuso a chequear sus redes sociales. *Facebook* e *Instagram* estaban más muertos que nunca, y aunque había notificaciones de esto y lo otro, nunca vio llegar ni un miserable mensaje de él o del trabajo. Ninguno regresaría. Se supo sola. Y esto también pudo seguir así de no ser por el correo que recibió en ese preciso momento. Era del laboratorio. ¿El asunto? los resultados del análisis de sangre —que le habían realizado apenas el lunes pasado— estaban listos. Eran los años cuando la mayoría tuvo que realizarse una prueba de ese tipo. Sin embargo, no todos recibían un correo y, mucho menos, un citatorio. Por eso casi se ahoga con el café cuando leyó que debía presentarse en el laboratorio ese mismo día para escuchar el resultado en persona.

2428

Esto que veo frente a mí son manos. Las junto y noto que los dedos de una encajan perfectamente entre los de la otra. Y así lo hago. Con ellas puedo hacer mis tareas, pero también muchas otras cosas que no lo son. Entre mis tareas se encuentra mantener encendido el fuego. La luz es necesaria. Señalar la luna, por otra parte, es innecesario.

Los otros ignoran el significado de ambas cosas, necesario e innecesario, pues jamás han dicho estas ni ninguna otra palabra. Somos cuatro. El lugar que nos fue asignado es este, dentro de una estructura cúbica. Las paredes, de cien metros de largo, se alzan veinte metros para sostener un techo agrietado y lleno de agujeros por donde se filtran luz, agua, viento y polvo. Existen otros cubos menores dentro del mismo y también un portón que da al exterior. La mayor parte del año evitamos salir. Es en ese lapso de tiempo donde cumplo mi tarea mientras ellos se desplazan de un lado a otro, unas veces moviendo sus manos y otras agachándose. Esa es su tarea y solo se detienen al anochecer. Entonces regresan y se colocan alrededor del fuego.

También existe una tarea que debe cumplirse una vez al año: uno de nosotros tiene que salir, desplazarse dos kilómetros en línea recta entre dos hileras de cubos similares al nuestro, girar a la izquierda y seguir recto durante un kilómetro hasta llegar al muro circular. Una vez allí, se debe ubicar la puerta madre, solicitar reabastecimiento para cuatro, regresar a nuestro cubo y procurar que todos actualicen sus niveles de reserva. Cada año hay un nuevo asignado y solo este es capaz de conocer y ejecutar la tarea.

A veces me pregunto cosas. Sé que ellos no hablan, pero ¿pueden recordar? Yo recuerdo que un día abrí los ojos y detrás de mí había una puerta incrustada en un muro circular. También recuerdo haber sentido una fuerza que me impulsaba a caminar y que no se detuvo hasta que llegué al cubo asignado. Eso fue hace veinte años. Ahora llega esta tarea, y el muro y la puerta reaparecen. ¿Acaso se trata del mismo muro y la misma puerta? ¿Y, en caso de abrirla, detrás también habrá un fuego que mantener encendido?

Hoy, uno de ellos se acercó a mi puesto. Es mi reemplazo. Sé que debo partir mañana.

LAS UÑAS NO SE COMEN

Martha decidió llamar al laboratorio y preguntar por el horario de atención. Resulta que cerraban a las seis de la tarde y para ese momento ya pasaban de las dos y media.

Había perdido media hora bañándose y, si bien esto le ayudó a despejar un poco su cabeza, aún sentía el constante asedio de pensamientos ansiosos que tenían que ver con cada uno de los posibles resultados, siempre catastróficos, que la hacían caer de nuevo en la pesadilla de los espejos. Por eso decidió bajar por la escalera antes que encerrarse en un ascensor lleno de reflejos suyos.

Afuera, el clima cálido la reconfortó un poco. Hizo la cuenta y aún le quedaba buen tiempo para llegar, y eso considerando la distancia y el típico tráfico de ciudad al que nunca nadie se acostumbra del todo. Claro, se sintió tonta al darse cuenta que bien pudo consultar el horario en internet, pero quizá lo había hecho así porque en el fondo aún esperaba que alguien, al otro lado del teléfono, le dijera que no, que todo era una equivocación. De eso no había más que hacer.

Se ajustó el cinturón de seguridad, encendió el motor y sintonizó su estación de radio favorita. Le gustaba esa voz, la de la locutora; la transportaba como en acto de magia a la época cuando ella, alguna remota vez, soñaba con tener un programa de radio. Entonces se veía a sí misma seleccionando las canciones a programar, las transiciones, los comentarios llenos de datos curiosos entre tema y tema, las llamadas de radioescuchas y hasta los comerciales. Incluso llegó a crear varias playlist que solía escuchar de camino al trabajo. Así entretejía las hebras del del tiempo, sumida en la fantasía hasta que, al entrar a un túnel, se perdió la señal de radio y en su lugar se escuchó el nervioso y monótono oleaje de un mar de ruido blanco. Aunque esto también le sucedía a menudo, al menos antes del despido y, en esas ocasiones, tal como ahora, se le desplegaba un mundo imaginario, uno menos sonoro, pero mucho más visual. En este, ella es la protagonista de una película de acción.

El túnel, ese espacio que se le antoja virtual, donde se monta el estudio, es el más largo de la ciudad. La escena bien puede durar de tres a cinco minutos. Además, se trata de una persecución. Ella la siente así:

Mira atenta por el retrovisor. Entre ella y el mundo al revés se interpone un mechón de cabello que le estorba. Alza la mano y lo aparta. El reflejo es claro.

Observa y analiza la situación como se lo enseñaron en la agencia. ¿Acaso podrá ser el Buik rojo? No. Imposible. Dentro lleva una familia. Aunque tal vez todos ellos, incluida la niña pequeña, son parte de un agencia de espías, así como en el animé. Aunque también están esos dos hombres del Mazda negro. Piensa, Martha. La misión es crucial. Mazda negro, auto rápido y fácil de maniobrar en el tráfico. Ambos tienen aspecto peligroso y porte serio. La aceleración es constante. Su mirada y la de ellos se cruzan y los dos rebasan al mismo tiempo. Mira un poco más. También llevan ese corte casi militar que les asignan a los de su rango, es el típico casquete a lo Tom Cruise, y como si fuera poco, portan los clásicos trajes negros. De pronto se da cuenta que también el Buik se dirige hacia ella, está vez más rápido. El rugido vivo de los motores en crescendo es digno de un soundtrack de Zimmer.

Ahora se siente como si estuviera dentro de una película de rápidos y furiosos en mashup con hombres de negro, Tenent o hasta algo de Marvel. La adrenalina le sube de golpe cuando, entre los dos autos, aparece un tercero que definitivamente busca darle alcance. Por un momento cree que los otros autos dentro del túnel saldrán volando a los lados, tipo Mad Max. Pero esto no ocurre. Entonces sabe que habrá un enfrentamiento cuerpo a cuerpo. Se lleva la mano a dónde debería estar su nueve milímetros y le quita el seguro. Será una batalla de motores y armas. Fija la vista en el camino y, frente a ella, a casi cien metros, se alcanza a ver la luz del día; un halo amarillo y dorado capaz de ralentizar el tiempo y enfocar a Martha en cámara lenta. Es el fin del túnel. Pero ese tercer auto persiste en su carrera. La misión es de alto nivel. La velocidad retoma su dimensión y Martha, la agente especial Martha, con acceso nivel V, escucha que su motor va demasiado forzado. Aguanta, le dice a su auto, a sí misma, a la cámara, al público que come botanas con la boca abierta, a los que llevan los lentes 3d puestos, y también al jurado de los Oscares. Aguanta. Pero el tercer auto ya está junto a ella. Levanta su arma y apunta a ciegas a quien sea que esté a su lado.

Quiso ver a esa persona cuyos destinos fatales se hallaban atados por ene secretos de seguridad nacional. Destinos cuya única razón de existir es la de anularse mutuamente. Pero ya era demasiado tarde. La radio estaba de vuelta y con ella todo el peso de una realidad condensada en un anuncio de cadena nacional:

Si tienes entre dieciocho y veintinueve años de edad, debes recordar: la prueba para todos, es por el bien de todos.

El resto del viaje se le hizo tedioso. Insípido. Incluso amargo a ratos, en especial al verse cerca de su antigua oficina y de la estación de metro.

¿Qué iba a hacer si no encontraba trabajo pronto? y todavía peor ¿qué empresa querría contratarla a sus veinticuatro años?

El fin de semana había terminado y, salvo por el tema del laboratorio, comenzaba a sentir la filosa culpa de no hacer nada. Tampoco quería perder el auto y tener que usar de nuevo el metro. No le gustaba. Y no por algún tema de clasismo, sino por esa sensación de sofoco que la rodea cuando desciende al subsuelo. Al menos en la radio programaban música, si bien no muy buena, tampoco demasiado mala.

Una vez en el laboratorio, el ambiente fresco e iluminado, lleno de orden y pulcritud, ejercieron cierto poder hipnótico sobre ella. La hicieron sentirse confiada, casi renovada, como si en el mundo —o al menos en el suyo— las cosas siguieran su cauce sin mayor contratiempo que el de haber sufrido un par de tropiezos en un mal fin de semana. Eso sí, esa vez tampoco estuvo dispuesta a renunciar a ese momento de paz inesperado, por meterse a un ascensor lleno de más espejos. Si no lo había hecho en casa, menos lo iba a hacer ahí. El caso es que llegó agitada al mostrador y, así como estaba, se paró frente a la recepcionista. Se trataba de una chica muy amable que a cambio de saber su nombre, le entregó una ficha de turno. Por supuesto, Martha tuvo que esperar junto a otras diez personas antes de que la llamaran para entrar.

—Martha, su resultado es positivo

Se lo dijo así, de lleno y sin más, solo con una risita boba que Martha no pudo comprender.

—Dime, Martha ¿tienes alguna duda?

Los músculos de su espalda se tensaban al ver su reflejo en el espejo largo que abarcaba buena parte de una de las paredes del consultorio. Sí, está claro que había escuchado el resultado, pero no le sorprendía para nada. De hecho, se había mentalizado durante el camino. No. Lo que ella sentía era como si el vacío que había experimentado a lo largo de los últimos días estuviera llenando todo a su alrededor, como si eso hubiese escapado de algún lugar en su interior, inaccesible, para terminar incrustado en cada una de las personas del mundo. A partir de ese momento ellos también serían ella. Se había transformado en río y ahora se desbordaba. Incluso imaginó un cortejo fúnebre donde todos, desde el cura, plañideras, difunto y enterrador, eran la misma persona: ella. La imagen difería de las que solían poblar sus tantas películas

imaginarias. En esta vibraban más colores, el contraste había aumentado; era más vívida. Y es que su mayor miedo estaba dentro y también fuera de ella, metido en un tubo de ensayo.

No cabe duda que la doctora estaba familiarizada con reacciones como esa. Para atenuar los daños le dio una charla que al parecer había repetido muchas veces. Primero le dijo que la donación constaba de una pequeña parte de material genético, no más de un gen necesario para codificar, a lo mucho, una proteína. Luego le informó que podía negarse y entonces su muestra sería destruida. Pero, sobre todo, procuró recordarle el objetivo de las pruebas Melior.

—Martha, sabes que ni tú ni yo viviremos más allá de los veintinueve ¿verdad? Y aquí en tu expediente dice que hace poco cumpliste veinticuatro. Mira, yo estoy a dos meses de finalizar. Y tal vez pienses "seguro siempre repite lo mismo" y tienes razón.

—Así es, el material de las otras personas en la sala de espera, al igual que el tuyo, fue seleccionado. La diferencia contigo es que algunos de ellos se realizaron la prueba hace casi un año ¿te imaginas cargar esto que sientes ahora, pero durante meses? Y considera que el registro de tu muestra fue recién la semana pasada.

—Pero no te preocupes, existen suficientes estudios científicos al respecto y gracias a eso tenemos protocolos y guías de práctica clínica. Cuando la OMS detectó que la mayoría de personas experimenta estrés al saber que su muestra fue seleccionada, se optó por que la cita para informar el resultado se diera sólo una vez al año y así reducir el impacto sobre la salud de los seleccionados.

—Tampoco buscamos chantajearlos. Es bien sabido que el objetivo de todo esto es recuperar la vida de nosotros como especie. Quiero dejar este punto en claro porque nosotros debemos brindar información completa y correcta. ¿Esto es para un bien mayor? sí ¿supone riesgos? eso es obvio, todo en la vida tiene riesgos.

—Ok, Martha. Respecto a tu duda, no. Melior no tiene nada que ver con la clonación en el sentido que comúnmente se le da. Con esto quiero decir que es imposible, ya sea a corto o largo plazo, que te encuentres con una doble tuya.

—Mucho menos es un gólem o un Frankenstein. No estamos creando vida ni cumpliendo deseos. Incluso puedes verlo de la siguiente manera: nuestras

células siempre desempeñan un papel dentro de un ciclo: a veces se quedan en pausa, otras se dividen sin control como en el cáncer y cuando llega su tiempo, o agotan los recursos, mueren. Nacen, crecen, se especializan y dividen; cumplen y mueren. Ni tú ni yo habíamos nacido cuando todos comenzamos a morir a la misma edad. Desde entonces, las mentes más brillantes se dedican a descubrir el cómo y el porqué. Pero hasta ahora, nuestra única oportunidad, lejos de pretender burlar la muerte, es hacer que la vida de nuestras células sea más lenta. Se trata de uno de los procesos elementales tanto de la reproducción como de la evolución: adaptarnos.

2448—2498

Pasé cinco años seguidos siendo encargado de reabastecimiento. En ese lapso de tiempo vi a otros como yo. A veces se trataba de una persona, en otras eran cuatro, cinco e incluso más. Nadie hablaba. Después fui reemplazado por uno y este a su vez por otro. Cada cual cumplía con su tarea.

Eso fue hace veinte años. De nuestro cubo solo quedan tres paredes y de los otros casi nada. Ocurrió justo antes de un nuevo abastecimiento. Entonces comenzó el terremoto. Correr es una tarea innecesaria, pero lo hice. A ellos les dije que salieran del cubo antes que todo se derrumbara, pero siguieron como si nada estuviera pasando. Murieron dos. Esa misma tarde supe que existe una tarea que consiste en llevarse a los muertos.

Por la noche vi la luna y quise señalarla. Ahí estaba ella, gigante y plateada. No lo hice. Algo en mi interior me empujó a tomar una piedra y trazar una línea sobre la pared. También soñé por primera vez, y cuando abrí los ojos, aprendí a llorar. El rastro húmedo de las lágrimas me hizo sentir como si en realidad nunca hubiese despertado.

Al año siguiente supe que a ninguno de los dos que sobrevivimos se le había asignado a reabastecimiento. Alguno debía hacerlo o de lo contrario moriríamos. Dejé encendido el fuego y me dirigí hacia la puerta madre. Recibí ración para cuatro. Al año siguiente fueron cuatro y cuatro después de que mi compañero muriera. Quise creer que si tomaba las raciones de ellos, ya no tendría que seguir contando días. Me equivoqué. Aún hoy, cincuenta años después, soy incapaz de saber si es posible. Algo me detiene y, al último momento, decido tomar el camino hacia la puerta madre y recibir de nuevo cuatro raciones y regresar otra vez a cuidar un fuego cuya luz no llega a ninguna parte.

Si tan solo me atreviera, sé que podría vivir más de cien años sin salir del cubo.

LEONES ARTISTAS Y ARRIEROS LADRONES

Martha murió un sábado por la tarde. Era un día gris y lluvioso que nada tenía que ver con los últimos años de su vida.

Había aceptado ser parte de Melior. Aceptó también las sesiones psicológicas que le ofrecieron en el laboratorio y al poco tiempo había superado por completo aquella animadversión por los espejos. En su lugar, comenzó a soñar con nubes que recorrían el cielo azul como arrastradas por globos atados a hilos hechos de viento.

Conseguir trabajo fue difícil, pero a las pocas semanas fue contratada como repartidora de volantes para una empresa farmacéutica involucrada en Melior. La paga no era mucha, pero gracias a este modesto trabajo pudo conservar el auto y evitar el metro. Desde luego, se tuvo que mudar a un departamento más costeable, en un zona con menos edificios. Se adaptó muy bien al cambio, le agradaba el lugar, y es que era mucho más tranquilo que el de antes, incluso había cerca un curioso y alegre parque que jamás habría de olvidar. Ahí conoció al amor de su vida.

Ella solía correr por las mañanas antes de salir al trabajo y él tenía un perro que sacaba a pasear a la misma hora. Es imposible saber la cantidad de veces que llegaron a coincidir sin reconocerse. Y pudieron haber seguido así de no ser por una correa gastada que se rompió en el momento justo en el que Martha pasaba junto a ellos. Ese instante se había de grabar en su memoria y en el tacto de sus manos reconociendo el cabello del otro. Él le murmuraría lo encantadora que se ve con un perro lamiéndole la cara. Ella fruncirá el ceño antes de liberar el beso que siempre antecede a la risa. Era la felicidad nacida de un oleaje tranquilo.

A diferencia de Martha, él sí se imaginaba en el rostro de todos. De hecho, llegó a decir que había tomado la terapia a pesar de jamás haber considerado a la clonación como un problema. A Martha le causaba ternura escucharlo decir que se puso triste cuando le explicaron que Melior tendría un rostro único y no el suyo. Él aún guardaba la notificación para la cita de resultados. Martha ya ni recordaba que tenía cuenta de correo.

Al poco tiempo comenzaron a vivir juntos. Él nunca pudo ganarle una partida de *Monopoly*, y ella, que poco a poco se habituó a esa nueva vida en pareja, había dejado los cigarros antes de darse cuenta de que se sentía feliz. En un principio, se entregaron al rito de la planeación, hasta que un día ambos se imaginaron dentro de un futuro tan reducido que, a lo mucho, cabían desnudos. También jugaban a completar las frases del otro; lo hicieron hasta agotar las palabras. Fue ahí cuando cayeron en cuenta de que la ambición por sobrevivir desentonaba con el sonido de sus edades: veintiséis y veintiocho.

Ambos presenciaron la primera victoria de Melior. Era temprano por la mañana. Al enterarse, Martha regresó lo más rápido que pudo del trabajo, lo hizo corriendo. Llevaba en la mano uno de los volantes que horas antes repartieron en su trabajo. Lo leyeron juntos y entonces sintieron un nuevo tipo de alegría. Ciertamente, ellos jamás iban a experimentar lo que es tener treinta, pero ese inconveniente —aceptado y superado hace mucho tiempo atrás—, de pronto les tuvo sin cuidado. Simplemente fueron felices al imaginar que las futuras generaciones serían libres. Y, si bien sólo se trataba de una célula, esta representaba la primera, y una de las más grandes, victorias de la humanidad frente al castigo de la certeza.

Se trataba de una píldora. Estaría lista para cuando Martha cumpliera treinta y seis. A una distancia de diez años que jamás llegaría a tener. Todos los requerimientos y energía necesaria para mantener al organismo humano en funcionamiento durante una semana, comprimidos en una pequeña píldora. Este acontecimiento fue suficiente para que todas y cada una de las principales empresas del mundo decidieran invertir grandes sumas de capital en Melior. Fueron muy pocas las voces que se alzaron en contra de la inevitable continuidad del proyecto. Además, existían ventajas que tanto la OMS como la ONU se asegurarían de llevar a toda persona.

Un portavoz de Melior dio la que sería conocida como *La conferencia a tiempo*. En ella habló del humano del futuro: sin hambre, frío ni enfermedad. Y de una humanidad donde la pobreza, el crimen y la injusticia tendrían lugar solo en libros de historia.

2550

Ya no queda nada del cubo.

Tengo raciones suficientes como para vivir doscientos años.

Vivo señalando la luna. Aún no descubro a dónde llevan a los muertos. No he visto a nadie más. Nadie ha llegado y nadie muere.

He soñado con la puerta, con lo que puede haber detrás de ella, al otro lado del muro circular. He soñado que en su interior hay otros como yo, capaces de hablar. Al principio todo es vacío, entonces digo una palabra, hola, y aparece otro. Decimos hola, y aparecen dos más. Somos cuatro, ocho, dieciséis, treinta y dos, sesenta y cuatro, ciento veintiocho, doscientos cincuenta y seis, ene. Llenamos el interior. Infinito. Uno de nosotros intenta salir, y otro desaparece. Todos se van, los veo irse de dos en dos. Intento salir primero, pero al abrir la puerta me encuentro de nuevo en la nada. Despierto y me doy cuenta de que jamás podré volver a cerrar esa puerta.

2700

Tengo raciones suficientes para vivir hasta cinco siglos.

Nadie de la puerta madre ha entregado más desde hace quince años. Se terminó.

Hace mucho dejé de mantener encendido el fuego. La luz del sol y de la luna es suficiente.

LIMONERO

Algunos pasaban sus últimos días en uno de los tantos asilos para finalizadores. Otros preferían la velocidad de las fiestas de despedida, que iniciaban en la timidez, solo para terminar con la policía de por medio. Un acto de demolición. Más tarde, alguien mostraba el permiso donde el nombre del organizador y del finalizado eran el mismo, y así cada quien era libre de regresar a su respectiva rutina. Podían ser íntimas o incluso masivas. Martha y él, alguna vez, asistieron a una. Ahora ella le proponía hacer algo así, pero él se negó. Prefería la calidez de ella y de lo que solo se puede apreciar cuando lo último que se tiene son tres meses.

Ellos formaban parte de la tercera generación limitada. Sus padres habían muerto a los veintinueve, mientras que sus abuelos fueron los últimos en llegar a los cincuenta. La muerte uniforme —sin contar accidentados y enfermos— cambió para todos no solo el color de la muerte, sino también los matices de cada vida. Si antaño se vendía el sueño de un gran barco invisible donde todos tenían cabida para navegar en un mar igual de invisible, ahora se

había materializado y, tal como lo habían pregonado muchos, este tenía lugar para todos. Eso desagradó a los herederos de todo tipo de tradiciones: política, economía, ciencia, religión y arte. Un mundo viejo en manos jóvenes. Un mundo dotado de certeza.

En un intento desesperado por mantener viva la cohesión inmutable de épocas pasadas, se planteó la idea de tareas—empleo.

HIGUERA

Para Martha y él, tres meses significaban lo mismo que un día o un año. Eran palabras metidas en un espejo puesto frente a otro.

Aprendieron que medir el tiempo en horas o días es imposible y que, de alguna manera íntima, les resultaba más divertido hacerlo en colores. A veces soñaban en azul, otras en lila, naranja o violeta. Fue así como Martha, después del entierro de él, decidió cambiar de trabajo y regresar a su viejo departamento. La pintura de las paredes era del color de ellos. Sí, en verdad tuvo suerte de que el departamento aún siguiera disponible.

Tramitó un préstamo para finalizadores y con eso pudo pagar la renta. Cambió de lugar los muebles, puso nuevas cortinas y en el techo pintó una serie de nubes como las de su sueños. Con el sobrante compró todo lo necesario para montar un pódcast. Hablaba de cine, de las películas que aún se podían encontrar en internet y hasta de posibles secuelas. Eso último era imposible ya que la mayoría tenían, como mínimo, medio siglo de antigüedad. Además, la industria cinematográfica ocupaba uno de los escalones más bajos dentro de las prioridades de Melior. A ella le gustaba verlas porque sentía que de esa forma podía comunicarse y sentir el calor de quien sea que estuviera detrás de la cámara. Era un ritual de entablar un lenguaje secreto, lleno de palabras silenciosas que acortan la distancia que hay entre dos miradas.

El programa se llamaba “Los colores de Cinema calor”. Tuvo enorme éxito y pronto alcanzó millones de visitas. Fue entonces cuando recibió una llamada de la compañía de televisión. A Martha le dijeron que uno de los productores había escuchado su contenido y pensó en hacer una cápsula documental para el programa “Las veintinueve a los veintinueve” con ella de protagonista. La citaron para esa misma tarde. Estaba emocionada. El día estaba nublado y, por si acaso, cerró la ventana antes de salir del departamento. Aún no lo podía creer. Era tanta su alegría, que una vez en el ascensor se tomó una foto y la

subió a sus redes junto con un mensaje algo empalagoso, pero a fin de cuentas acorde.

GRANADA

El set de filmación estaba al otro lado de la ciudad, muy cerca del laboratorio. Por la radio daban canciones que ella sentía como suyas, como si cada nota y palabra hubiera sido compuesta para funcionar en ese preciso instante y clavarse en su memoria, en ese lugar que también es voz y que reproduce, desmantela y ensambla todo lo que fue, es y será.

Recordó el cinturón de seguridad. Llevó su mano izquierda a donde solía llevar una virtual nueve milímetros, y abrochó el seguro. En la pantalla del GPS se podía ver la ruta y una hora estimada de llegada. Sería un viaje corto y sin tránsito. Y hubiera sido así de no ser porque al entrar al túnel ella se aventuró en una nueva película, o mejor dicho, en un plano secuencia que bien podría ser el *trailer* de su vida. Ahora estaba preparada, había aprendido a tener cerca su teléfono, siempre listo para reemplazar a la radio y evitar la estática. *D.A.N.C.E.* La perfecta sincronización de la música con las imágenes la sumieron aún más profundo dentro del ensueño. Cada metro ganado al túnel era memorable, lo sentía como si toda una orquesta estuviese junto a ella, incluso el equipo de camarógrafos estaba ahí, todos ellos apretujados en la parte trasera del auto.

En el *trailer* se mostraban escenas de películas protagonizadas por ella: personajes infantiles, ancianos, detectives, soldados, artistas sufridores, monstruos terribles, bestias feroces, seres de otros mundos, héroes, villanos, princesas, mandatarios e impostores. Se trataba de toda una vida en celuloide que ella había grabado casi desde su nacimiento, un vida donde la comprensión y el triunfo sobre un un mundo accesible para todos, pero imposible para la mayoría, la había favorecido. Una vida transformada en set. El problema es que la música se cortó de repente. Sin importar de qué dispositivo o frecuencia se tratase, todos eran interrumpidos.

Era sábado y, al igual que todos los sábados, Meloir transmitía su ineludible mensaje. Martha dejó caer una de las cámaras. Quiso mantener el personaje, pero el equipo de producción había comenzado a desmantelar el set y desde afuera llegaba el rumor de autos que emprenden la huida. Entonces escuchó una voz demasiado real que hablaba de la segunda fase del plan de las píldoras. Una voz despreocupada que se hacía dura cada vez que mencionaba

a los nuevos humanos. El informe se había transformado en una orden:

Los días de pruebas han terminado. Toda persona en edad reproductiva debe acudir a su laboratorio más cercano para recibir la dosis única de material genético Melior. Esta medida proveerá a las futuras generaciones de nuevos humanos la compatibilidad necesaria para que la píldora surta efecto. La negativa será considerada como delito menor. En caso de reincidencia, la pena será de cárcel. Recordemos que vivimos, como humanidad, en un punto crucial de nuestra historia. No podemos, ni debemos permitir, el sacrificio de nuestra última esperanza en nombre de ideales, doctrinas y sistemas que ya no nos representan.

La música sonaba de nuevo. Era hueca y apagada. Música que parecía venir del fondo del mar. Música opaca. Martha estableció una nueva regla: aceptaría estar en todos los demás, pero no en ella.

El túnel permaneció cerrado durante cuatro horas. El informe de los peritos reveló que, de no haber usado el cinturón, quizá se hubiese salvado.

3200

Hace un año tomé la última ración. Cien años permanecí apuntando a la luna. Otros cien, simplemente sentado. En los últimos, exactamente desde hace cincuenta, he visitado la puerta madre. Descubrí huesos. Ahora se a donde van los muertos. A diferencia del cubo en el que viví mis primeros siglos, el de ellos se mantenía intacto. En su interior hay luces artificiales que hasta hoy funcionan gracias a los paneles solares ubicados en la superficie del círculo amurallado. Tienen computadoras y registros. Su cubo fue dañado por el terremoto y desde entonces habían dejado de producir píldoras y comenzaron a repartir la reserva. Tuve tiempo de leer los informes, enciclopedias y libros resguardados en otra de las computadoras. Descubrí que, si bien hablar era innecesario, el mutismo no formaba parte de Melior. El proyecto funcionó bien durante cuatro generaciones. Después fue imposible anular o revertir las instrucciones genéticas que ya formaban parte del código humano, y que habían hecho de él, de nosotros, seres optimizados para la alta eficiencia. Sin hambre, malestares, placeres, sueños, fortalezas ni debilidades. Simplemente nacidos para realizar una tarea asignada muchos siglos antes de siquiera existir.

Mi tarea es mantener encendido el fuego. La luz es necesaria. Dentro de mí hay un gen que codifica para el lenguaje. Fue diseñado en el año dos mil ciento cincuenta, cuando Melior detectó los primeros casos de automatismo.

Al principio intentaron contrarrestar está nueva genética, pero ya era estable y cualquier mutación, ya sea en la proteína, ribosoma o base más insignificante, suponía la muerte del organismo. Asimismo, los autómatas de los centros de reproducción desarrollaron la instrucción de anular a individuos de cariotipo incompatible. En nuestro caso, los genes del habla se mantienen en la fase Go o de quiescencia, hasta los veinte años, la edad cuando somos liberados para realizar nuestra tarea. Aquellos como yo, los que vinieron antes de mí, tenían el mismo sueño de puertas y muros. Por eso todos debíamos volver a la puerta madre, para que al estar cerca, las posibilidades de éxito pudieran ser mayores.

Esa es nuestra pauta para cumplir la tarea de registro último: preservar la memoria de la humanidad. Y así lo hubiera hecho de no ser por el otro sueño, ese del que no pude encontrar registro alguno. El sueño donde, al mirar al cielo, se detienen las nubes. El sueño donde estamos en ninguna parte.

La tuerca perdida

POR HELIOGÁBALO H

A la modernidad la resumo en movimiento. A la híper—modernidad, en conflicto: Viejos versus nuevos. Viejos autobuses y nuevos deslizadores disputándose cada jirón de cemento. Viejos edificios y nuevos refugios presurosos por saber cuál primero se hace cielo o polvo. Viejos humanos y nuevos post—humanos proliferando lascivos a pesar del pavor colectivo. Los unos que aún creen que caminar es necesario, los otros que bajan de su deslizador solo a dormir. Y claro, los viejos ordenadores y los nuevos robots que nunca se detienen. Y tú, sin ser vieja para mí, a pesar de tu edad; tú tan nueva en esta mirada que no te haya.

De eso y la muerte puede estar seguro: Estás en la ciudad. ¿Estarás, quizás, con un nuevo amante en cualquier recoveco del paraninfo universitario? ¿O borracha con tus camaradas, en San Blas, festejando el ritual de las bacantes bajo el holograma de la luna y elevando himnos a la irresoluta superioridad moral? ¿O en el bio—espacio número tres viendo niños reír y ensuciarse la ropa, atemporales? Sólo sé que estás ahí y esa certidumbre es tan clara que por un momento, al ver el resplandor de la urbe, siento que me oyes.

¿Me oyes? Te envuelvo este silencio en una imagen: "Tú, en las entrañas de esta ameba mostaza" y la envío a tu bandeja. Perseverancia, es un valor, al abonar con tanta frecuencia tu indiferencia.

Alex y yo alteramos, mediante un virus lúdico, nuestros visores de realidad.

Alex me habla de sus viajes más allá del atlántico, de cómo hacen los chicos para refugiarse entre las ruinas que la última guerra contra el Islam dejó y qué afortunado el Perú por ser tan subdesarrollado que nunca se metió en cosa de grandes bravucones fanático—económicos. Allá, dice, la gente ya no usa las calles, se tiene tanto pánico al terrorismo que la vida discurre en domos de alta seguridad. Lo que se dice: calle, no es más que un pasaje por donde circula el gris movimiento de la híper—modernidad. Esa es, en palabras de Álex, la vieja Nueva Europa.

Miro Cusco y no entiendo Cusco. Luego del último terremoto, muchas de las atracciones turísticas se derrumbaron aunque el visor de realidad me las muestra como en una maqueta del cuarto semestre de neo—arquitectura. El virus lúdico produce un zumbido, directamente emitido a los tímpanos, que aturde y me siento desvanecer. Quiero decirle a Alex que no puedo respirar, que me quiero ir al refugio, que este virus, por más lúdico que sea, es aterrador; pero él me calla y pide que "oiga sus palabras..." y, en efecto, un ligero bullicio se desprende de todas esas luces. Vibran de sonidos las esquinas. Ruidos oscurecen los faroles y paneles; sin embargo, no logro entender. ¿Qué podría decirme un puñado de edificios? ¿Que jamás te volveré a ver? Eso me lo repito al despertar. Y lo sigo repitiendo yendo al trabajo. Y lo continuo escuchando después del trabajo cuando no hay más que hacer que alterar la realidad con ayuda de mi amado visor. ¿De qué sirve un pronóstico del tiempo cuando ya estás empapado por la lluvia?

Caminamos hasta llegar a un pueblo periférico. Aquí el negro ha vencido la obsesión de los urbanistas por electrificar cada rincón de la urbe. No es necesario un farol si tu visor tiene el modo nocturno. Siempre he soñado con esta clase de calles. En mis sueños a veces estás tú, sin ser tú. Cuando estás tú lo sé porque te veo. Pero cuando no estás, sé que eres tú por tus maneras y símbolos. Por ejemplo, un lazo. Una manzana. Tal vez fuego. De todas formas, contigo o sin ti, en mis sueños acabo solo, vagando perdido entre el perverso contraste de las pequeñas chacras de maíz y las inmensas torres de comunicación allá lejos. Cuesta creer que esta parte esté unida a la colmena.

En algún momento el concreto tendrá hambre y estas chacras se perderán para siempre en mi memoria. ¿Crees mis sueños sean proféticos? ¿Moriré aquí? ¿Viviré aquí? ¿Te mataré aquí? Del futuro, es que tengo miedo. Del resto, que se encargue el tiempo.

Ya no sabemos dónde estamos. La conectividad falla. Se avecina una tormenta eléctrica. Paramos un taxi para que nos saque de aquí. El pánico vuelve. Todo parece de cartón, refugios de cartón en los que se ocultan las alimañas más peligrosas, llámese, renegados, delincuentes, antisociales, ponle una etiqueta a tu miedo favorito y ten por seguro que lo encuentras en este cartón, tan fácil de quemar, al parecer. "Te imaginas qué estará pasando en ese cuarto, o en el otro, o bajo esas esteras. Alguien estará llorando. Al lado una niña se frota, inocentemente, con la almohada mientras usa su visor infantil. Al frente una pareja homogénea se pelea, uno de ellos le lanza al otro un ramo de flores plásticas pero ninguno de ellos llora ni grita..." No me importa qué es lo que pase con los que no tienen rostro. Si tan sólo Alex me podría decir en cuál de las casas estás tú, atravesaría los cartones e iría a buscarte. Pero él no puede, y si podría creo que no tendría el valor.

Realmente no sé qué hacer. La irrealidad ya no me satisface. Me saco el visor de la cabeza, tengo náuseas y me duelen los ojos. Bajo a vomitar. Me demoro y ya no siento el taxi. Tampoco oigo a Álex. Estoy caminando. Estoy solo.

Y la gran ameba brilla, se está riendo. Alex tenía razón, son palabras el bullicio. Creo que se burla de mí por haberme sacado el visor y estar usando mis ojos al desnudo. Sin geo—localización, intento adivinar, fallidamente, cuál es mi norte. Sin termostato, no puedo calcular la magnitud del frío, ni el nivel de humedad que hace. Sin enciclopedia virtual, no sé qué calle es aquella ni qué salida tomar para llegar a mi refugio. Recuerdo cuando me hablabas de esto. Cuando me decías que todos éramos unos tontos al usar nuestro visor día y noche. Que lo único que hacíamos era perder nuestros sentidos entorpeciéndolos. Y esa vez, te quitaste el tuyo, y además la ropa, y con todo el aire de tus entrañas exigiste libertad de sensación, mas solo la montaña, además de mí, te oyó.

Un relámpago rompe la bóveda y de ella, la lluvia, los granizos, el estruendo radical de los truenos, la electricidad salvaje. Un chaparrón que llena mis recuerdos de ansiedad.

Mis ojos paulatinos se acostumbran a la oscuridad y con mucho cuidado me protejo en los restos de lo que fue un centro de servicio común. Las ratas no se asustan con mis pasos.

Las veo escalar las paredes y pelear entre ellas. Quisiera que estuvieras aquí y me digas: "No, Néstor, las ratas no son malas. Míralas, son humanas, son nosotros". Humanas. Ahora lo entiendo, al verlas darse dentelladas, cuando chillan sin sentido y mordisquean prácticamente todo lo que encuentran. Son tan humanas.

El miedo a la tormenta me llena de energía. Ya no me siento desfallecer, quisiera caminar y seguir caminando sin sentido ni mucho menos dirección. Un trueno tan poderoso hace a las ratas escapar. Intento volver a encender mi visor y este no responde. Intento de nuevo y sigue sin responder. De pronto, veo la ciudad y me sorprende notarla a oscuras. Un apagón se ha extendido por toda la gran colmena y ahora parece una muela careada en la dentadura de los andes. Vuelvo a intentar y lo mismo. Realmente estoy solo, ahora que la tecnología me ha fallado.

Me arriesgo a proseguir bajo el aguacero. Cojo un plástico de la basura y protejo mi cabeza. Escucho unos murmullos, al principio creo que son las ratas pero luego me doy cuenta de que son personas. Post—humanos. Alimañas. Terrícolas hambrientos. Mis niveles de angustia aumentan. El corazón lo siento en las tripas, retumbando con dolor. No estoy acostumbrado a caminar. Me duelen las piernas. Lagrimean mis ojos. Busco algún indicio, unas gradas, una señal de tránsito, lo que sea. Solo encuentro lluvia, neblina, y mi miedo galopante. Los murmullos se tornan risas. Volteó la cabeza con nerviosismo y tropiezo con una lata. Las risas se tornan palabras mientras caigo en el lodo.

—Miren, un citadino, ¿perdido en las alturas? ¿Sin visor ni deslizador? A que es patético, eh, ¿chicos?— Se burla uno y los otros ríen y chocan unos maderos en el suelo salpicándome de barro.

Son tres vagabundos. No es fácil distinguirlos pero los huelo. Apestan a petróleo, a ceniza o azufre, no estoy seguro pero es asqueroso. Trato te incorporarme pidiendo que no me hagan daño y ni bien abro la boca me la cierran de un porrazo.

Vi por primera vez el fuego en la escuela. Recuerdo que lo que más me llamaba la atención era el corazón azul de las flamas.

Un azul tan puro que pudiera haberle pertenecido al ozono del cielo y que, de forma prepotente, el fuego se había apropiado como núcleo de su incandescencia. En otra ocasión, recuerdo, tú encendiste una fogata, aquella vez, luego del temblor.

Me dijiste "algún día todas estas máquinas quedarán inservibles y los hombres tendremos que volver a robar el secreto del fuego; Rodeados por las llamas, nos reuniremos a bailar y entonar cantos de sanación y hermandad, como un solo ser colectivo. Y de todas las altas torres, de todas las gigantescas computadoras cuánticas, de todos los androides y robots, no quedará más que ruinas..." Despierto en una madriguera y distingo sus cuerpos alrededor del fuego comiendo papas que cocinaron bajo la tierra.

—¡Al fin despierta el ciudadano!— se vuelve a mofar el líder mientras masca su papa y juega con mi visor de realidad— Nunca comprendí este cachivache. ¿Por qué les gusta tanto a la gente de allá abajo, eh? Mi padre nunca quiso uno, él prefería sembrar y cosechar con los conocimientos que aprendió de su propio padre. ¿Y qué hicieron con él? ¿Sabes qué hicieron con él? ¿Sabes? ¡Responde, carajo!

Cómo podría saber qué le pasó al papá de este sujeto. Ni siquiera puedo saber qué es lo que pasó contigo. Por qué desapareciste de pronto. Con qué razón cerraste tu cuenta civil, silenciaste tu localizador, tu videófono no respondió más y jamás volviste a caminar por el bio—espacio número tres, dónde siempre nos dábamos cita.

—No sé, no sé nada, libérame, ¡lo que estás haciendo es un delito!— le digo con mucho esfuerzo y noto que estoy amarrado. Al fondo la lluvia continua su rumor pero solo las flamas permanecen imponentes frente a mí.

—Claro, ¡cómo lo vas a saber! Si la gente como tú prefirió encerrarse en sus cascos, cerrar los ojos y dejar que ellos hagan lo que quieran con la tierra.

—Libérame... Yo no soy culpable— me defiendo.

—¡Libertad! ¡Liberación! Libre es lo que quieres ser, ¿no?

—¡Sí! ¿Por qué me haces esto? Yo no hice nada— le imploro.

—Te diré por qué. Porque tú representas lo que odio, porque eres una tuerca diminuta de esa gran maquinaria desalmada.

Porque sin tuercas no hay engranaje ¡y sin engranaje la máquina no sirve!— Grita esto abriendo tanto la boca que puedo distinguir hilos de saliva salir expulsados. Y el fuego en los ojos, tú otra vez en mi mirada. Otra vez el fuego y el golpe de su mazo en mi cabeza. Un dolor agudo que me hace ver chispas en lugar de color.

—¡Ellos desaparecieron a mi padre! Él sólo plantaba su tierra, como un buen serrano, como el campesino que era. Su tierra, su única propiedad. ¡Pero le acusaron de ladrón! Le dijeron que sus semillas no eran legales, que solo se podían sembrar las semillas que ellos nos vendían. ¿Y qué semillas eran esas? Semillas transgénicas, peores que las peores plagas. ¿Cómo puede ser ilegal lo natural? ¡Cómo, carajo, cómo!— Y me da otro porrazo en la cabeza.

Te veo en el bio—espacio número tres. Nuestro lugar favorito. Ahí estás con tu traje naranja de estudiante y esa sonrisa que podía paliar mi miedo por casi todo. Partes en dos una manzana y me hablas de libros prohibidos que encontraste en las profundidades de la red, en las que zambullirse es, incluso, ilegal. “Mientras haya un Estado nunca habrá libertad. Mientras haya dos clases de gente, nunca habrá justicia. Mientras usemos nuestros visores, nunca habrá realidad...” ¡Por qué no te oí cuando pude! Porque tus palabras me aterraban. Como si, en el fondo, sabría lo peligroso de tu discurso, más terrorífico que cualquier arma, que cualquier post humano rebelde...

Siento el agua helada azotarme sin piedad en todo el cuerpo y ya no puedo verte, sólo están ellos. El líder deja caer el balde, que hace un grave sonido en el suelo, y chorrea.

—¿Tan rápido nos abandonas? ¿Qué crees que somos nosotros?

—Rebeldes— le respondo, completamente aterido.

—Rebeldes, nos dices. Qué grotesco. Nosotros somos LI—BRES. ¿Escuchaste bien? ¡LÍ—BRES! Pero qué puedes saber tú de libertad. Ni cuando nos pides que te liberemos quieres ser libre. Sólo quieres que tu esclavitud continúe en la comodidad de tu refugio. Escuchaste, eh, ¿Tuerca? ¿Quieres ser libre?— Me coge del cuello y sacude mi cabeza con furia.

—Sí, sí quiero, libérame. ¡Déjame ir, por favor!— Me arroja al piso y noto que uno de sus secuaces calienta una navaja en la fogata.

—Te explicaré algo, antes de tu liberación.

Nosotros no somos libres porque seamos rebeldes y vivamos en la periferia de tu amada colmena. No, nosotros somos libres porque nos quitamos la estrella de la nuca...

—¿Estrella?— Le pregunto absorto.

—Sí, la estrella. ¿Ves que, ustedes las tuercas, no saben nada de nada?

La estrella, el ojo, el radar, la gran aguja, ¡el grueso hilo que te ata a ese artificio que tú llamas mundo!

—Pero mi visor, no sirve, ya no estoy atado, ya me quitaste esa estrella...

—El visor solo es una venda para los sentidos, tuerquita. Tu ignorancia te confunde. La estrella de la que hablo está en ti. ¿La quieres ver?

—Déjame ir— vuelvo a pedírselo mientras me derramo de terror— Escucha, yo no tengo nada que ver con lo que le pasó a tu papá...

—¡Cállate! No te he preguntado eso. Te he preguntado que si quieres verla— me repite acercando su fétida cara a la mía y al fin puedo contemplarlo. Un tipo moreno, de rasgos firmes de piedra y mirada furiosa inyectada de sangre.

—Sí quiero... No, no, no sé de qué hablas. Sólo quiero salir de aquí...

—Saldrás. Sí, saldrás... te lo aseguro. Tan sólo espera— Y hace unas señas a los otros dos sujetos que se acercan de inmediato. Uno de ellos se pone detrás y sujeta mis brazos con fuerza mientras que con su pierna empuja mi cabeza suelo. El barro entra en mi boca manchando toda mi cara y el otro, con el cuchillo rojo por el fuego, se une al líder que continúa vociferando.

— ¡Libertad, diosa muda, recibe en tu seno a esta tuerca perdida!...— Siento un rápido y ardiente corte en la nuca que me hace dar alaridos de dolor— ¡Te liberamos en nombre de los marginados, de los expectorados, de los vencidos, de los reciclados!...— La sangre chorrea por mi cuello y se mezcla con el barro formando un fango espantoso— ¡Has vuelto a nacer! Sin tuerca, sin cordón, con sangre, con fuego ¡Bienvenida, Humanidad!...— La herida es cicatrizada con el metal ardiente y bruscamente me colocan un paño como venda. Me sueltan de los brazos y me desplomo, aliviado de que la operación tenga fin.

—Mira esto ¡Tu estrella! ¡Tu grillete! El ojo infame que todo lo distorsiona, el oído haragán que lo tergiversa todo...— Y en sus manos me enseña un objeto diminuto y brillante empapado de sangre.

— Ahora ya no eres peligroso Ellos ya no podrán rastrearnos. Estamos a salvo, nuevamente, desde hoy, eres nuestro hermano...— y arroja la estrella a la fogata que rápidamente la devora.

“Ellos ya no podrán rastrearnos...” Me pesan los ojos.

“Ellos ya no podrán rastrearnos...” Las lágrimas queman mis mejillas. “Ellos... ya... no... podrán... rastrearnos” y la sal se mezcla con el barro provocándome nauseas. “Ellos ya no podrán...”. La estrella, ¿acaso no es una aglomeración de nano—chips? “Ellos— ¿la policía, tal vez? — ya no podrán rastrearnos” ¿Rastrear? Entonces, ¿todos los que tienen la estrella en la nunca son informantes involuntarios? ¡Por la puta madre! Entonces, tú... yo...

Con agua de una jarra de metal el líder se lava las manos y se aproxima, esta vez, con más calma me dice:

—Cada humano que nace, cada estrella que ponen. Por eso mi padre nunca me llevó al sistema de salud pública. Y también por eso lo desaparecieron, además de las semillas— Con otro paño me limpia, un poco, el barro de la cara y acercándose a mi oído continua— Todos los ciudadanos son espías. Y, para colmo, nos llaman post humanos, renegados, hasta mutantes, porque saben que somos más humanos que ellos, que son simples piezas... ¡Los sub humanos, son ellos!

Cierro los ojos.

Te veo sonreír con tu traje naranja de estudiante, con ese lazo en el cabello que te daba tan bien. Como una flor sobre un espino. Como la última vez que nos vimos. Como cuando me pediste que te acompañe: “Sabes, tengo que decirte algo. Pondremos una bomba en la torre central. ¿No te parece increíble? Ven conmigo, Néstor, vamos a hacer algo para que el mundo cambie. Quiero que estés a mi lado cuando veamos las luces caer... está todo listo... mañana... mañana...” Pero esa mañana no te volví a ver.

Cuando abro los ojos, los libérrimos se han ido. Me incorporo con fuertes dolores en la cara y la espalda. Me cojo la nunca y el paño sigue ahí.

Como en mis sueños, he terminado completamente solo, absolutamente perdido en la neblina de mis propias inferencias y vuelvo a llorar desconsoladamente, pero esta vez no es por el dolor ni por el miedo. Esta vez es porque te extraño más que nunca. Mientras que la ameba continúa en la completa oscuridad.

Latinoamerican Pulp presenta: Pedro Galaxia

POR LUIS MUELLE

En el bar Vurden de la Inter zona de FV889 se junta la peor escoria del cosmos; Los Sciszars, con afilados colmillos en sus seis tráqueas, los Heng, que sulfuran radiación contaminada, los Yeleyeles, que convierten todo adjetivo descriptivo en termobazucas. Claro, para algunos los peores son los Tarkos, mastodónticos gusanos hiperdimensionales que escupen un acido que corroe hasta el tejido de la realidad. Había un poco de estos y otro tanto de aquellos... pero todos se apartaron al unisonó cuando llegó Pedro Galaxia.

"Ha recorrido los seis mil mundos" dijeron los Sciszars

" De hecho son seis mil mundos y medio" aclararon los Yeleyeles.

Los Heng fueron más listos, ni bien llego el forastero se alargaron de allí. Fueron los únicos que se salvaron.

Pedro Galaxia encendió un tabaco con olor a axila del diablo. Entre el humo las muecas de su cara se confundían con el alquitrán, detrás de la pantalla imaginaban la mirada de odio.

" ¿Quién es?" preguntó uno, y nadie respondió porque no querían morir. Aunque eso, claro, no era decisión de ellos si no de Pedro Galaxia.

La sola descripción de esta de esta arma de mortal de 1,64 metros de alto inspira temor y da taquicardia. Todos se apartan. El humo holográfico inunda la sala, los hombres miran a otro lado, las mujeres temblaran de pavor, los robots programan un juego parecido al *Tetris* para desviar su atención y los pequeños homúnculos de Falfg actúan como si fuesen pequeños homúnculos de Falfg, intentan despistarlo.

En ese momento otro forastero entra. Nadie se asoma a mirarlo, pero se acerca al fugitivo. Ambos son caras de la misma moneda oxidada con la que se suele compran las alas del ángel o las garras del demonio.

Espejos, dirían algunos. Ilusiones propondrían otros. Cara a cara los forasteros tocaron sus respectivos sombreros idénticos.

"¿Tu eres Pedro Galaxia?"

"No" dijo " En realidad, Pedro Galaxia está en esa esquina

Bueno, a decir verdad, era un poco molesto tener que apartarse de nuevo y repetir la escena, que los hombres miraran a otro lado, que las mujeres temblaran de pavor o que los pequeños homúnculos de Falgh tuvieran que volver a ser, una vez mas, pequeños homúnculos de Falfg era una lata.

Era costumbre hacer eso cuando aparecía Pedro Galaxia, que, en realidad, había estado metido en el baño y solo salió cuando un hombre idéntico parecía señalarlo.

El otro solo se parecía bastante.

Entonces dos Pedros Galaxias y un hombre que se parecía bastante a estos dos.

"Debo admitir que te ves bien" dijo Pedro Galaxia.

"Voy a buscarte un balde para la saliva que botas al mamarme la verga" dijo el otro Pedro Galaxia.

"¡Callense señoritas! No lo ven, me clonaron una vez más" dijo un tercer Pedro Galaxia.

Porque si, ¡había un tercer Pedro Galaxia! No nos confundamos con aquel hombre que solo se parecía, mismo que, para ese momento y antes que el Ar-

magedón se prendiera ya había puesto chola a unos cuantos años luz pensando que seguramente los clones tendrían que matarse entre ellos, porque eso había visto que hacían los clones.

Los tres Pedros Galaxias sacaron sus pistolas de Quark extraños. Un disparo de esa cosa y no te reconocerían ni en tu casa. Era ilegal en cuarenta cúmulos. El resto de los cúmulos donde eran legales habían sido destruidos por Pedro Galaxia, el original, el verdadero.

Ahora había tres de esas cosas, tres Pedros y tres pistolas de Quark Extraño. En total seis dispositivos con calificación de DEFCON - 100.

En ese momento paso algo impresionante: el equipo de futbol de AV56 le gano al atlético Gigloop en el estadio del asteroide XX89 coronándose por primera vez como los campeones de la octava división junior de equipos universitarios de RC76. No tiene nada que ver con el cuento, pero fue algo impresionante que sucedió mientras los tres Pedros Galaxias se apuntaban y decían:

"Si tú eres el verdadero Pedro Galaxia, entonces dime con quien estuviste la noche del jueves en el mundo paradisiaco de Goglord"

"Esa es fácil" dijo Pedro Galaxia "Estuve con una zorra lunar, una tal María Trinidad de Tijuana" ambos le dispararon.

Pedro Galaxia jamás se acordaría de nadie con quien se hubiese acostado, fuese hombre, mujer o un pequeño homúnculo de Falgh.

"¿Tu peor enemigo?"

"Mi ex esposa"

"'¿Cual?"

"Todas"

"¿Como se llama tu hija?"

"No tengo hijas"

Era bueno, Pedro Galaxia jamás reconocería un hijo desde la sextuple demanda Krønn por manutención.

"Obra de ficción favorita"

"No se leer, solo veo los dibujitos"

"¿Nombre de tu mascota?"

"Anastasio Pentacuerpo"

"Número de identificación"

"Fueron revocados por el gobierno intergaláctico"

"¿y el de seguro social?"

"Ah, 678.. algo así, por ahí todavía cobro, un amigo me metió en nómina"

Le dispara. Pedro Galaxia obviamente estafaría al seguro social, lo venia haciendo desde que era un embrión criado en una probeta. Pero no tenia amigos. Los dos cuerpos de los falsos Pedros Galaxias yacían en el bar de la Interzona. El tercero era triunfante.

El escenario se desmorona y la realidad se desteje: es ese el efecto de la materia extraña.

Solo quedaba el bartender y el enorme Tarko, su cuerpo de gusano estaba a partes destruido por la corrosión. Olía a mierda, pero Pedro Galaxia había trabajado como cobrador de impuestos, así que estaba acostumbrado.

Pidió un trago de Wisky de seis eones en hielo de Plutón, rotado, no estacionario ni agitado o revuelto.

El bartender, asustado, se lo sirvió.

El gusano habló con voz femenina.

"Yo estuve contigo el jueves pasado en el planeta paradisiaco de Goglord. Pedro, estoy embarazada de ti"

Pedro Galaxia le disparó. Voló en setecientos mil pedazos, o algo así, porque nadie los contó. Podrían asumirse, con un poco de esfuerzo, que fueron setecientos mil.

Bebió del trago, sabia diferente, sospechoso. Recordó aquella redada en Dagoball 7, habían envenenado al primer ministro con gusanos insaboros de Cuealiocán. Pedro, anticipando una posible traición, disparo al bartender.

Luego recordó que los gusanos insaboros de Cuaeliocán eran insaboros. Así que probablemente el trago no estaba envenenado, porque no lo habría sentido. De igual modo no quería pagar la cuenta. Alguna vez tuvo mucho dinero, pero el contrabando ya no era lo mismo y se había invertido sus ahorros en una fábrica de tejidos intangibles.

No funciono muy bien, seguramente el mercado estaba en baja, no sabia que era que el mercado estuviese en baja, pero notaba que la gente cuando no tenia nada que decir solia decir que el mercado estaba en baja y teorizó, por un instante pequeño y desvanecido que su vida tal vez era el mercado y que estaba en baja, o que en baja estaba la vida y el era el mercado.

El Vurden estaba hecho añicos. Silbo una vieja tonada "When the gringos come out to our colonies" y la nave apareció. No brillaba, no era dorada, de hecho, parecía mas bien un rancho con motor. Era veloz. No lo habían atrapado jamás, no a él.

Quien sabe si a los otros.

"Me piro, masters" les dijo a los cadáveres.

Pedro Galaxia se monto sobre su Nave, el Singamadres 3000, que es famoso por tener forma de cóndor calvo, aunque con algunos pelos.

Se fue a reposar en su cabina, un cuarto muy pequeño cerca del radiador isométrico. Las latas de cerveza vacías, la estampita de la virgen del Carmen y un libro de dibujitos completaban el panorama.

Esa noche Pedro Galaxia pensó en escribir sus memorias, la historia de un rebelde, un prófugo de la justicia, el santo patrón de los bandidos, los piratas y los traficantes de superalcalinos. Incluso despejo un poquito la mesa y escribió las primeras palabras

"Aun recuerdo a mi abuelita, sentado en su pórtico, en la silla de mimbre bajo el alero roto la tarde se condensaba fugaz..."

Luego recordó que no sabía leer ni escribir, así que lo dejo así. Tomo el resto del wiski y se emborracho. Tuvo un sueño curioso, uno que explica las razones, los motivos y el porque de la existencia de Pedro Galaxia, no la justificación, pero si la expiación de todos sus crímenes, el perpetuo simulacro, el hombre que suplanta a otro, el padre que toma el lugar del hijo para evitar su

condena. Yo, un simple escritor de Pulp, un amateur, no me siento en condiciones para dotar a Pedro Galaxia de tal profundidad.

En la próxima semana veremos como Pedro Galaxia enfrenta a ecofascistas tóxicos, como destruye la ciudadela amurallada de Kart o tal vez como algún otro clon le ha tendido una trampa de la que siempre podrá salvarse. Pero nunca nunca lo verán llorar. Solo eso le queda, solo esa privacidad le es posible.

Tienda

POR BRAHN MARTINEZ

Recibí la noticia de que un robo había ocurrido en una tienda de conveniencia. Me encontraba descansando en mi patrulla luego de recorrer la zona, pensé que esta noche sería un turno tranquilo cuando entre el sueño y la vigilia sonó la radio: "necesitamos refuerzos. Ha ocurrido un asalto en la tienda W ubicada en la carretera 110. El asaltante amenaza con tomar de rehenes a los empleados y da un tiempo límite antes de matar a uno." Cuando logré espabilarme por el suceso, encendí mi vehículo y me dirigí al lugar. La carretera 110 es un paso frecuente en mis rondas, por lo que sabía de cuál tienda se trataba.

Cuando llegué al lugar lo encontré deshabitado. Sin rastros del secuestrador y sin refuerzos alrededor. Tomé mi arma y bajé de la patrulla, esperando que el secuestrador estuviera escondido en algún lugar y no hubiera ocurrido una tragedia. Caminé con el arma en mano, sin embargo la escena era extraña. La estación no estaba tan lejos y en casos así suelen llegar unidades no pasado los 15 minutos. Pero aquella tienda estaba sola y no se escuchaban sirenas a lo lejos. Solo me recibía una noche en medio de la carretera y una tienda iluminada por colores blancos y verdes fosforescentes. "Tienda W. Abierta las 24 horas".

Tenía miedo de que el secuestrador no estuviera solo y por algún lugar de la vía estuviera escondido un secuaz.

Me acerqué sigiloso hacia un ventanal, pero quedé desconcertado por la escena. No fueron rehenes los que hallé, sino gente que hacía sus compras normalmente. Sin rastros de un secuestrador, sin rastros de violencia o de muerte. La gente caminaba por los pasillos o estaba pagando en caja.

Me detuve un rato para pensarlo <<Me he equivocado de tienda>> No. No podía ser dado que hace poco cuando estaba conduciendo ví el cartel que me ubicaba en dicha ruta. He recorrido esta ruta por mucho tiempo e incluso me he detenido en alguna ocasión a comprar aquí. No podía confiarme de lo que veía. Me acerqué entonces a la puerta y cuando llegué a ella con mi arma cargada y sin seguro, entré bruscamente.

—Tranquilos. —dije—. Soy oficial. Aquí pueden ver mi placa. Vengo porque he sido reportado de un asalto y secuestro en esta tienda.

Mi entrada había alertado a la gente, quienes dejaron de lado sus cosas y voltearon a verme aterrados. Algunos incluso se tiraron al suelo o fueron a esconderse en algún pasillo.

Una empleada que se encontraba cerca se armó de valor para decirme:

—Se ha equivocado de lugar. Aquí no ha habido ningún secuestro.

—Hace no mucho recibí un reporte de mi radio. Un compañero aseguraba que estaba ocurriendo un asalto y posterior secuestro en esta tienda. No puede ser posible que me haya equivocado.

—Lo está, dijo. No sé ha presentado ningún secuestro o cualquier otro incidente hasta que usted entró.

—Dejeme echar un vistazo al local.

La empleada hizo un gesto con la cabeza y luego de intentar calmarse por el susto me permitió recorrer la tienda. Guardé el arma y empecé a caminar por los pasillos, no si antes levantar miradas en el proceso. La tienda parecía tranquila y como aseguraba la empleada no parecía haber ningún incidente antes de mi llegada.

Me acerqué a la misma empleada para decirle:

—No hay nada. Perdone por causar tanto alboroto.

La empleada solo me dió una leve sonrisa y me despidió amablemente.

Antes de salir miré el lugar otra vez. Solo había gente, gente con miedo por mi entrada, gente que ya no me prestaba atención y había vuelto a su rutina de comprar o pagar algún artículo, pero no había gente secuestrada. <<Quizás si me equivoqué de tienda y por el sueño que todavía tenía pude haberme confundido de carretera>>. El único suceso en esa tienda era el de un policía que entró a la fuerza y aterrorizó a sus compradores. Miré la hora en un reloj cercano "12:07."

Sali del local y cuando ya estuve de vuelta en mi patrulla reporté la situación.

—No se han reportados incidentes de robo o secuestro en la tienda W ubicada en la carretera 110.

Del otro lado alguien contestó.

—¿Dónde estás? Las fuerzas de seguridad llegaron a contener la situación. El secuestrador ya ha asesinado a alguien.

—¡No puede ser! Maldición, me he confundido de carretera y llegué a una tienda incorrecta.

No sé dónde exactamente estoy, pero ya voy a marcharme de este lugar. No recibí respuesta de mi compañero, pero de fondo podía oir sonidos de disparo. Encendí el vehículo y una vez que volví a la carretera pise a fondo el acelerador esperando llegar al local donde mis compañeros se encontraban, rezando por llegar a tiempo y evitar más muertes.

La carretera tenía poco tráfico debido a la hora, por lo que no se me hizo difícil conducir. Conocía bien aquella vía pero no dejaba de sentirme extraño tras el suceso de la tienda. No era posible haberme equivocado aún con el sueño que tenía encima. Luego de unos minutos recorriendo la via pude ver el cartel que decía "carretera 110." Igual al que había visto hace unos minutos antes, cuando llegué a la tienda. Otro cartel de color blanco y verde fosforescente me recibía "Tienda W. Abierta las 24 horas."

Cuando por fin la tuve de frente me volvió a invadir el sentimiento de extrañeza. Era aquella tienda que hace minutos había dejado atrás. Deshabitada y sin policías. Frené de golpe y agarré el micrófono de la radio.

—Compañero, repórtese. ¿Cómo está la situación?

Un pequeño zumbido se hizo presente antes de recibir respuesta.

—¿Dónde estás? Hace media hora a las 12:07 comenzó un tiroteo entre el secuestrador y los policías. Este ya ha asesinado a alguien.

—Maldita sea. Eso no puede ser, hace no mucho que llegué al lugar indicado y nuevamente me encuentro con una tienda vacía.

—Lo que no puede ser es lo que dices...

No logré contestar ya que la comunicación se cortó.

Empezó a dolerme la cabeza al no poder ordenar mis pensamientos, me costaba procesar lo que acababa de escuchar. "A las 12:07 había iniciado un tiroteo entre los policías y el secuestrador." Era la hora en la que salí de la tienda y subí a mí patrulla. Pero no era lo que me inquietaba, no. Era el hecho de que había llegado al mismo lugar en donde comenzó todo.

A la tienda ubicada en la carretera 110 según los reportes de la radio, pero el escenario no era el mismo que estaba viviendo mi compañero. Era el que acababa de vivir yo hace poco tiempo.

Tomé nuevamente el micrófono de la radio para intentar contactarme.

—¡Compañero! ¡Compañero!

Luego de un zumbido, recibí respuesta

—¿Dónde estás? Las fuerzas especiales han llegado a contener la situación. El secuestrador ya ha asesinado a alguien.

—¿Qué? —dije—. Repite lo que acabas de decir. Eso ya me lo has dicho.

—No. No puede ser —dijo, confundido—. Hace poco. A eso de las 12:07 ha empezado un tiroteo.

—¡No! Lo que no puede ser es lo que dices.

Había tenido un sensación de Deja Vu tras escuchar aquellas palabras. No podía ser que la misma situación se estuviera repitiendo por tercera vez. Sin embargo, no tenía noción del tiempo desde que ví el reloj de aquella tienda y solo me basaba en el tiempo relativo que me habia tomado recorrer la carretera para llegar aquí. Quizás ya habían pasado más de las 12:07 entre los posibles 15 minutos que tardé en llegar y los minutos que estuve hablando por la radio.

Algo no cuadraba con el tiempo aquella noche. Otra vez intenté comunicarme, pero no obtuve respuesta como las veces anteriores tras las primeras conversaciones. Miré por el cristal de la patrulla. Delante de mi solo se encontraba una tienda W que estaba abierta las 24 horas. Más allá estaba la carretera 110 que se abría paso en la noche.

La angustia y una sensación de naufragio empezaron a invadirme. Otra vez no sabía dónde me encontraba a pesar de que el cartel que pasé hace poco decía cual era el lugar. Dudaba si bajar de la patrulla y dirigirme a la tienda. Incluso si lo hacía nada aseguraba que algo malo no fuera a ocurrir. La patrulla era mi único lugar seguro. Me decidí entonces por encender otra vez el motor y conducir lo más lejos de aquí.

Me puse al frente de la carretera y pisé a fondo, ya no me importaba si habían otros carros cercanos, solo quería salir de ese lugar de pesadilla. La carretera se encontraba esta vez sola a diferencia de la primera vez en donde había poca afluencia de vehículos, pensé en dirigirme a la estación y esperar a tener noticias sobre la situación en dicha tienda.

Cruce el camino que llevaba a la misma, la cual no estaba lejos pero el llegar se me hacía eterno, como si las millas se alargaran a más no poder, solo me acompañaban leves luces de postes y lámparas en aquel recorrido. Al no tener sentido del tiempo se me hacía difícil saber cuánto llevaba recorriendo dicha carretera, pero lo que si noté fue que las luces se hacían menos presentes y el ambiente más frío. Empecé a desesperarme por no encontrar la estación, así qué opté por volverme a detener.

—¿En dónde estoy ahora? No puede ser posible que la estación se esfumara o que la carretera sea tan larga.

No entendía nada aquella noche la cual se hacía larga, como si las millas de la carretera 110 me separaran del día siguiente y de los acontecimientos que estaban ocurriendo en algún lugar.

Estaba oscuro, solo la luz de mis faros era la única presente en aquel limbo de tinieblas hecho carretera. Solo sentía que no podía detenerme a mitad de camino. Seguí conduciendo y para este punto ya poco importaba hacia donde llegaría, solo esperaba terminar esta camino pronto. Mientras pasaba por tramos cada vez más largos empecé a preocuparme por la gasolina; era un milagro que durara tanto aquella noche pero ya empezaba a agotarse, por lo que me encomendé encontrar alguna estación de servicio.

Los minutos pasaban y la oscuridad se hacía presente en aquella carretera, la luz de los faros ya no era suficiente ante tanta negrura y aunque estaban encendidos era poco lo que lograba ver, solo un leve brillo lunar se hacia ahora presente. Volví a cruzar otra desviación y más millas me recibían. Me sentía agotado pero no quise detenerme ya que sentía que correría un gran peligro si lo hacía y tras unos minutos volví a divisar aquel maldito cártel que había sido culpable de toda mi desgracia esa noche “Carretera 110.”

La carretera 110 se abría paso frente a mí. Aquella carretera donde el tiempo parecía haberse detenido a las 12:07 de esa noche y conducirme a un paseo en círculo por sus largas vías. No podía escapar de ella. Otra vez se hacían presentes aquellas luces mortecinas blancas y verdes de aquella extraña tienda. Me detuve por fin en ella, me quedaba poca gasolina y no era una opción seguir conduciendo sin rumbo, por alguna razón mi persona había quedado atrapada aquí, en esta carretera y en esta tienda de conveniencias. Volvió a sonar el radio, en un último esfuerzo por recibir alguna esperanza de vida, contesté.

—¡Compañero, hablé, dígame su situación!

—¿Dónde estás? —Dijo aquella voz ronca de la radio—

—En la carretera 110. He estado aquí desde hace bastante.

—Eso no es posible. —Dijo—. Tú ni siquiera has llegado al lugar de los hechos.

—Dime cual es la situación, maldita sea.

—El secuestrador a matado a un rehén y las fuerzas especiales llegaron para hacerle frente.

—Eso ya me lo has dicho antes.

—No. Es imposible —dijo, confundido—. Tú ni siquiera has llegado.

—¿Qué hora es? —Contesté—

—12:07

—No. ¡No puede ser! Esas horas pasaron hace mucho, he estado varado en esta maldita carretera quien sabe cuánto tiempo. Llegué a esta tienda mucho antes de que fuera esa hora y la encontré vacía, sin un alma, sin ningún secuestrador y sin ningún muerto. No pueden ser las 12:07

—Lo que no puedes ser es lo que dices. —Dijo, aún confundido por lo que relataba—. Las unidades de defensa acaban de llegar, el secuestrador está empezando a abrir fuego contra nosotros y hay un muerto. Todo eso ocurriendo ahora mismo, en la hora que acabo de indicarte.

—No sabes Las veces que te he escuchado hablar sobre esta misma situación. Es una tortura, un ciclo sin fin…

Un largo zumbido se hizo presente y volví a escuchar su voz con aquella oración que lo comenzó todo "dónde estás." Desconecté la radio para ya no repetirlo nunca más.

La frustración invadía mi ser a medida que el perdía el miedo de encontrarme ante tal situación. No tenía ya esperanzas para continuar, era poca la gasolina que quedaba y aunque hubiera podido andar unos cuantos kilómetros terminaría otra vez aquí, frente a la tienda W, ubicada en la carretera 110 o en el peor de los casos en algún lugar de la misma, sin combustible y poco a poco moriría de hipotermia debido al bajo nivel en la temperatura.

No podía escapar, pero tampoco podía seguir. Mi única opción era quedarme en coche y esperar a morir por el frío o bajarme, ir a la tienda y volver a hablar con las personas que ahí se encontraban.

Acerqué mi coche hasta la tienda y me apee. Intenté por una última vez pensar como terminé en esta situación. Solo recibí una noticia: "hay un asalto en la tienda W ubicada en la calle 110." ¿fueron aquellas noticias las causantes de mi desgracia? ¿O quizás, en algún momento, tomé el carril equivocado y conduje a una via que no conocía, pero que me atrajo hacia ella hasta hacerme perder entre sus infinitas rutas?

Ya no podía escapar de ella. Era mi destino quedarme aquí, en los límites de esta carretera esperando morir. Sin temor, bajé del coche con arma en mano y miré a la tienda que estaba delante de mí. Una tienda de conveniencia en mitad de la nada y donde todo aquel que entrara en ella sería condenado a repetir este interminable ciclo. ¿Era la tienda la causante de mi desgracia? Poco importaba ya. Me dirigí sigilo hacia sus ventanales y una vez ahí encontré la misma escena: gente comprando o pagando en caja.

Seguí caminando hasta llegar a sus puertas y una vez ahí procedí a entrar otra vez a la fuerza. La gente que allí se encontraba parecía despertar de su letargo y un rostro lleno de vida y miedo me recibía. El tiempo y la gente al parecer solo existían una vez se entraba a la tienda.

Lo de fuera era una ilusión, una trampa para caer en sus garras y quedar atrapado junto con ellos en este extraño lugar. Puede que no sea el primero en llegar aquí y que muchos otros incautos llegarán antes que yo.

La misma empleada que me recibió en un principio volvió a acercarse a mí.

—¡La hora! ¡Quiero la hora! —dije, casi gritando—.

—Las 12:08. —Dijo, aterrada— luego de mirar el reloj que se encontraba en la pared

—¿Qué dices? Eso no puede ser. Hace no mucho que fueron las 12:07.

—Calmese, por favor —dijo, casi sollozando—. Le digo que son las 12:08, solo ha pasado un minuto.

—No, señorita. No puede ser. He pasado una noche sin fin. Rodeado de carreteras y largos caminos y repeticiones. Le digo que son las 12:07.

—Usted está loco.

—¡Más respeto! —dije, gritando—. Soy oficial, mire mi placa he venido porque recibí la noticia de que ha habido un incidente esta noche. Un asalto y secuestro de esta tienda. La tienda W, ubicada en la carretera 110 a eso de las 12:07.

—Aqui no ha ocurrido ningún secuestro…

Lo último que escuché fue mi arma dispararse contra la señorita. La cual

cayó abatiada de inmediato.

El horror y el caos se desataron en la tienda y yo por fin había perdido la razón. Disparé a diestra y siniestra y cuando se acabaron las balas volví a recargar casi de manera utomática. Ya no era yo, me había perdido entre los gritos y sollozos de aquella multitud.

Solo me conducía el deseo de acabar con aquella falsa gente de aquella tienda extraña donde el tiempo no corría y el reloj había perdido sus manecillas...

El zumbido de la radio se hacía presente y yo me encontraba en mi patrulla. Era mi turno nocturno y luego de dar una pequeña ronda, mi noche tranquila se vio interrumpida por la noticia "Ha ocurrido una masacre en la tienda W, ubicada en la carretera 110. Un asaltante entró a la fuerza y abrió fuego contra quienes se encontraban allí."

Me espabilé al escuchar la noticia y decidí prender el motor y dirigirme hacia mi destino. Conocía bien la carretera 110. Solía transitarla con frecuencia.

El encuentro de dos civilizaciones: la conquista de Paladis

POR HÉCTOR MEDRANO

La paranoia científica siempre sonó a un fatalismo nihilista que nos hacía aceptar nuestro lugar en el sistema multiversal, pues los eventos de los que los científicos se empeñaban en hacernos ver y contemplar nuestra lenta extinción, por años se vieron totalmente inevitables. Aquellos chiflados que no hacían más que advertirnos de un inminente fin al cual ni siquiera nos iba a alcanzar la vida para presenciarlo les llegó su momento de gloria cuando la tecnología rebasó sus ambiciosos temores y por fin se logró un soplo de esperanza en contra de las peores catástrofes auguradas por estas pitonisas de batas blancas.

Con ayuda de estas nuevas herramientas tecnológicas, la civilización entera se preparó para bastantes eventos que en un principio se creía que no había forma de prevenir o evitar. Cualquier tragedia medioambiental parecía un desafío superable: ciclones, mega terremotos, incluso las máquinas de extinción masiva favorita de la madre naturaleza, los súper volcanes, existían ahora de forma sistemática protocolos de contingencia para lograr superar los ataques, o quizá las defensas que el planeta nos presentaba como humanidad.

Los dispositivos de predicción de impactos de asteroides a la Tierra tenían cada vez menos fallos, portandonos de defensas incluso ante el devastador universo, pero ¿Era necesario? o una mejor pregunta ¿Era lo correcto? Se practicó por un tiempo con los pequeños asteroides que impactan sin repercusiones en la atmósfera terrestre, y en términos de la escala de Kardashov habíamos subido un nivel en nuestro estatus como civilización. Pero el mundo estaba a punto de cambiar de manera bastante distinta a como los grandes pensadores habrían imaginado.

Y quizá golpeando al ego antropocentrista, el abismal salto a la escalera de Kardashov no vendría apadrinado de algún hombre de bata blanca, quizá solo acompañado de uno de esos hombres de saco negro y con "acompañado" la connotación correcta sería imaginarlo como si lo llevaran de la mano, indefenso dentro del bosque oscuro. Pues cualquier indumentaria no lograba esconder que la humanidad era menos que un niño jugando con tubos de química o armando bloques de plástico en medio del océano más hostil que cualquier relato de horror cósmico podría dimensionar.

Durante años, se habían desarrollado y perfeccionado tecnologías que, remembradas hacía décadas atrás parecían no más que cuentos sacados de las más grandiosas fantasías científicas indignas ni siquiera de la gran Mary Shelley. Entre ellas, una destacaba por su potencial revolucionario: un traductor universal basado en inteligencia artificial avanzada. Este dispositivo tenía la capacidad de identificar no solo las palabras, sino también las intenciones detrás de cada sonido emitido, gracias a un algoritmo que analizaba los tonos de voz. Se alimentó con todos los idiomas humanos conocidos, incluidos los dialectos prehistóricos, y llegó a incorporar incluso los llamados de mamíferos marinos, los alaridos de primates y cantos de aves sociales, con el fin de expandir las posibilidades de interpretación a algo que superara lo meramente humano. Puntualmente, se buscó lograr comprender, no solo lo que hablara, sino lo que tuviera la intención de hablar.

El traductor había estado funcionando en su fase beta durante cinco años, inicialmente como un instrumento comercial que facilitaba la comunicación entre turistas y viajeros de distintas culturas. Pero la versión más avanzada del traductor, misma que se alimentaba de cómo integraba no sólo el lenguaje los usuarios de esta herramienta sino también sus patrones de comportamiento, esta gran matriz de conocimiento alimentada por cada uso que se le daba a su versión comercial estaba restringida a fines científicos y militares.

Esta versión de alta tecnología no solo entendía el lenguaje, sino que podía predecir los estados emocionales y las intenciones de quienes se comunicaban, abriendo nuevas posibilidades para las relaciones interpersonales y las negociaciones internacionales, ¿Estábamos satisfechos? Aún no.

Fue en este contexto que, durante una prueba experimental, el traductor universal captó una señal de origen desconocido proveniente de una sonda espacial que orbitaba fuera de nuestro planeta. Lo que parecía una simple frecuencia de sonido blanco constante resultó ser algo mucho más significativo.

Al principio, la señal no fue reconocida por los humanos. Nuestro cerebro, acostumbrado a los ruidos ambientales, ignoró la frecuencia como ignoramos el sonido del latir de nuestro corazón o como nuestro cerebro siempre evade ver nuestra propia nariz. Sin embargo, el traductor universal logró identificar y sobre todo encontró sentido a esta peculiar alarma emitida por la señal, una alarma deliberada, emitida por una civilización inteligente, en nuestros términos de inteligencia, que buscaba comunicarse con otras especies, y tras un análisis exhaustivo, se dedujo que no se trataba de una llamada de auxilio o una amenaza, ni de una advertencia de algún peligro inminente, nada de eso, la señal era un simple intento de comunicación entre civilizaciones incluso hasta cálido y fraternal. Esta señal era un "scouteo", un sondeo, como si aquellos seres extraterrestres simplemente quisieran conocer si había otras civilizaciones capaces de responder, quizá una civilización que igual que nosotros ha buscado por años con dos fósforos dentro del enorme bosque oscuro.

Lo más asombroso fue que, con esta nueva tecnología, el traductor logró interpretar y descifrar las coordenadas de origen de la señal. La humanidad se encontraba ante la posibilidad de realizar el primer contacto extraterrestre, y quizá se esté pasando de largo pero fue el primer intento con esta nueva tecnología de comunicación hacía seres que no se originaron en nuestro planeta. En un primer intento, con la ayuda de la inteligencia artificial más avanzada en términos de comunicación, la humanidad logró establecer una comunicación exitosa. En apenas dos meses, el traductor fue capaz de codificar un mensaje que con la experiencia de los patrones de comunicación de seres orgánicos tenía una grata probabilidad de ser entendido por otro ser vivo.

Y las predicciones fueron correctas, se notificó durante esos primeros dos meses que el mensaje codificado fue recibido por los extraterrestres y lo más sorprendente, el mensaje fue comprendido en casi un noventa y dos por cien-

to de su intención transmitida.

Por si no fuera suficiente el gran impacto y la proyección exponencial de los próximos avances científicos, la civilización contactada hizo quedar en ridículo todas nuestros avances, pues la respuesta que nos dieron fue inmediata en términos de telecomunicaciones interestelares, adaptándose a nuestro modelo de comunicación tan rápido que era incomprensible para los mayores ingenieros y expertos que ya contemplaban a nuestra inteligencia artificial como un salto a años luz de los avances científicos plausibles para la humanidad, recibir este mensaje extraterrestre como si de un telegrama se tratara estaba fuera de todo protocolo.

El mensaje, aunque breve, dejó claro que los extraterrestres no buscaban una invasión ni una conquista, gracias. Su propuesta era simplemente establecer un canal de comunicación para intercambiar conocimientos y tecnología, y en caso de no poder coincidir en un idioma común, proponían crear uno nuevo entre ambas civilizaciones basados en los códigos utilizados en las primeras comunicaciones. La novedad no terminó ahí. Los paladinos, como más tarde serían conocidos, tenían acceso a una tecnología similar a lo que los humanos llamarían "computadora cuántica" en las proyecciones más fantasiosas dentro de los avances tecnológicos, y aún así, mucho más avanzada. A través de esta tecnología, los extraterrestres enviaron instrucciones precisas para que los humanos pudieran construir su propio dispositivo cuántico y así establecer una comunicación más fluida, sin tener que esperar semanas por una respuesta.

El primer contacto fue un hito en la historia humana. Gracias a esta nueva tecnología, la humanidad finalmente alcanzó un nivel de comprensión y desarrollo tecnológico que había parecido inalcanzable. A medida que las conversaciones avanzaban, se designó a un embajador terrestre encargado de estrechar relaciones con los paladinos y aprender más sobre ellos. Lo que descubrió fue aún más asombroso.

La civilización de los paladinos vivía en un planeta en el sistema Alfa Centauri, uno de los más cercanos a la Tierra, pero lo sorprendente era que su tecnología de comunicación interestelar se localizaba cerca de Júpiter, en una región del espacio profundamente desconocida para la humanidad. El planeta de los paladinos, al que llamaron "Paladis", recibió su nombre por el mineral más abundante en su composición: el paladio, un metal extremadamente valioso en la Tierra.

Lo más impactante de todo fue que los paladinos poseían la tecnología suficiente para realizar un viaje interestelar hasta la Tierra, algo que hasta ese momento había sido considerado solo una fantasía para los humanos. Sin embargo, no se trataba de un simple acto de generosidad; los paladinos querían algo a cambio. Ofrecían su tecnología, sus conocimientos y su ayuda, pero a cambio pedían la autorización para visitarnos, para conocer nuestra civilización de cerca, lo que comenzó una pequeña disyuntiva política que tuvo en suspenso dichas comunicaciones hasta que los máximos órganos que deciden sobre la humanidad llegaran a un consenso en el que nadie estuviera a disgusto.

Era una decisión difícil de tomar. Los líderes de la Tierra se enfrentaban a una disyuntiva monumental: ¿debían abrir sus puertas a una civilización tan avanzada, con las implicaciones que esto podría tener para el futuro de la humanidad? Mientras tanto, el embajador terrestre, que se estaba conociendo de manera más informal con su contraparte paladina, comenzó a dar consejos sobre cómo convencer a los líderes humanos de aceptar el encuentro, consejos que se podrían interpretar como negociaciones, sin embargo llevaban una tendencia a favorecer que los paladines persuadieran a la humanidad para realizar el contacto. Las conversaciones, aunque inicialmente oficiales, empezaron a tomar un tono más personal que en muchas ocasiones se salía de todo protocolo oficial, sin embargo, hubo algo que detonó que se produjera el encuentro, la sensación de igualdad.

La posible llegada de los paladinos a la Tierra provocó una oleada de reacciones. Para muchos científicos, fue el mayor triunfo en la historia de la exploración cósmica. Astrofísicos, biólogos y químicos ambicionaban los intercambios de tecnologías superiores, mientras que antropólogos y sociólogos buscaban comprender los matices culturales de los visitantes. Los líderes religiosos, sin embargo, tuvieron respuestas divididas: algunos vieron a los paladinos como prueba de la vastedad de la creación divina, mientras que otros los consideraron un desafío a las escrituras sagradas. La población general osciló entre la euforia por los avances prometidos y el temor a lo desconocido, avivado por grupos de conspiración que cuestionaban las verdaderas intenciones de los extraterrestres, visto desde el punto de vista que se viera la simple idea de una llegada acordada y pactada de una civilización extraterrestre a nuestro mundo ya era un impacto sin precedente alguno.

El punto de inflexión llegó cuando los paladinos, al ver que la humanidad aún dudaba en permitirles una visita, enviaron instrucciones detalladas sobre cómo construir una nueva tecnología autosustentable capaz de realizar viajes en quarks, lo que permitiría a los humanos visitarlos sin depender de las distancias astronómicas, sensación de igualdad. Este acto de confianza no solo impresionó a los líderes terrestres, pues en términos de la escala de Kardashov era otro salto cósmico que nos situaría a un nivel de poder superior al que pudiéramos haber mínimamente soñado. así que se selló el destino del encuentro. Los humanos decidieron dar el paso y aceptar la propuesta de los paladinos, que por más confiados que parecieran esos hombres sonrientes de trajes, sabíamos que estábamos saltando a un lago del que desconocíamos la profundidad, la densidad y lo que habitaba en él.

En menos de medio año, se llevó a cabo el esperado encuentro. Cincuenta paladinos llegaron a la Tierra a bordo de una nave autosustentable que parecía desafiar todas las leyes conocidas de la física. Los visitantes llegaron cargados de obsequios, entre los cuales destacaban alimentos desconocidos para la humanidad, pero que al ser analizados, revelaron un avance impresionante en ingeniería de alimentos. Estos productos ofrecían todos los nutrientes necesarios sin las preocupaciones sobre el exceso de grasas o azúcares que plagaban la alimentación humana.

Sin embargo, el regalo más sorprendente fue el paladio. Los paladinos trajeron consigo 100 toneladas del preciado mineral, que decidieron regalar a la población terrestre. Este obsequio provocó una oleada de euforia económica, ya que el valor del paladio en la Tierra era altísimo. Además, los paladinos trajeron consigo una nueva forma de moneda: monedas de paladio, con las que los paladinos insistieron en no ser considerados a ellos como huéspedes de cortesía o caridad, sino que ellos querían una participación activa en las prácticas comerciales del planeta Tierra, siempre y cuando se respetara el cambio de divisa justo hacía el valor de sus monedas. Cada paladino traía consigo alrededor de 25 millones de pesos mexicanos, o algo más de un millón de dólares o euros, con el objetivo de integrarse en el comercio local y aprovechar los las virtudes del planeta tierra y estrechar vínculos comerciales entre civilizaciones.

La humanidad, sorprendida por la generosidad de los paladinos, no podía evitar sentirse afortunada. No solo se trataba de un encuentro pacífico con una civilización extraterrestre avanzada, sino que los paladinos no solo no

mostraban intenciones de conquista o destrucción, sino que compartían su tecnología y por si no fuera suficiente también trajeron el conocimiento en materia de ingeniería de alimentos de sus sofisticados bocadillos paladines con la esperanza de ayudar a resolver problemas globales, como el hambre y la pobreza del planeta aprovechando y creando sintéticamente nutrientes necesarios para la alimentación de todo ser vivo con base en el carbono.

Es de recalcar, que quizá la decisión de extendernos sus recetas sofisticadas se pudo ver impulsada por el hecho de que no hubo un solo alimento en la tierra que no indigestara a los invitados de honor, por lo que ellos ganaban, comiendo alimentos a los que sus sistemas ya estaban acostumbrados, y los humanos descubrían nuevas formas de sintetizar y aprovechar los alimentos.

A medida que los paladinos comenzaron a integrarse en la economía mundial, el impacto fue inmediato. Primeramente el obsequio de las 100 toneladas de paladio las cuales se entregaron con la consigna de ser repartidas igualitariamente por persona, no por países, sin embargo respetando las estructuras administrativas, por lo que cada país tenía que ver la forma de hacerle llegar a cada ciudadano su porcentaje del obsequio. Algunos países decidieron convertir el paladio a su moneda local, distribuyéndolo entre su población desde sus ya existentes sistemas y campañas de asistencialismo. Otros utilizaron el recurso para liberar deudas externas o para invertir en planes de pensiones y sistemas financieros nacionales. Sin embargo, no todos los países aprovecharon la oportunidad de manera equitativa. Algunos gobiernos corruptos no dudaron en apropiarse del recurso para su propio beneficio, dejando a la gran parte de la población sin acceso a los beneficios del encuentro.

El comercio entre los humanos y los paladinos floreció, y algunos de| estos visitantes comenzaron a aprender las dinámicas económicas de la| Tierra. Invirtieron en empresas cotizadas en bolsa, en bienes raíces y en el Banco Mundial. La mayoría de los paladinos, se adaptó tan bien y poseían un poder económico superior a la mayoría de humanos que sus| conocimientos sobre cómo administrar sus recursos económicos les permitió mantenerse cómodos con vidas muy por encima de la media mundial, y aún así en el conteo de sus finanzas llegaron al final de su| estancia sin pérdidas, conservando sus millonarios viáticos y en algunos| casos se marcharon con más dinero del que traían consigo en un principio.

Al final de la primera instancia de los visitantes paladines, hubo algunos que disfrutaron y aprovecharon tanto su visita que no querían regresar a Paladis, por lo que se llegó a una mejor idea. Las plazas dentro de la nave| que dejarían disponibles los paladinos que regresarían se podrían| aprovechar para que habitantes de la Tierra visiten Paladis.

La presencia de los paladinos también tuvo un impacto profundo en la cultura terrestre. A medida que las personas comenzaron a viajar a| Paladis, la demanda de viajes aumentó, y con ello, una nueva clase de| turistas interplanetarios apareció. Algunos, como influencers,| empresarios, políticos e hijos de empresarios y políticos viajaban para| aprovechar la experiencia e incluso convertirla en contenido. Otros| casos, buscaban una oportunidad laboral en el avanzado planeta para| mejorar las condiciones de vida de sus familias ahorrando hasta sus| últimos ingresos para buscar trabajar en el planeta de la prosperidad, del| |que vienen todos a disfrutar solamente.

Con el paso de los años los paladines comenzaron un proyecto faraónico| en nuestro planeta, ubicado en el continente africano, pues es justamente la fuente mineral más grande del globo para conseguir el preciado paladio tan utilizado por los originarios de Paladis. Se crearon ciudades enormes en torno a las megaestructuras de extracción de paladio, ciudades que contrastaban bastante, pues había grandes megalópolis donde habitaban los dueños de las extractoras del paladio, todos paladines, y a su vez se conurbaron pequeñas colonias que crecían con el paso de los años donde habitaban en su mayoría humanos trabajadores de estas megaestructuras.

Y como avanzaban los proyectos de los paladines, se podía notar como no todo fue tan idílico como se tenía pensado en un inicio. Mientras que algunos terrícolas se beneficiaron enormemente del contacto con los paladinos, otros sufrieron la desigualdad. Los trabajadores en las megaestructuras de paladio, donde se había comenzado la gigantesca megalópolis para aprovechar los recursos del planeta, vivían en condiciones precarias.

La falta de regulaciones laborales pues no existía jurisprudencia alguna de como tratar las relaciones laborales entre terrestres y paladinos, propiciando una explotación atroz a los derechos mínimos humanos de los trabajadores que no les quedaba de otra que entras a estas mega construcciones poniendo en riesgo incluso sus vidas, sin contar el aprovechamiento excesivo de los recursos naturales del planeta sin la debida regulación, pues al tener los paladines el poder económico, también poseían el poder social y político, lo que trajo consigo una creciente tensión entre ambas especies.

En el transcurso de diez años, la Tierra experimentó una transformación radical. Muchos países, especialmente los más pequeños o menos desarrollados, vieron cómo su economía dependía casi por completo del turismo paladino y las inversiones extranjeras. Al mismo tiempo, los paladinos comenzaron a colonizar áreas de la Tierra con sus propias reglas y sistemas económicos, lo que generó una especie de "colonización" silenciosa. Los restaurantes de comida paladina desplazaban a los que ofrecían alimentos naturales de nuestra tierra y los altos costos hacían poco viable para los habitantes de la tierra consumir de forma regular en estos lugares. El idioma Paladín se extendió por los países más desarrollados integrándose en un inicio en los programas de estudios de todas las escuelas del planeta y finalmente se convirtieron en el primer idioma de países europeos, norteamericanos y asiáticos, en donde había mayor presencia de paladines sin mencionar que el continente africano se convirtió totalmente en Paladis en la tierra, un lugar tan alienado que sólo era reconocible por los propios paladines.

El planeta tierra había caído en la colonización perfecta, no obstante aún había halos de luz. En países que históricamente se habían estancado en el estatus de en vías de desarrollo previo a la llegada de los paladines, la economía no cambió mucho, pues el turismo no fue tan abrasivo, los locales nunca tuvieron el recurso para consumir en tiendas paladinas por lo que cerraron rápido, y sorprendentemente sobrevivieron a los primeros 10 años de la, ahora llamada por muchos "Colonización paladina" y ahora mantienen muy bien regulada su economía mediante fuertes impuestos hacia los turistas y migrantes interestelares también, organizaron sus conceptos de impuestos para beneficiar a los locales que se rigen en el laburo formal, aumentando bastante los impuestos al valor agregado hacia productos consumibles, pero reduciendo enormemente el impuesto sobre la renta, haciendo que los trabajadores formales tengan mejores ingresos que puedan contrarrestar las subidas en productos, además de estos aumentos al impuestos no incluyen alimentos terrícolas y se duplican en alimentos paladinos. Una manera muy política de contrarrestar la invasión.

Paladis había cambiado el mundo, pero con ello también había abierto una serie de desafíos y dilemas que la humanidad tendría que enfrentar. ¿Había sido una bendición o una condena el contacto con estos seres avanzados? ¿Cuánto de la Tierra seguiría siendo "nuestro", o sería el comienzo de una

nueva era en la que los humanos seríamos solo una especie más en un cosmos que empezaba a mostrar su vastedad e indiferencia?

El futuro aún estaba por escribirse, y el precio del paladio no era el único que se estaba pagando.

Nabur

POR MARCOS IVÁN GALVÁN GARCÍA

Es la mañana de su día de descanso. Las nubes color rojo se encienden de repente, cambian de forma o tono, como organismos vivos hechos de fuego. Yuri se levanta para desayunar. Siempre inicia sus días pasando al nivel uno, un invernadero. A través de los marcos de las ventanas que rodean su casa uno puede ver relámpagos cayendo. Edificios llenos de púas, como gigantes oscuros mirando hacia los cielos en busca de misericordia: los ojos sin vida, iluminados desde dentro. Los destellos del cielo iluminan toda la estructura de la torre donde ella vive. Hecha de roca negra, retorcida por el tiempo, como una vela negra derretida. Protege a su familia de morir calcinada o envenenada en las nubes de gas y polvo. Afuera, en un paisaje lleno de escoria y muerte, su especie no puede existir al aire libre. En el interior camina entre las plantas que la familia ha salvaguardado. Pasa sus manos por los árboles que hay en los campos, la áspera corteza la reconforta. Las flores de su madre son sus plantas favoritas. Toca los arbustos de rosas con sus pequeñas espinas, las dalias blancas llenas de pliegues, la lavanda que le encanta con su olor tan rico y las margaritas que se asoman entre las yerbas. En el huerto encuentra los frutos que les sirven de alimento. El olor a petricor de la tierra mojada le llena los pulmones. Sus pies desnudos se entierran en el suelo color cobre.

Los dedos separados y tan largos como los de una mano extendida, la aferran lo mejor que pueden para no caer. Recoge dos cuerpos verdes de entre las plantas cuidando no lastimar ni una hoja. Sus padres le explicaron lo importante que es ese lugar para su subsistencia.

Baja por las escaleras. Su madre lleva un vestido brillante de un color metálico: es así debido a un recubrimiento que mantiene el calor. La cubre desde la cabeza hasta las piernas, como un guante de látex. La mamá recibe las frutas verdes y las corta en trozos.

—Estas lista para la ida a las minas con tu padre? Sabes que es importante para él.—

—No lo sé, mamá. Nunca me interesó ser ingeniero... Suena aburrido—

La madre coloca toda la comida en la ranura de la pared. En un panel transparente se puede ver una cámara inundándose de agua. Comienza a hervir, las burbujas haciendo vibrar el cristal. Coge unas especias de la alacena que tiene arriba y las hecha a la mezcla.

—Sigues enamorada del cielo, verdad? La misión de tu tío te tiene obsesionada desde que se fue—

—Es que, como no va serlo? Mi tío salió en una aventura. Mi papá solo esta en su laboratorio con sus máquinas. No hace nada, solo estar rodeado de computadoras y probar sus taladros o martillos. El tío Zyggy salió del planeta. Será de los primeros en conocer el planeta verde—

—¿Que no era azul?—

—Si, se ve azul, pero también es verde, según la maestra. Ahí las nubes no son como aquí. Las personas no tienen que estar enterradas bajo montañas para no morir. Sabes lo increíble que sería poder salir a la superficie en vez de vivir encerrados en estos laberintos?—

—La vida que tenemos es buena, señorita. Es gracias al trabajo de gente como tu padre que podemos vivir aquí, así que no seas grosera. Ahora ve, termina de desayunar—

Yuri tomo el tazón que tiene enfrente. Las frutas que recogió para su madre flotaban en la sopa, junto a unas partículas marrones.

El camino a la mina es a través del transporte eléctrico. Una enorme infraestructura de cristal reforzado, rieles de metal y pararrayos que absorben la energía del exterior haciendo que todo funcione. Yuri esta abordo de uno de los trenes que conectan la ciudad. Al pasar entre las torres los chirridos de los rieles y el de los relámpagos fluyendo a través de ellos, son como el sonido de cigarras de metal. A través de los edificios los vagones van cruzando la superficie cual gusanos en las venas del cadáver de su mundo. Relámpagos estallan a su alrededor, fuegos artificiales que la acompañan en el camino. Se arrulla con los impactos hasta dormir. “El cielo es azul en el planeta de mi tío”, piensa, mientras dibuja un planeta lleno de agujas en su cuaderno y colorea lo que queda del azul bonito que vio en el noticiero. Comienza a quedarse dormida, su color se le resbala entre las manos y cae al suelo.

El tren baja por los túneles. Las explosiones comienzan a apagarse, solo queda el chirrido de los rieles y el artefacto de metal rebotando sobre ellos. El descenso cambia el paisaje, las vías férreas y muros de piedra son el día a dia de todos los habitantes de Nabur. Ella sigue soñando. La gente del otro mundo no usa trajes aislantes. Los ve tan vividos como a su familia o amigos en la escuela durante el día. Un círculo de humanos la reciben con regalos. Un aparato con dos ruedas en el que todos se suben en vez de caminar. Los más pequeños están sobre ella, ruedan por los caminos. Algunos de ellos se caen, los demás revientan de risa. La invitan a quitarse el traje, a salir. El sol calienta su piel. —El mundo entero es como tu huerta. Aquí puedes crecer lo que sea—, le explican. Sostienen en las manos un aparato que los deja hablar entre ellos. La invitan a unos vagones que llevan a la gente por los aires, a cualquier lugar que uno desee. Una voz y una luz en la entrada indican el fin del viaje.

La estación del trabajo de su papá está cavada en la piedra. Todas son surcos en las paredes. Las personas trabajan en sus computadoras llenas de cables. Unos pocos observadores se voltean para ver a los recién llegados. Yuri camina por los pasillos entre la gente. Los demás niños se despiden de ella para ir con sus parientes. A ella le toca ir a el nivel de pruebas, le dicen los amigos de su padre. Al final del corredor de cantera hay un elevador. Los pisos repletos de gente pasan hasta llegar a un hangar donde los juguetes, como los llama su papá, aparecen. Máquinas excavadoras, grandes edificios, llenan el lugar. Un montón de mecánicos están trepados a los aparatos. La soldadura caliente de las reparaciones cae como gotas de lluvia hacia el suelo. Las voces de los encargados retumban como tambores en lo profundo de la cueva.

Unos dando órdenes, pidiendo herramientas, riendo a carcajadas mientras comen su almuerzo e intercambiando ideas. “Por la roca y la piedra”, gritan algunos a manera de saludo. Ella sigue caminando de máquina en máquina. Se detiene en un lanza con la punta achatada, clavada en el suelo. Los encargados la hacen subir y bajar, mientras hacen sus pruebas. “Estos son los martillos de Vulcano” le dijo su papá hace tiempo, cuando le mostró los primeros planos. —Son los que nos dejaran llegar a los lagos entre la tierra—. Siguió caminando entre los armatostes de la excavación. Llegó al almacén de su padre. Parecía una hormiga al lado de su garganteosa invención. Observando unos planos, levantó la cabeza. “Reconocí tus pasos, preciosa.” El la recogió en sus brazos y le dio un beso en la mejilla. Mientras lo hacía ella no pudo quitar la mirada de lo que estaba a sus espaldas. El Culícido, la nueva invención de su padre, los miraba desde lo lejos con sus ojos compuestos de metal, fríos y sin vida. La enorme máquina, basada en el animal que poblaba los túneles, era la obra maestra de la operación. La única, gracias a su probóscide y a su capacidad de volar y flotar en la superficie que podía extraer el diamante de los mantos acuíferos. El insecto mecánico era el orgullo de su padre. Era un objeto hermoso. Obra maestra de la ciencia Nabunense, pero nunca satisfizo la curiosidad y deseo de maravilla de la niña.

—Como estuvo tu día hoy, Yuri? Ayudaste a tu mamá en la casa?—

Claro. Ella me dio esto para ti. Yuri saco un contenedor de su mochila con la sopa de la mañana. El termo de metal mantuvo todo caliente. Su padre la llevo a su escritorio. Aparto los papeles y herramientas que tenia y comenzó a comer. Yuri veía los planos de los culícidos. Varios modelos dibujados con tinta negra, cálculos diferenciales e integrales garabateados con tintas azules y verdes sobre el papel blanco.

—El próximo diseño será el mejor de todos. Los lagos de lo profundo tienen más minerales acumulados y con los nuevos taladros llegaremos a otra capa del subsuelo.—

—Así que van a buscar piedras debajo de las piedras que ya tienen, que fascinante—. Su papá ya estaba acostumbrado a su humor. “Ya se convirtió en una adolescente. Es bueno que se cuestione que quiere hacer con su vida”. “Jamás lo vi de esa manera, pero si. Solo que esas piedras valen mucho más que otras.

Buscamos los diamantes en el interior del planeta, Yuri. Eso y algo mas—

“Piedras... que brillan. Genial.”

Su padre se reía, le gustaba el sentido de humor de su hija y con el horario tan ajetreado que tenia cada momento con ella le era precioso. —Jamás te mostré lo que es trabajar aquí. Hoy vamos a subir en uno de los mosquitos—, dijo mientras apuntaba al aparato que tenía a sus espaldas.

Yuri se abalanzó sobre el escritorio con las manos. —Así que vamos a ir abajo?!—

—Claro, déjame limpiar esto. Hay que tomar uno.— Su padre trató de evitar que la mesa se cayera y no se regaran sus planos.

Subieron por las escaleras, las luces del techo de roca se reflejaban en el tórax de metal pulido. Uno de los costados se abrió, la puerta se levantó en los aires y entraron a la cabina. Un piloto los esperaba. Su padre y ella iban en los asientos de atrás. —Ponte el cinturón de seguridad, Yuri—, dijo el papa. La niña, hizo caso al instante. Sus ojos miraban la habitación, escaneando todo. Pronto las ventanas se cerraron, los motores se encendieron, el vehículo comenzaba a vibrar. Por la ventana Yuri miro las alas moviéndose, pronto alcanzaron una velocidad que su ojo no podía captar, solo veía ráfagas de viento removiendo el polvo alrededor.

Una compuerta de metal en el fondo del hangar se abrió. El culícido emprendió el vuelo y los llevó por un túnel con luces que marcaban el camino. Bajaron volando por la tierra. Yuri se dio la vuelta y se dio cuenta que otros se les habían unido. Un escuadrón de mosquitos de acero bajaba en busca de diamantes.

Una de las lanzas que había visto se encontraba más adelante. Una cueva de cristal, parecida a una geoda, indicaba a los mosquitos donde aterrizar. Una gruesa capa de diamante marcaba el lugar donde la cámara líquida se encontraba. La punta del martillo hecha del mismo material quebraba la pared, haciendo retumbar la tierra, de la única manera que el martillo de un dios podía. Miles de fragmentos volaron por los golpes, se escuchaban al caer sobre los vehículos, como el granizo en la lamina. Diamantes del tamaño de un bebe cubrían todo el suelo. Pronto la maquina paro. Los ingenieros la pusieron en reversa. Yuri miró el pilar de metal pasar a su lado con la punta rota, unos

cuantos trabajadores barbudos ya la comenzaban a quitar.

El motor del culícido se encendió de nuevo. Los otros veinte que conforman el escuadrón hicieron lo mismo. La cueva se llenó de polvo. Uno de ellos tomó la iniciativa como guía. Los demás seguían su trayecto, guiados por la luz de los faros traseros. Yendo al interior de un mundo hecho de luz y cristal, Yuri vio un océano abajo de ellos aún más brillante. No alcanzaba a ver la costa, solo icebergs del mineral sólido, los demás insectos enfrente maniobraban en el aire para no chocar con ellos, haciendo el diamante derretido salpicar. Comenzaron a volar en círculo para iniciar su descenso. Comenzó la fase de extracción. Con su probóscide los culícidos succionan el líquido. Sus ocho patas aguantan en la superficie, sin romper la tensión superficial. Se podía ver el animal succionando y el diamante pasando por las tuberías que cubrían todo su cuerpo. Los sacos del culícido se inflaron. Yuri los observo mientras extraían el mineral, todos sus capilares llenos de la sustancia y los tórax pulsantes apunto de reventar.

Su madre aun estaba en casa. Escuchando las noticias mientras preparaba sus notas para el comité de ética internacional que estaba por preparar. La vieja paradoja que sus ancestros se propusieron aun seguía en discusión. Si los aliens existen, dónde están. Había cobrado un auge mayor debido a la excursión de su hermano. Aparentemente, los seres del planeta verde y ellos estaban relacionados. Donde y cuando las especies se separaron era casi imposible de saber. Los conocimientos de ambos planetas sobre su origen estaban perdidos.

La vieja pregunta se había resuelto, pero muchas más comenzaron a salir sobre cómo iban a llevar la relación con sus primos distantes. Ambos tenían recursos y conocimiento que compartir. Ella era de las encargadas del proyecto para manejar la situación. Algo jamás hecho. Marco Polo y Colón hubieran necesitado algo similar abordo de sus barcos. Las transmisiones del hermano llegaban en tiempo real por un nuevo medio de tecnología para viajar. —Solo tomamos el agujero negro más cercano, de allí todo derecho— solía bromear su hermano cuando le pregunto sobre como funciona.

La posibilidad de dos especies trabajando juntas una con tecnología mucho más avanzada y otra con un ambiente tan bien localizado para albergar vida era única en la historia. Sería un trabajo muy pesado para Janet y sus compañeros, pero muy reconfortante.

Un la pantalla del noticiero un grupo de gente en una especie de teatro con

butacas de madera estaba lanzando preguntas a su hermano. Un hombre pequeño de escaso pelo rubio seguía hablando de sus deseos de expandir su imperio y mencionaba que quería entrar a los pozos de diamante de su planeta. Parece que su gente poseía una tecnología que extrae un material sumamente valioso para los del planeta verde. Su hermano le había hablado de el, un liquido negro, sucio y apestoso por el que los sujetos del otro planeta peleaban sin parar. El hombre pequeño empezó a hablar de sus deseos de visitar Nabur. El hombre pequeño amenazó con retaliación. La sociedad del planeta, aunque muy avanzada, carecía de armas. Ya tenían demasiados problemas con poder sobrevivir en su ambiente para preocuparse de peleas entre ellos. Su hermano le estaba explicando que eso sería imposible en las circunstancias presentes ya que los humanos no estaban preparados para soportar las condiciones de la atmósfera. El enano parecía sopesar la situación. Pronto mando llamar a uno de sus hombres, vestido de un traje blanco con negro. La reunión siguió como se esperaba. Otros de los delegados avanzaron al podio para hacer sus preguntas al recién llegado. Janet no pudo evitar gritar y dejar caer el vaso que tenía en su mano cuando vio lo que pasó. Los hombres del sujeto apuñalaron a su hermano, los demás de la tripulación estaban siendo disparados por gente que no se veía, detrás de cámara. Dos sujetos tenían a su hermano de rodillas, le estaban poniendo una bolsa negra en el rostro. La transmisión del noticiero se detuvo por cortés comerciales

Su padre y ella estaban de vuelta en el hangar. Todos los empleados de la excavación estaban celebrando. Las botellas de alcohol y los barriles de cerveza se reventaban. Las familias habían traído comida de sus casas. La misión era un éxito. La primera expedición a los mantos acuíferos había sido un éxito. Su papá estaba hablando con sus amigos y ella jugaba a la pelota cuando la primera explosión llegó a la superficie y destruyó el hangar.

La paradoja de la perfección

POR MARIO GIUSSEPE SALCIDO CONDE (MARVA KATO)

El mundo estaba colapsando, el aumento en el uso de las nuevas tecnologías había logrado avances tan relevantes que prácticamente ningún sistema natural o económico actual podría mantener el ritmo en la evolución del mundo. La gente comenzaba a aprovechaba todos los beneficios de las cosas hasta el último punto que incluso quedo en el olvidó el tipo de mercado consumista. Los robots quedaron obsoletos en cuestión de pocos años ya que había un nuevo tipo de producto. Las nanomáquinas fueron las causantes de la nueva ola económica. Podían lograr cualquier cosa, desde reemplazar todo medicamento existente pudiendo curar cualquier enfermedad incluida el cáncer terminal en cuestión de pocos meses y sin ningún tipo de sufrimiento, hasta usarse como drogas, con todo lo que buscaba la gente, pero sin las consecuencias físicas. Las nanomáquinas podían alterar la química del cerebro haciendo que incluso enfermedades mentales dejaran de existir. Solo los grupos opositores, marginados o enemigos públicos se negaron al trato poco humano que ofrecían estas nuevas tecnologías, no paso a mayores solo unas cuantas protestas y golpes de estado que no pasaron a mayores debido a que eran ignorados, la gente solo quería los beneficios sin cuestionar los métodos, al final este grupo decidió autoexiliarse lejos de la capital del mundo.

El mundo simplemente se adaptó al cambio, empezaron a desmantelar todo tipo de maquinaria inútil. Cualquier elemento electrónico o metálico fue utilizado para esta nueva ola. Las nanomáquinas simplemente eran baratas de construir, y fácilmente reutilizables. No eran tan milagrosas como aparentaban, existían rumores que podían dañar el cuerpo, aunque el uso general que tenían era el mejoramiento corporal. No era extraño encontrar a chicos muy fuertes o modificaciones étnicas, incluso se llegó a plantear la posibilidad de modificar a los mismos fetos para asignarles características favorables para los padres, prácticamente una utopía moderna.

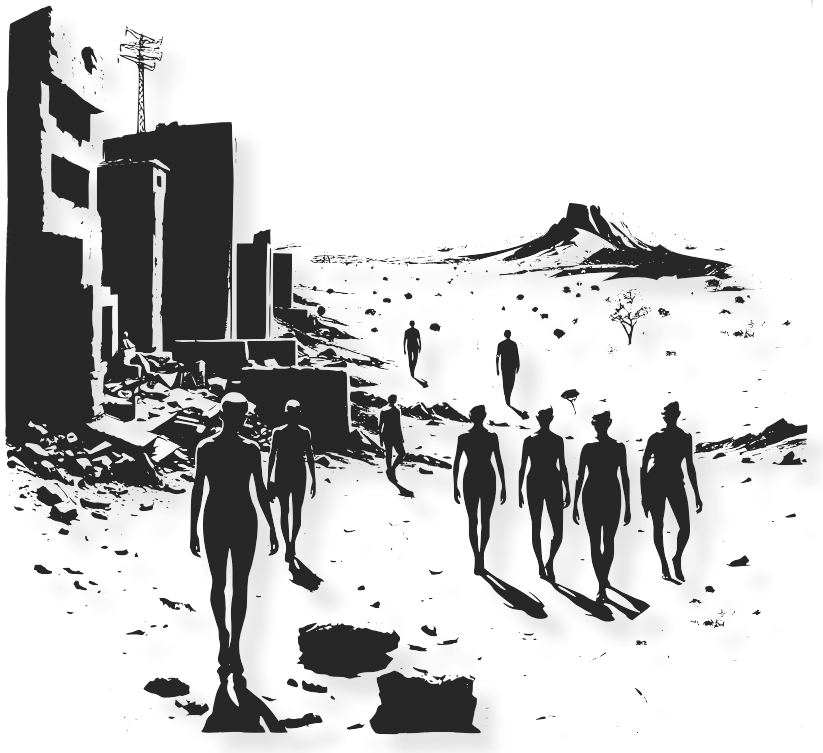
Uri fue de las primeras personas en utilizarlas, y de las que les ofrecieron trabajo en los medios por aceptar de inmediato. Estaba un poco insegura al principio, pero después de cierto tiempo pudo volver a verse al espejo. Al fin pudo aceptarse como era, ya no era ni la sombra de lo que solía ser, antes no podía soportar verse a si misma, estaba tan feliz por ese proceso indoloro y efectivo.

No fue hasta que Uri descubrió el daño que provocaban que ocurrió el caos, al parecer estas causaban un bloqueo en el sistema nervioso e inmunológico, si, podían curar enfermedades, pero a costa de eso la raza humana perdía su potencial evolutivo, la gente se volvió sedentaria por mucho tiempo, perdían su fertilidad y su deseo sexual prácticamente desapareció. Al momento de revelar está información en los medios, no solo fue despedida, sino que a nadie parecía importarle los descubrimientos de Uri sobre esto.

Después de cierto tiempo el aspecto corporal de la gente cambio de manera general, una imitación de la vida misma que no llegaba ni a parodia. Un cuerpo desnudo extremadamente delgado, albino, sin ningún tipo de cabello en ellos, al ser estériles se deshicieron de sus órganos reproductivos y sus mentes se volvieron prácticamente inútiles. Todos dejaron de ser únicos. Uri solo había usado las nanomáquinas para poder ser quien realmente era ella, pero no pudo soportar como aquellos a los que advirtió comenzaban a comportarse como una mente colmena. Solo vivían por su adicción, no necesitaban de comer, dormir ni asearse, las nanomáquinas hacían todo por ellos. Incluso la ciudad perdió ese brillo arquitectónico brutalista que manejaba, solo eran ruinas de concreto sin energía eléctrica.

Uri perturbada por esto decidió irse con los marginados, ni siquiera le impidieron la salida los guardias, estaban tan idos que la ignoraron por completo, los externos de la capital vivían en un campo que volvía a ser virgen, una nueva forma de naturaleza que se había olvidado hace tiempo, las nanomáquinas estaban ahí, sí, pero en esos campos si pusieron atención a las advertencias de Uri, las mejoraron y solo era necesario limitarlas, la gente ahí tenía aspecto andrógino, pero eran únicos en todo sentido, no despreciaban ni su raza, ni su posición social. Incluso su arquitectura volvió a los estilos que se habían olvidado antaño. Era un recuerdo de la era más querida de la humanidad.

Un renacimiento en el cual la evolución seria inevitable, puesto que estas nuevas nanomáquinas los ayudaban a adaptarse a cualquier entorno las nanomáquinas de la antigua humanidad eventualmente se quedaron sin energía, por lo que murieron por su nulo sistema inmunológico. Uri se casó y tuvo hijos, su mayor deseo hecho realidad. No pasaría mucho tiempo para que empezaran con el viaje espacial. Eventualmente las nuevas nanomáquinas quedaron obsoletas parecía un tipo de justicia poética y la nueva humanidad busco otro tipo de tecnología genética a la cual explotar para el desarrollo humano y adaptarlos en este nuevo universo por descubrir con la esperanza de no volver a repetir los mismos errores.



Violencia en la guerra urbana

POR ESAÚ JUÁREZ

Un paisaje nublado. Una colonia invasión convertida en necrópolis. Avenidas con magueyes enormes en cada esquina. Un cadáver recién hecho y semidesnudo clavado en sus hojas. El sombrero de hoja de palma le tapaba el rostro. En el centro de la colonia se alzaban muros de ocho metros de largo y veinte de ancho, desconchados. Protegían el Cuartel General. Con hombres y mujeres de custodios armados con Cuernos de Chivo y otras armas. Trajeados. Algunos trepados en la barda. Otros, en tierra. Unos cuantos con escopetas. Ceños fruncidos, serios. Riendo por ratos. Llegaron visitantes: Los Vergudos. Los custodios autorizaron la entrada por un portón grandísimo. Los Vergudos tocaron la puerta de la casa. Un hombre avisó a su Jefe:

—¡Señor Durazo, los Vergudos ya llegaron!

—Que pasen... —dijo Lucas Durazo.

Bajo la luz amarilla del foco, las facciones chatas de Lucas se volvieron más siniestras. Entraron al Cuartel. Las cabezas de falo de los Vergudos se volvieron más rosas. Las perlas de sus barbillas brillaron. Soltaron orina ácida de la uretra de su coronilla. El trayecto fue largo. El Líder Vergudo saludó a Lucas. Ambos de 1.90. Lucas, trajeado. El otro, con ropa en capas de látex y cuero. Usaba lentes de sol. Traslucía unos ojos de puerco. El tema de la reunión era evidente: La Guerra Urbana.

—Santiago Carranza me habló mucho de ustedes —comenzó Lucas Durazo.

—También me hablaron de usted, Lucas —sonrió el Líder—. Sobre todo escuché que usted es más letal que el propio Santi.

—Diga su nombre bien —dijo Lucas.

—Una disculpa. Pero pienso que no tiene nada de malo tener confianza después de ser saludado con balas de parte del Santi... ¡Santiago Carranza!

—El pasado pisado. Lo de hoy apura.

—Más despacio, Lucas. Acabamos de llegar. Tropezamos un montón por éstas calles llenas de porquería.

—¿Es verdad que ustedes son muy sensibles? —se acarició la barbilla.

—Mucho —tosió el otro. Se tapó la boca. Continuó—: pero nos inyectamos para no sentir. Por algo somos casi los más chingones pa matar. ¿Sabía que nomás usamos machetes y macanas de fierro? Uno que otro trae pistolita, pero ahí queda.

—¿Entonces cómo se las han visto con los Osojones?

—Nomás no hay que darles en los dientes de clavos. ¡Clang! Chocan los metales.

—Oh, ya... —suspiró Lucas. El Líder se incomodó. Se tapó la boca con su papada-prepucio como si fuera un paliacate. Lucas se talló los ojos. Sus ojeras perdieron tono brevemente. La piel morena de su rostro tomó algo de color. Lucas estuvo viendo a los invitados. Había escuchado de los Osojones y sus rencillas con los Vergudos. Se hablaba de cómo en los Barrios Peluche se hallaban cabezas cortadas, metidas en hieleras. La cabeza siempre era de algún Vergudo. Pero era increíble escuchar por boca de un niño chismoso, él cómo vio a un Vergudo descuartizar a un Osojón a machetazos. De cómo les arrancaba los ojos saltarines de plástico de un golpe. Manchar la felpa con sus propias vísceras y usar un diente de clavo como amuleto o collar.

Los trabajos mafiosos de Santiago Carranza se vieron obstaculizados luego de que un halcón se vendiera a los jefes de los Barrios Peluche. Ese hombre fue colgado. Sus hijos atropellados y su mujer desaparecida. Eso no resolvió el problema. El hombre soltó mucho la lengua antes de que se la pudieran cortar. Tras un viaje a las costas de Oaxaca hecho por Santiago Carranza para reclutar más hombres, Carranza ordenó a Lucas Durazo mantener en pie La Guerra Urbana. Sin embargo, Lucas presentía que las tendría difícil. Más por limpiar los platos rotos que dejó Santiago por impulsivo. Prosiguió con la reunión:

—Bueno. Pediré que les den vino...

—Nos gusta la cheve —dijo el Líder.

—Cheve será.

Hecho eso, Lucas tomó la palabra:

—No voy a dar más vueltas, ¿Okey?

—Revuelve como quieras, Lucas. Ja, ja, ja.

Lucas suspiró. Los nervios le estaban ganando. Recordó que nunca fue un buen empresario. El sólo mataba y ya. Por algo era tan temido. Sus años como boxeador en Tepito, sus andadas de trailero de San Luis Río Colorado, hasta las sierras de Querétaro, lo habían curtido muy bien. Sus músculos, elásticos pero duros, lo habían salvado mucho. La inteligencia de sus acciones era una intuición pura que carecía de un pensamiento analítico; todo en cuanto se refiere a lo abstracto. Ser directo no funcionaba ahora. Tampoco el seguirle la carrilla. Menos a esos cabeza de verga que sólo reían y veían lascivamente a sus hombres. Unas sonrisas, gestos: una mano formaba un círculo con el pulgar y el índice, un dedo era introducido en el agujero. Más risas de parte de los hombres de Lucas. Después iniciaba todo. Le pareció ver que un Vergudo se iba a uno de los cuartos del segundo piso con uno de sus hombres. "Cosas que pasan", pensó. Algo tenía que decir. Una respuesta necesitaba dar salida de sus labios como una ambulancia en medio del tráfico capitalino (cuando aún los había). Si no, el poder cambiaría de rumbo.

La Guerra Urbana no lo iba a perdonar. Menos Santiago Carranza. Retomó la palabra.

—A ustedes les gusta el dinero, ¿verdad?

—Sí —dijo el Líder viendo el cielo a través de una ventana enrejada.

—Entonces saben qué les conviene. Saben de lo suelto que es con la mano Santiago Carranza cuando sus objetivos se cumplen. Ahorita hay un retroceso. Pero no hay por qué no considerar su oferta. Menos porque los Osojones se las deben, ¿no?

—Sí. Se han pasado de lanza los Osojones. Ajá.

—Por eso los citamos —Lucas se notó más elocuente. Hecho que lo sorprendió—. Santiago Carranza pensó que ustedes serían buenos aliados. Desde que se intensificó La Guerra, ustedes han perdido calles y terrenos. Oh, no. Eso no me parece nada justo. Y esos pinches Osojones son muy desmadrosos. No le hacen caso a nadie. Nomás a su jefe. Mismo que se niega a traficar con los Carranza. Ni con la gente de Salvador Torres quieren. Y así con otras Familias de la República. Aquí entran ustedes, pues...

—¿Y si no queremos? —interrumpió el Líder.

—¿Cómo? —tosió Lucas.

—Así como oyes, Lucas. ¿Y si no queremos?

—¿Qué? Ustedes aceptaron la reunión. Se les habló por correo sobre esto. Una agente tuvo que organizar el movimiento de armas y vigilar su mantenimiento. Todo para ustedes. ¿Y me salen con esa jalada? ¿Crees que tratas con la pendeja de tu abuela?

—Lucas... ¡Me sorprendes mucho! La neta, lo digo en serio. Más que nada porque parece que el internet les falla o no han actualizado sus buscadores. ¿No ven las noticias? En mi I-móvil tengo un encabezado al que le tomé captura. Dice así: "¡Las cabezas siguen en su lugar! Extraño cese al conflicto. ¿Se retiran los Vergudos? ¿Barrios Peluche sin baños de sangre?". ¿A qué crees que se deba?

—Esto no puede ser posible. El Delegado del Zacatal me informa siempre de todo. No se le pudo pasar algo como eso. Me quieren ver la cara. Malditos Vergudos. ¡Deja que les meta un plomazo, hijos de su puta madre!

—Lucas Durazo... ¿Te llamas así por tu antepasado? ¿Tu tatarabuela no

sentirá vergüenza desde la tumba por haber dejado viva a la descendencia del Negro? A mí sí me daría penita presentarme con ese apellido. Pero los nombres no guardan mucho significado. A un niño lo pueden dar en adopción con otro nombre. Pero la cara no engaña. Veo tus ganas de matarme con el revólver que tienes metido por el pito. Haces que me salga pipí de mi coronilla. ¡Me emociona mucho esto! Sólo acepté la reunión por tu apellido. El Santi me vale madre. Eso de las balas fue... "gajes del oficio". Aparte que en los Barrios Peluche hay mucho por explotar. En cambio, el Santi se ve acorralado en una colonia miserable.

—¿Piensas que te vas vivo de aquí luego de soltar tremenda estupidez?

—Pues la neta sí. El hombre con el que se está revolcando mi Vergudo nos va a ayudar. Sin quererlo, pero lo hará.

El Líder chifló. El Vergudo bajó de las escaleras cargando a un hombre semidesnudo. La piel blanca de su pecho estaba manchada de sangre seca. Todo mundo, en silencio, con la cara arrugada y tensa, vio algo espantoso. El Vergudo lo había degollado. El Líder dijo: "Ábrele la panza". El Vergudo tomó una navaja y acató la órden. Del estómago abierto brotó un pedazo de carne. Cayó al suelo como gelatina rugosa. Empezó a palpitar. Lucas pensó en magia. Pero era real. La mutación y las píldoras para encoger el cuerpo era algo innovador en el panorama de experimentación de La Guerra Urbana. La cosa fue creciendo. Cobró forma: un Osojón. Lucas actuó rápido. Desenfundó su revólver y de cinco tiros mató a la cosa. Tras los balazos, volvió a ver a los Vergudos. El Líder sólo reía.

—¡De qué te ríes, pendejo! —escupió Lucas. Sudaba.

—El ruido te distrajo de lo que pasó afuera. Wacha la ventana. Mira tu Régimen.

Hizo caso. Peló los ojos. Llevarse la mano a la boca no ocultó su tensión. Lo que vio variaba. El sello general era la muerte. La exhibición de atrocidades mostró lo siguiente: Un hombre clavado en la pared con cuchillos; La cabeza de una mujer estaba cerca de una piedrota; Un hombre tenía en la frente los genitales arrancados de una mujer; Una mujer tenía los ojos puestos en sus codos. Otros no mostraban signos de violencia. Pero sus rostros eran testigos de haber presenciado algo horrible. Lucas recordó que un sobrino suyo, hace diez años, sufrió un ataque telepático que lo dejó en cama hasta matarlo.

—Lucas. Parece que aún no entiendes mucho. Yo no vine por una propuesta tuya. Yo soy el que te propone algo. ¿Te gustaría escuchar?

Lucas revisó el tambor de su revólver. Sólo le quedaba una bala. Tosió y dijo:

—¿Qué... necesitan? —la voz le temblaba. Un cosquilleo en el recto llegó como premonición de algo irreversible. Había un hecho que se le escapaba. Algo en su mente no estaba bien. Era una fuerza confusa, más allá del mero horror a la muerte o la tortura. Incluso a las represalias de Santiago Carranza por la traición. Sin embargo, tampoco sentía que fuera a hacer algo como eso. Sólo actuaba sin saber el motivo. El Líder habló.

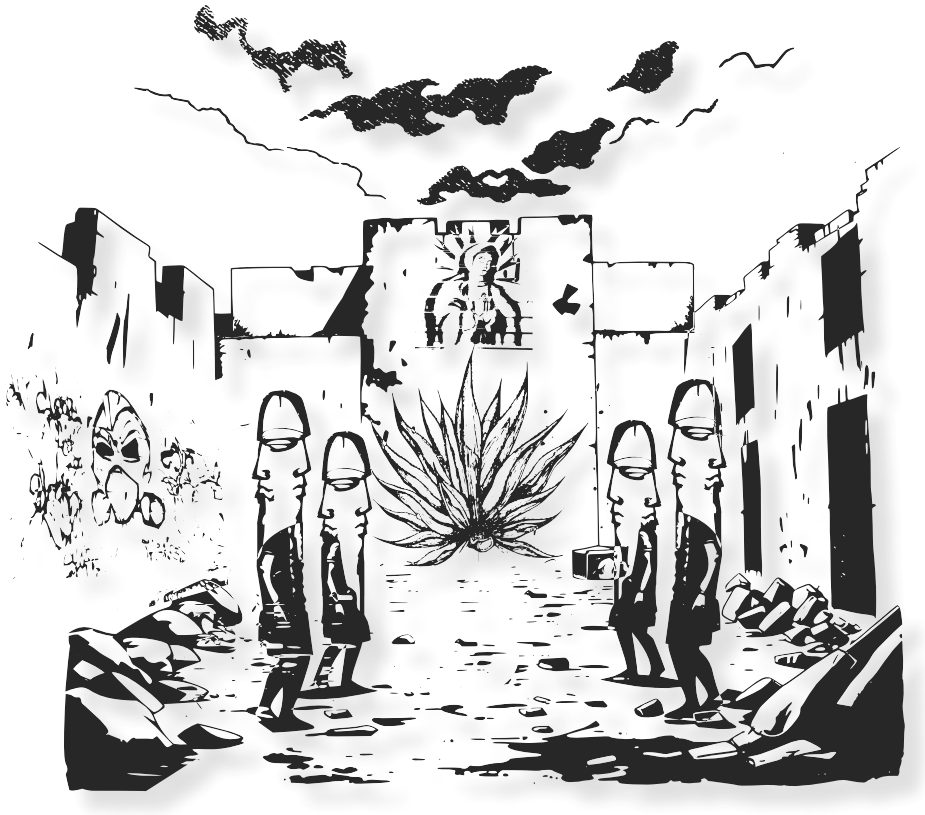
—Necesitamos hombres fuertes como tú. Con tu porte de matón empresarial. Te ofrecemos 500,000 pesos como enganche y otros 500 como saldo de bienvenida. ¿Te parece bien?

Lucas temblaba. Sentía ganas de decir sí. Quería llorar porque realmente no quería decir eso. Le temblaban las manos. ¡El sudor! Qué pegajoso era el traje. Se lamía mucho los labios. Cerró los ojos y en cuanto los abrió, no creyó en lo que veía. Pudo ver todo en su totalidad. Hasta su figura en la mesa con sus sicarios y los Vergudos. Sus pensamientos eran agitados. Sin embargo, no había ya cuerpo físico que respondiera al estímulo mental. Vio su cuerpo sentado en la mesa. Sus hombres atrás estaban como idos. Dos Vergudos le acercaron una hoja... ¿Qué estaban diciendo? Al parecer lo querían hacer firmar un documento. Lucas pareció aceptar. Cuando iba a tocar la pluma, un Vergudo le agarró el brazo en una llave, y con un movimiento rápido le clavó la palma en la espalda con un cuchillo. Según la expresión del rostro de Lucas, él gritaba. Pero no oía nada. Era como una película muda. Entró en escena un Vergudo que le arrancó el otro brazo de un machetazo. Otro Vergudo le llegó por atrás para estrangularlo con un mecate. Su lengua y ojos empezaron a saltar. Su cuerpo se fue retorciendo. Con cada temblor su visión se empañaba. "¿Me estoy muriendo?", pensó. "¡Me voy a morir!". Qué cosa tan rara fue ver su cuerpo agonizar, sin sentir. Sólo el horror de saber que no podía hacer nada, mientras la visión se hacía más borrosa. Después ya no vio nada.

»Los Vergudos robaron como nunca. Uno pensaría que datos del equipo informático de Carranza. Lo cierto fue que sólo se las dieron con lo más banal. Eso sí, no se fueron sin antes dejar una narcomanta para Santiago Carranza.

Decía lo siguiente:

"ESTO PERTENESE AHORA A DON PELUCHE MALDITO PERRO YA SABES QUE POR NO ESCUCHAR PASA PUTO..... BALAS BALAS BALAS YA TE HACE FALTA COMO SE SIENTE.... ME LA DEBES.....". Santiago Carranza leería aquello, planeando una matanza sin precedentes.



Receta de cuy al palo solar

POR SARKO MEDINA HINOJOSA

«Para no desperdiciar la cáscara de zapallo, la cortamos fino para hacer composta que luego usaremos para nutrir nuestras plantas aromáticas», digo en voz alta, mientras guardo en el interior de los gabinetes debajo de la mesa de la cocina los restos de la verdura cercenada. Más tarde una parte irá al compartimiento secreto.

En estos tiempos hay que ser cuidadoso. Desde que implementaron las normas tecnocráticas, todo es calculado para no desperdiciar. Los privilegiados que aún podemos vivir en ciudades, tenemos alimentos y variedad de productos para escoger, pero, a cambio de esas comodidades tenemos que someternos al continuo control de peso.

Antes de que se aprobara el orden actual, tendría unos cinco años y, recuerdo como imágenes a 8K que caminábamos por las calles sin medir las consecuencias de destripar un helado *D´Onofrio* y dejar caer la envoltura, media capa de chocolate y crema fría, y luego, el palito de madera, si no había la suerte de tener escrito "otro gratis". Hoy, si hiciera algo así, me quitarían no solo privilegios, sino que me encerrarían por un día en la cárcel comunitaria y tendría que ir por cuatro domingos a realizar trabajo de ecosostenimiento en las fábricas de reciclaje. Ya pasé por eso y, ¡Valgan los dioses de mis padres que

no pienso repetir la experiencia!

«Las cáscaras de las naranjas sirven como materia prima para confeccionar nuestro propio jabón casero. Tengo un recetario en mi perfil de redGo, ya saben, ingresen sólo en los tiempos de menor consumo en redes y hagan clic en la pestaña de Ahorrar Créditos.»

La cámara estándar graba todo para poder luego editarlo y subirlo como parte de mi aporte a la comunidad. Le llamé: "El rincón del Inka sabelotodo". Iba a ponerle "El rincón del cuy", pero, el delicioso animalito andino pasó a estar en el listado de especies que no deben ser consumidas por los seres humanos, así que cualquier mención a eso era cancelación automática y llamada de atención por promover la penosa alimentación carnívora.

Sí, consumimos proteínas cárnicas. Las cucarachas, saltamontes, gusanos y demás insectos han demostrado que podemos decir "*¡Añañau!*" como decía mi abuelo ante algo rico, con sus variantes de hamburguesas, nuggets, alitas y hasta imitaciones de carne asada al carbón (saborizante, claro) se promueven entre los artículos que se pueden adquirir en los mercados comunitarios.

"Cojudeces", me digo a mi mismo mientras, con cara de presentador de "Es sábado con el Junberhuan", les digo a mis supuestos seguidores cómo ser autosustentables en una realidad que la pintan de idílica, pero solo nos ha apretado los huevos, convirtiéndonos en máquinas de miedo.

«Y así tienen una crema de zapallo con tofu asado y su jugo de naranja. Costo: veinte créditos, menos la reconversión de materiales: diez créditos, ahorro en energía: cinco créditos, así que en total solo hemos gastado cinco créditos y tenemos material para nuestras plantas y el jabón casero.»

Quince créditos por cinco minutos. Eso me rembolsan cada que hago un programa, es decir que esta vez me salió gratis la comida.

Así vamos, generando formas de ahorro para poder comer. Gracias a que todos estamos en el sistema, cada compra que hacemos genera un orden de sumas y restas por gramos o se convierten en centímetros cúbicos. Si compramos tal cantidad de verduras y frutas frescas, se debe generar igual cantidad de alimentación para nosotros o nuestros familiares y una cantidad de desperdicios. Han calculado hasta la pérdida de agua por pelar o cortar, lo que debe quedar después del proceso digestivo, proyectan hasta si tendremos diarrea o

será sólido el excremento. Bajo el principio de que nada se destruye, solo se transforma, tratan de llegar a la máxima rentabilidad. Las contantes advertencias cansan a varios que prefieren consumir productos ya procesados o en líquido para no tener que andar cuidando de no desperdiciar nada. Ni voy a hablar del plástico y papel que también está controlado su uso.

Para muchos no hay posibilidad de consumir lo procesado. Está demostrado que las barras alimenticias que se adquieren en cualquier oficina tecnocrática de cualquier índole, están hechas con el reciclaje de las fábricas, donde entran los cadáveres y los desechos alimentarios, los cuales separamos con micrográmica responsabilidad. El agua que también venden tiene grados de mineralización, la gratuita son los líquidos recuperados en el sistema sanitario.

Para mí es un calvario comer esas barras. Vengo de una familia arequipeña, en Perú. Ciudad desaparecida del mapa luego de que el volcán tutelar Misti hiciera erupción. No mató a nadie, en realidad, más allá de los que, contra toda orden, prefirieron quedarse y desaparecer bajo las cenizas. Mis abuelos eran de una de las provincias, cargaron a toda la familia y nos vinimos a Lima, justo cuando ocurrieron los cambios mundiales y los estados se convirtiendo al tecnocracismo militante, ya no tan teórico. Vivimos bien por un buen tiempo. Luego tuvimos que emigrar a las ciudades tecnócratas. Mis abuelos cumplieron 75 años y los reciclaron. Fui rebelde de adolescente y me llevaron a las cárceles comunitarias y a trabajos de fin de semana varias veces, hasta que la última vez la amenaza era concreta: una falta grave y me reciclaban. Se había aprobado la ley por la cual los "no útiles" a la sociedad podían ser embargados en bien del Estado. Mis padres me suplicaron mucho. Miles de prisioneros desaparecieron de la noche a la mañana. Más lloros y súplicas. Cedí. Me volví un tipo útil y aburrido. Hasta que, en uno de mis paseos me encontré un tesoro peludo, es decir uno con varios tesoritos.

«Ahora las cocinas solares pueden generar mayor calor con estas ollas que concentran mejor los rayos. Esta receta me la enseñó mi abuela.»

Eso es cierto, a pesar de mi aburrimiento, mis abuelos me dejaron un sinfín de recetas, como previendo que de alguna manera me ayudarían a no morir de hambre. Aproveché. Estos videos son un trabajo a medio tiempo. Luego de aburrirme seis horas en control de tráfico, hago estos videos y son traducidos a diferentes idiomas automáticamente. El punto es que las personas, a pesar de saber que pueden sobrevivir con el agua reciclada y las barras alimenticias,

extrañan demasiado otros sabores. A pesar de que se les da suplementos proteicos vegetales, extrañan el sabor de la carne, y aun pudiendo comer variedad de insectos fritos y empanizados como motivación, extrañan el contacto con la carne fresca y sus derivados. El pescado es rico, las almejas lo máximo, los bogavantes exquisitos, pero una vez por semana. Así que, para poder distraer a los que necesitan nuevas recetas o maneras de conseguir "simuladamente" sacar la vuelta al sistema, se hacen estos videos.

Es como que "supuestamente" logro vencer el sistema, ayudando a las personas a, con las mismas reglas tecnócratas, a convertir aquello que deberían entregar para su reciclaje en jabones, velas, aderezos, champú y muchas más cosas.

Lo que no saben es que el Ministerio de Comunicación me da créditos extra por estos videos y, me provee de verduras, insumos varios y hasta ingredientes que se consiguen tras mucho papeleo si no tienes los créditos suficientes, como semillas de cacao o de café, incluso, me han dado pavo en Navidad... ¡Pavo!

Así, dos veces al año, invito a mis padres, cercanos ya a la edad del reciclaje, a un almuerzo conmemorativo. La chicha de maíz blanco que preparo días antes lleva hinojo y nos permite pasarnos un poquito del alcohol permitido, las habas rehidratadas las comemos con queso de tofu y, el plato principal, aderezado con muña y huacatay, lo cocino lentamente dando vueltas con un palo atravesado en la cocina solar. Sé que no sabe igual que el cuy, pero en estos tiempos, una rata se convierte en una delicia que alimento día con día con las sobras de lo que cocino siendo un ejemplar ciudadano reciclador.

Bienvenido a neo-México

POR MANUEL MARTINEZ

Pasaron muchas décadas después de la brutal explosión de varios satélites y de una guerra nuclear que casi provocó la extinción de la humanidad. ¿Acaso nos odiamos lo suficiente como para crear nuestro propio cataclismo? Muertes innecesarias, recursos que se pudieron perder y el daño a los ecosistemas del planeta que alguna vez llamamos hogar. El pecado de la humanidad es su propio ingenio, que, en lugar de salvarnos, ha creado las herramientas para nuestra destrucción.

Año 2256... vivir en los continentes de un planeta desolado debido a nuestra falta de conciencia. Aquellos con los recursos suficientes pudieron dejar el planeta en cruceros espaciales construidos por un idiota rico que solo se llenó el pecho de ser el nuevo genio de su época.

El resto de personas, a quienes se podría considerar "promedio", permanecieron en diferentes puntos del globo terráqueo, en territorios techados por domos gigantescos y poderosos para evitar la infiltración de maleantes. Existe su propia versión de la ley que custodia esos lugares estratégicos: la Policía Regular. Son unos idiotas que se creen los héroes de las antiguas peliculas de viejo oeste, usando vehículos de alta velocidad impulsados con gravedad y portando armas que llaman "pistolas de alta precisión", aunque no son más

que basura abandonada por los mismos idiotas poderosos.

El resto de lugares son vertederos situados en lugares casi desérticos. Hay pueblos que sobreviven abandonados a su suerte, donde el aire desgasta y erosiona los escasos edificios y caminos que aún quedan en pie. Sin reglas ni dueños, estas tierras de nadie acogen a los desahuciados que ha sido desterrados por las "grandes urbes". ¿Se acuerdan cuando que dije que los idiotas de la ley se creen los alguaciles de esos lugares bajo cúpula? Pues volvieron los bandoleros, que ahora asaltan en motos de gravedad, como si estas fueran los caballos de la época de la Colt o la Remington. Incluso usan esos viejos trenes para ir de un lugar a otro.

¿Y yo? Simplemente vago hacia donde me lleve el camino. Por un precio interesante puedo hacer lo que sea con mi pistola de precisión; me he creado una fama de "héroe". La realidad es que yo solo sigo una buena paga y entiendo que mi moral es lo más mundano del planeta. ¿Mi nombre? No importa mucho, pero me dicen Joaquín. Así me llaman los descendientes de aquel lugar llamado Sonora, porque deambulo por esos puntos abandonados que antes fueron la "frontera" con los gringos. Me voy en mi moto de gravedad, reccorriendo esos viejos caminos federales: con la vista siempre al frente frente y mi casco, que me ayuda con los vientos. Me lo gané en una partida de cartas hace tiempo. Parece una cabeza con forma de cubo, como la que usaría un idiota para hacerse pasar por un autómata o una de esas cosas robóticas que a veces veo en estos pueblos. Pero olo sirven para la agricultura de este lugar. Aunque, en realidad, ¿qué puede nacer en esta tierra sin vida?

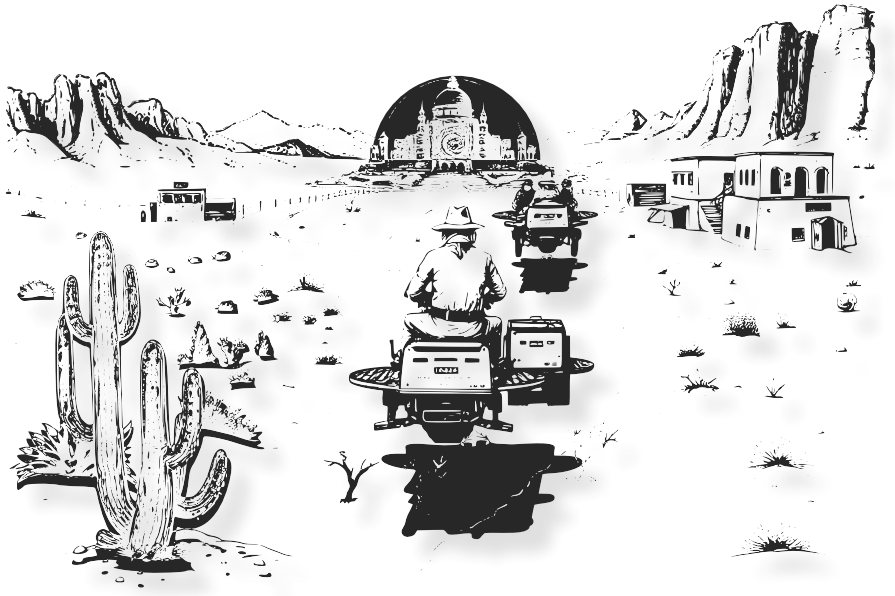
La gente de lo que antes llamaban la zona fronteriza habla en español o, a veces, en el ya extinto spanglish. Los gringos que habitan estos lugares son los de la clase más baja; ni siquiera alcanzan a ser sirvientes en su tierra, donde hablan en inglés. No son más que idiotas que te dan buen dinero por llevar sus paquetes, que van desde agua hasta estupefacientes. El agua es uno de los bienes más preciados en este planeta desolado. Como escuché decir a un loco que pedía limosna: "La Tierra se volvió así para probar a los fieles".

Al recorrer la frontera desértica, encuentro mucho sentido en ella. Los fieles que creen poder recuperar este planeta son los que se arriesgan a vivir en estas zonas sin ley. En ellas existen invernaderos para transformar este planeta en el llamado "Planeta Verde", como se menciona en esos viejos libros del siglo XVIII, ¿o era el XIX? Sobre eso, escuché que, en aquel tiempo, el agua de los

mares era limpia. Pero desde que tengo uso de razón, eso ya no existe; nos es más que agua tratada de buena forma, o eso dicen los que te la venden.

La hostilidad en las zonas sin supervisión es muy notoria; desde asaltos y extorsiones, hasta violaciones. Todo eso parte del día a día. Como antes, los maleantes controlan y arruinan la vida de estas personas a su antojo. Uno de ellos, un idiota, me retó a un duelo de desenfunde con nuestras armas de precisión. No me interesa. Yo siempre he creído que la vida no debe ser desperdiciada en algo tan trivial como un duelo, así como lo harían esos rufianes del viejo oeste: jugarse el pellejo por una mala mano de póker.

No entiendo como es que tengo un don para disparar y para las carreras a campo traviesa,que a veces son riesgosas; pero necesito que comer. ¿Ser traficante? Jamás. Puedo vigilar a los que venden esa mierda, pero manchar mis manos con esa mierda, ni muerto. A veces siento que la vida en este pedazo de planeta no sirve de nada, aunque este es el tiempo que me tocó vivir. Así es: sean bienvenidos a lo que vulgarmente se conoce como Neo-México.



Pedernal

POR OMAR GABRIEL LÓPEZ DELGADO

El canto de las aves cesó desde que el Sol oscureció, dejando solo a la penumbra. Durante el día, el extenso bosque de pinos servía de hogar a distintos animales. Cazador y presa coexistían en este tranquilo paraíso, pero, el ambiente cambiaba al llegar la noche, para que el silencio reinara.

Garra temía a la oscuridad; permanecería resguardado en la cueva que servía como hogar provisional. Hace mucho tiempo dejó a los suyos, necesitaba vivir por su cuenta, a pesar de la triste despedida. Sin embargo, siempre los tendría en su mente porque los recuerdos estaban plasmados en cada rincón de la cueva. Ahí, se encontraba su nacimiento, la primera participación en caza grupal, incluso el día de su partida. Quedaba poco para amanecer y con ello la oscuridad desaparecería. Podría quedarse esta vez, un descanso no vendría mal. ¿Hace cuánto había dormido plácidamente? Pero el hambre lo mataría, además necesitaba de algo... De un objeto que le ayudaría a vencer la penumbra de la noche. Sin demora, levantó su lanza y guardó su cuchillo para dirigirse al bosque.

Los rayos del Sol alumbraron el amanecer, una ligera brisa se difuminaba por los árboles. Era hora de cazar. Si fuera grupal, le sería más fácil localizar el alimento, pero no. Tendría que rastrear hasta encontrar algún animal. Había huellas de muchos: conejos, venados, pecaríes, por ahí se encontraban las de un mastodonte que seguramente buscaba comida. A juzgar por sus tamaños, se podría tratar de un animal juvenil al igual que Garra.

Justamente era un mastodonte joven. ¿Que cómo lo sabía? Un barrito resonó a la retaguardia del cazador que lo cogió desprevenido. No tuvo tiempo siquiera de mirar hacia atrás porque sabía que aquel proboscídeo lo perseguía. El corazón se le volcó hasta casi reventarle de la adrenalina. Pasó cerca de unos minutos para darse un respiro y darse la vuelta. Aquel ser lanudo lo veía con semblante iracundo que advertía a cualquier forastero a retirarse de sus dominios.

Por culpa de aquella bestia, Garra perdió el rastro de los cérvidos y debía volver a empezar. Sin embargo, se dio cuenta de que también se había alejado demasiado de su guarida por adentrarse a la llanura, a merced del depredador. En su memoria, quedó grabada la muerte de uno de sus hermanos. “No entren al pastizal”, decía su madre. Ojalá le hubieran hecho caso ese día. El silencio reinaba, pero Garra sabía que algo podría estar observándolo. Sus pelos se erizaron y decidió retirarse lo más pronto posible.

Algo se estaba acercando, lo escuchó a pesar que aquella cosa hizo lo posible en no ser descubierto. La lanza ya estaba en ristre ante cualquier sorpresa. Finalmente, dejó el peligro de la llanura y consiguió ubicar la entrada de aquel enigmático bosque. Garra tenía que volver a reencontrar las pistas de los cérvidos. El día pasaba, las aves cantaban con menos frecuencia y la oscuridad se alistaba para acechar al incauto. Sin embargo, la suerte del hombre cavernario iba a cambiar.

Venados, eran muchos. Lo sabía perfectamente que hasta logró identificar el posible lugar. No muy lejos, se encontraba un riachuelo donde los animales podían saciar su sed. Ahí deben de estar. Los pájaros eran los únicos que se escuchaban en este onírico bosque, si es que contamos al viento que chocaba con los árboles. La confianza era inadmisible, no era el único cazador de esta zona.

La manada. Justo como lo había previsto, el venado es uno de los animales más numerosos en esta zona, por lo que no había preocupación en caso de una escasez. Ahora comenzaba la cacería. Contuvo la respiración, su pecho se ensanchó y se escondió entre la vegetación. Olía el fuerte aroma que despedían aquellos cérvidos, ese olor tan pesado que impregnaba su pelaje estremecía la gran nariz de Garra, pero no podía precipitarse. Estaba quieto, concentrado, preparado hasta que sus músculos se tensaron y estuvieron listos para la catarsis.

Un graznido. “Malditos pájaros”, decía Garra para sí mismo. Era ahora o nunca. Se abalanzó sobre los ciervos y comenzó la persecución. La nariz y sus pulmones trabajaban al unísono para traer oxígeno a su cuerpo, el sudor se asomaba entre los vellos como un viejo amigo. Por otro lado, el ciervo corría y corría, pero no conseguía escapar de su victimario. Para el animal, fue el mayor terror que pudo sentir en toda su existencia; para Garra, era el mayor desafío que tendría hasta ahora.

El animal se estaba cansando, Garra lo sabía y ahora se encontraba más determinado en perseguir al venado. En aquel atardecer forestal, la lucha de la supervivencia estaba a punto de terminar. Cansado y resignado, el animal no pudo prever el ataque relámpago de su cazador. El hombre de las cavernas penetró las costillas del cérvido hasta llegar a sus pulmones. Aquella bestia solo pudo patalear y bramar hacia sus congéneres que ya escapaban sin mirar atrás. No hay piedad, asestó una, otra y otra vez mortíferos ataques hasta que finalmente la presa dejó de oponer resistencia mientras la sangre emanaba de sus entrañas.

Garra recobró el aliento y miró a los alrededores. El silencio volvía a reinar en el bosque al que llamaba hogar. La sangre borbotaba de la carne y, con ello, los peligros llegaban a la par. No podía seguir allí, era hora de irse si no fuera porque le faltaba algo más para acabar su día: el objeto que lo salvaría de la oscuridad. Buscó entre todos los rincones de su alrededor. A pesar de que le tomó tiempo, no fue difícil encontrarlo. Ahí estaba, su diseño tan rústico podía diferenciarse entre todas las cosas de aquel sitio: pedernal. Eran simples piedras, pero las necesitaba para sus lanzas y combatir a la oscuridad que se aproximaba con ímpetu. El Sol se ocultaba ya, era tiempo de volver a casa.

Tuvo que cargar al venado. Desde joven, se acostumbró a usar la gran fuerza que sus ancestros le habían otorgado, pero no era la suficiente para combatir los peligros del bosque. Se sentía solo y nadie lo ayudaría esta vez, debía estar atento para cualquier situación. Cada vez, el bosque oscurecía y los nervios de Garra se tensaban. Sentía miedo, algo natural para garantizar la supervivencia.

Los pájaros, aquellos seres tan pequeños como frágiles, detuvieron lentamente sus cantos. La noche les avisaba que era momento de refugiarse en la seguridad de los árboles. Garra había pasado por muchas cosas, desde luchas contra lobos, sobrevivir a la embestida del bisonte, cazar a un mamut en solitario... y aun así le temía a la oscuridad porque desconoce lo que existe ahí. En cada noche, solo escuchaba con terror los llantos, alaridos y gritos provenientes de aquella inhóspita zona.

Sus vellos se erizaron al sentir que algo lo seguía y su paso se agitó aún más. No podía caminar más rápido por el peso del venado que debía soportar. Se maldijo por primera vez en tantos años al sentir que cada músculo le fallaba. Por fin había llegado, pero aún sentía aquella presencia que acechaba entre la oscuridad. Garra soltó un suspiro ahogado, dejó el cadáver del venado y rápido sacó sus herramientas junto a los pedernales que recogió.

Formó un pequeño lecho con ramas secas junto a la maleza que recogió. Sobre estas, se desprendieron chispas de los pedernales al chocar entre ellas, unas chispas tan minúsculas, pequeñas, tan escuálidas que provocaron el nacimiento de pequeñas llamas hasta convertirse en un tenue fuego. Se quedó absorto en la luz emanada, tan cálida y a la vez peligrosa. Era capaz de destruir todo a su paso que incluso la oscuridad le tenía respeto y miedo. Finalmente, la presencia desapareció en las sombras. Nunca supo si se trataba de un animal o incluso algo peor. Mientras las llamas avivaron, Garra comenzó a despellejar al venado para asar la carne que tanto ansiaba, no sin haberse quemado los dedos en el intento. Solía ser muy descuidado a la hora de cocinar sus alimentos. Lejos de enojarse, reía ante aquella situación porque era el precio a pagar por cazar.

Ese día terminó como uno más de aquel hombre de las cavernas, ignorante de que, algún día, su especie crearía culturas, tradiciones y comunidades más complejas, gracias a las llamas de aquel insignificante fuego que creó en esa noche. La oscuridad no volvería a tener el mismo poder a partir de entonces, el ser humano dominaría la Tierra hasta el fin de nuestros tiempos.

El jilguerillo sin colores

POR A.J. ROFLO

ELISANDRA Y 216

Elisandra estaba sufriendo un bloqueo. Ni siquiera la lluvia escurriendo por su ventana la inspiraba a continuar su relato, y el tiempo se acababa. Paseaba sus dedos por el teclado, pero la idea no llegaba.

—Un final triste, un final feliz…

No se quitaba de encima la sensación de que siempre escribía lo mismo, sin importar si el desenlace para sus protagonistas era bueno o malo. Quería algo nuevo, pero tenía la mente pegada al techo. Se la imaginaba como el vapor en la habitación después de un baño caliente en su helada casa.

Había tenido toda la semana para realizar su relato, pero dejó todo al final, como solía hacerlo desde siempre. Quizás se había malacostumbrado, pues ya era una cosa que arrastraba desde que era estudiante de secundaria. Generalmente le funcionaba, pues las palabras salían naturalmente de ella, pero en esta ocasión llevaba dos horas intentando arrancar la idea. Sería el ruido de la calle, el martilleo en el piso de abajo, pero no logró salir de ese estado, y mejor suspendió su computadora.

Después de varios días nublados y helados, el boiler solar no dio para más, y llenó dos cubetas de agua para colocar la resistencia en una de ellas y poder bañarse. Le pidió a quien fuera que la escuchara que por favor esa no fuera una noche de cortes de luz, pues el invierno le haría imposible tolerar el agua tibia. Se asomó por la ventana del baño, parada sobre una cubeta, y parecía que todo estaba en orden: los faros más lejanos se encontraban encendidos, y ninguno parpadeaba.

La editora ya le había marcado para presionarla, pues nunca antes se había tardado tanto en enviar su trabajo, pero Elisandra no sentía ni un ápice de urgencia; es más, la apatía se incrementó.

Entonces pensó en *Doscientos dieciséis*. Ni siquiera se había tomado el tiempo para cambiarle el nombre de fábrica, y permanecía sentado en la silla cargadora, como todas las tardes. A Elisandra no le encantaba aquella compañía, y por eso había elegido el periodo en que ella se encontraba en casa para cargarlo, y no verlo moverse. Le incomodaba ese viejo modelo, era de los que aún emitían un sonido neumático extraño. Ni siquiera los de la cafetería eran tan viejos y ruidosos. Pero *los Doscientos* y *los Trescientos* fueron donados por parte del gobierno a los beneficiarios de Jóvenes Haciendo el Camino, del cual Elisandra era parte, y por el cual se encontraba trabajando siendo apenas una recién graduada. Le hubiera gustado ser una mujer de más de setenta para recibir un modelo más moderno, de

los que están autorizados para suplir a sus propietarios en el trabajo. Sus padres tenían de esos en su hogar, pero habían decidido que ella andaría el camino difícil cuando se emancipara.

216 se encargaba del hogar, y compartían pocos momentos juntos, mientras que la plática era nula con él. Pero esa noche pensó que podría ayudarle a desbloquear su interior. El robot estaba en su estación de carga, y ella se plantó delante de él.

—Oye 2 16.

—Dígame señora.

—Dame una idea para escribir algo.

El robot se quedó en silencio, y Elisandra supo que tuvo razón al pensar que sería inútil. Se giró y caminó hacía el cuarto de baño.

—Podría escribir sobre algo que le sucedió hoy —dijo después de un silencio, y provocó el estremecimiento de la muchacha, quien ya se había sumido en sus pensamientos sobre el agua, las cubetas y la resistencia.

—Nada interesante me pasó hoy. Gracias por nada.

—Salgamos a caminar —propuso.

«Bueno, eso es interesante», pensó Elisandra, y sintió simpatía por él. Desconectó la resistencia y se puso un pesado abrigo; podría bañarse al regresar y sería aún más reconfortante.

Decidió que 216 la guiaría, y el robot eligió primero el parque Sahuatoba. Los juegos se encontraban en mal estado, y las bancas de madera carcomida era sumamente incomodas, pero el lago lo hacía agradable. Con el clima, probablemente amanecería congelado.

—Quisiera ser capaz de escribir algo emocionante —se sinceró con el robot, aun a sabiendas de que ellos no podían tener respuestas emocionales, aunque sí ensayadamente empáticas.

—¿Y por qué no lo haces?

—Últimamente me siento perdida. Como si la luz de mis ideas se hubiera ido. Yo creo que esto es desde que…

—La vida sin luz no merece ser vivida —dijo el robot. Elisandra no logró recuperarse de la sorpresa cuando ya estaba viendo sus intestinos caer al suelo. —Eres patética, no puedes… —dijo 216.

216 fue el primer caso de violencia contra un humano por parte de un robot contaminado. Por el asesinato de Elisandra Morales Chavez, en enero del 2044, se culpó a Eduardo Manriquez, un indigente de cincuenta y ocho años que vivía en el parque, en la estación del trenecito. Eduardo murió en la prisión, durante una revuelta, acuchillado dieciséis veces. Llevaba tres años en auto de formal prisión.

Nos costó mucho tiempo comprender que eran los robots. Los robots se habían convertido en parte del paisaje, no llamaban la atención, y menos en estos casos, en los cuales a lo más servían sus grabaciones diarias.

A partir del ataque en el parque, la crisis de violencia en el país se vio incrementada en un 200%. Era lo normal cada año, pero en esta ocasión, los crímenes llamaban la atención por lo inusual del victimario: un indigente, una abuela, el padre amoroso de toda la vida, los compañeros de clase, el profesor más amable, la novia de años, el amigo de décadas… Parecía que algo estaba envenenando el país, más de lo que de por sí estaba ya.

Tomó un año y medio descubrir que eran los robots, pues fue cuando en la investigación comenzaron a colaborar otros robots más especializados, los Seiscientos. Los investigadores no aceptaron en primera instancia esa teoría, pues como si de una novela de Asimov se tratara, los robots estaban delicadamente programados para jamás herir a un ser vivo.

Se hizo una relación entre todas las víctimas, y se encontró con que todos poseían o tenían contacto con un robot de las líneas de los Trescientos y los Doscientos. Pero no se tenía siquiera una idea de por qué estaban actuando así, pues los robots que habían sido detenidos, habían echado a andar un mecanismo de autodestrucción inmediato. Quedaban totalmente inútiles, y sus circuitos, irreconocibles. Cada robot existente tiene una composición diferente a los demás, una composición única.

¿Qué tenían en particular estas dos líneas, qué había salido mal con ellas?

El escándalo estalló en febrero del 2036, dos meses después de que 378 asesinó al presidente en la fiesta de Navidad. Los archivos desclasificados mostraron por fin la realidad de la construcción de esas dos líneas.

LOS OPERADORES

04 de Febrero del 2032

(Operador 1): La *clasificado* ya nos tiene la presa al 40%, *clasificado*.

(Operador 2): Sígueles comprando padrino.

(Operador 1): Dicen que la *clasificado* es más adictiva que cualquier droga.

(Ininteligible) (risas)

(Operador 1): Bueno, ¿pero cómo le hacemos?

(Operador 2): Pues, ya ves que el otro día el *clasificado* dijo que ya había conectado con el río de los indios *(sic)*.

(Operador 1): ¿Apoco si se armó eso?

(Operador 2): Sí güey, quien sabe a cuantos se chingaron en el camino. Entonces pues de ahí vamos a estar sacando.

(Operador 1): ¿Y peyote no trajeron? *(risas)*

(Operador 2): No te basta güey. *(risas)*

(Operador 1): ¿Pero esa no es la agua *(sic)* de la sierra?

(Operador 2): Pues sí, ¿pero qué le ha de hacer al metal?

(Operador 1): Ahí viene el pinche Benito, cállate que es la grabadora del pinche revisor.

(Robot 101 Benito): Buenas tardes.

(Operador 1): Buenas pinche *Beni*.

(Pasos metálicos se alejan)

(Operador 1): ¿Entonces a cuales les va a tocar la agua *(sic)* del río?

(Operador 2): Pues, apenas vamos terminando las letras. Yo creo ya a la mitad de los Doscientos, y los Trescientos pues ya toda la línea, lo que se alcance, para guardar la de la presa.

(Operador 1): A ver si no se vuelven locos.

(Operador 2): Pues mínimo locos, y no castrosos

como el Benito.

(Fin de la grabación).

EL AGUA DE LA SIERRA I

Se le conoce como «el agua de la sierra» o «las noches de las pedradas» a una evento que sucedió en el año 2024, durante el mes de diciembre, y a lo largo del año 2025, en las zonas serranas del municipio de Tepehuanes, en el estado de Durango.

Específicamente el 6 de diciembre del 2024 a las 14:34, se apreciaron en el cielo del estado, luces blanquecinas que formaban círculos de más de cincuenta orbes (Flores, 2025, p. 76). Se emitieron alertas para los vuelos comerciales y no comerciales que se realizaban en el momento, puesto que en efecto fueron detectados elementos desconocidos en el espacio aéreo (Alvarez, 2026, p. 23).

Las zonas desde donde se apreciaron estos eventos fueron Nuevo Ideal, Canatlán, Mezquital, Coneto de Comonfort y Tepehuanes. Fue solo en Tepehuanes donde se pudo ver un descenso de los orbes hacia las montañas circundantes, como se puede ver en la variada evidencia multimedia con la que se cuenta.

Entrevista: 23 de diciembre 2024.

(Testigo 1): La gente nunca quiso entender, ¿me entiendes? Que esas luces fueron algo más que el primer contacto. Ellos venían de una guerra, eran de los últimos.

(Entrevistador): ¿Nunca pensaron que venían con intenciones de conquista?

(Testigo 1): Pues pueda que sí. Luego las películas nos hacen ideas, pero cuando bajaron, no iban armados, no estaban tan raros, ¿me entiendes? Nomás el color y el tamaño, pero si te das cuenta, son como nosotros.

(Entrevistador): Sí por supuesto. ¿Pero cómo fue ese primer contacto?

(Testigo 1): Pues yo estaba en la pizca, con mis trabajadores, y se llegó la hora de la cena. Prendimos una lumbre, y el más avispado volteo para arriba, y vio las luces esas, haciendo un círculo. Acá en la sierra siempre se ven luces en el cielo, estrellas que caminan, meteoritos, quien sabe que sean, pero algo como eso nunca lo había visto en mis sesenta años.

(Entrevistador): ¿Quiénes estaban con usted? ¿Nadie había visto algo parecido?

(Testigo 1): Pues estábamos yo, mi hijo, mija *(sic)*, y siete trabajadores, tres de ellos venían de Tepehuanes conmigo y mis hijos, y cuatro eran de ahí, tarahumaras… rarámuri pues, ya no se les dice así, ellos me enseñaron. Ellos llevan más tiempo en esas zonas, y tampoco les había tocado.

(Entrevistador): ¿Y luego que pasó?

(Testigo 1): Pues pensábamos que nomás iban a estar arriba, y empezaron a bajar para abajo *(sic)*, y se iban haciendo más grandes. Y sabe que más que espantados, fue otra cosa. Estábamos maravillados. Era algo raro, pero fue también algo muy hermoso, muy impresionante. Y de pronto como que llegaron a suelo, y se apagaron.

(Entrevistador): ¿Cómo llegaron a la resolución de ir a ver qué pasaba?

(Testigo 1): Pues yo creo que no pensamos claro, porque ya después que lo reflexioné, tuvimos

suerte de que no vinieran con intenciones de matarnos o algo, ¿me entiendes? Pero nos ganó la curiosidad, y estábamos bien cerca. A mi hijo se le ocurrió sacar el teléfono, y pues de ahí tienen esas imágenes que nos cambiaron la vida, ¿verdad?

(Entrevistador): Sin duda señor. ¿Qué pasó después?

(Testigo 1): Pues avanzamos con cautela, usted sabe, allá se ocupa también traer fuscas *(sic)*, por los coyotes o las onzas. Prendimos las lámparas, e íbamos despacito, hasta que nos topamos con ellos en la oscuridad, y les echamos la luz. Todos alzaron los brazos, y dijeron que iban en paz. En perfecto español. No te voy a echar mentiras, tenía un miedo muy grande, y yo creo que todos pues, ellos incluidos. Y está curioso, saber hoy en día, que ellos pudieron acabar con nosotros en ese momento, sin ningún problema. Las naves estaban atrás, en el río.

EL AGUA DE LA SIERRA II

Es hasta ahora, enero del 2026, que es posible conocer la razón clara y cronológica de los eventos que se dieron a finales del 2024 y durante el año 2025 en diversos lugares del estado Durango, donde miles de personas terminaron con sus vidas.

Los primeros casos sucedieron en Tepehuanes, situado en la región noroeste de su estado, y es de donde proviene el video que le dio la vuelta al mundo, con el señor Juan Favela y sus trabajadores teniendo el primer encuentro. Tepehuanes contaba en el 2020 con más de 11 mil habitantes.

Tepehuanes es una zona montañosa, y es parte en su totalidad de la Sierra Madre Occidental, con un

clima semifrío semihúmedo, de acuerdo al INEGI. 2024 fue un año particularmente lluvioso, por lo que las precipitaciones se encargaron de distribuir el agua contaminada con rapidez (Montenegro, 2025, p. 13).

Ahora, ¿qué sucedió?

Los *L*, en una explicación básica y breve, estaban huyendo de la tristeza.

Ellos nos mostraron su historia, y como bien explica Natalia Flores en su libro «Origen, cultura e historia de los *L*: conociendo a los desconocidos» del año 2025, aquellos que llegaron en primera instancia, era una facción que anteriormente se encontraba peleando en una guerra de larga duración en su planeta, por una disputa de poderes. A pesar de resultar vencedores, decidieron dejar el planeta, junto con muchos de sus congéneres, en busca de un nuevo lugar para habitar y desarrollarse.

El motivo del abandono, fue que el planeta se encontraba contaminado. Pero no era una contaminación como la que conocemos aquí. En el planeta *L*, llamado así, debido a que no existe una palabra que pueda expresar su verdadero nombre, y la letra L es el sonido más parecido, las emociones son una materia que es posible percibir, manejar e incluso tocar; una situación sumamente particular para nosotros. Ellos son capaces de ver aquello que no se puede ver con ojos humanos.

Las emociones como materia se pueden trabajar, desechar, transformar y reutilizar. Son incluso origen de energía. Es por eso que la llegada de los *L* a nuestro planeta ha marcado una revolución en muchos ámbitos, especialmente en la psiquiatría, y la salud en general, pues ellos conocen las maneras de tratar los humores, una teoría que fue dejada

atrás ya hace muchos años en nuestra historia, y que ha traído curas inesperadas, muchas de las cuales se creían imposibles.

Sin embargo, con todo bien llega también algo de mal. Al llegar a nuestro planeta, inadvertidamente trajeron sus luces contaminadas con una emoción que ellos denominan aj (Flores, 2025, p. 76), al menos en lo más parecido fonéticamente, y se traduce como un tipo de melancolía intensa.

NOCHEBUENA

Rosalicia había sido siempre «un jilguerillo», decían sus papás. Una persona de buen carácter, «dicharachera» y acomedida, últimamente aquejada por una artritis reumatoide, que con su debido tratamiento, era un poco más llevadera.

Rosa tenía 49 años cuando su padre sufrió un derrame cerebral, conocido en palabras médicas como evento cerebral vascular. Su papá, antes altivo, activo y con una gran conversación, quedó postrado en una cama, entre delirios, confusión y escasos momentos de lucidez donde aún reconocía a su familia y sabía dónde estaba. Ella afrontó la situación con temple y buen humor que contagiaba a los demás, aunque luchaba día con día ante la incertidumbre, el cansancio y la frustración que conlleva ver el deterioro de quien se ama, como relataba en su diario.

La mujer cambió de un segundo para otro.

Por la tarde, dicen sus familiares, estaba picando tomates, y luego se le encontró llorando desconsolada en el comedor, diciendo que no era justo que su padre se encontrara perdido en un mundo inalcanzable para ellos, según recuerdan sus hermanos. Rosalicia acompañó a su padre todos los días

al campo por veinte años, donde intercambiaban un sinfín de anécdotas y recuerdos por horas, bajo el sol durante la jornada de trabajo, y en ese momento fue como si la privación de esto, la añoranza, el sentido de injusticia y la tristeza, la consumieran en un minuto.

«La vida sin luz no merece ser vivida. Eres patética, no puedes salvar a nadie», dice una última línea en su diario, antes de salir por la noche a hurtadillas, y acabar con ella misma en el río, al igual que otros habitantes de su comunidad, golpeando su propia cabeza con piedras.

EL AGUA DE LA SIERRA III

Un mínimo descuido llevó a la muerte de miles de personas, en medio de un sufrimiento mental-emocional intenso. Diez de las naves-luces tocaron el río, y aquello bastó para contaminar litros y litros de agua con una tristeza endémica del planeta *L*; una tristeza, una melancolía imposible de soportar para el ser humano promedio. Ellos dijeron, en su disculpa interplanetaria, que arrastraron con ellos los humores de sus muertos en las luces, y la emoción de los dolientes en las bases. El perdón les fue otorgado ante la sinceridad de la disculpa, y también por las curas y cambios positivos que habían traído a nosotros hasta ese momento.

Sin embargo, en Durango, el estado más afectado, existe aún un fuerte rechazo hacia los *L*. Es posible que la cicatriz sea tan grande, que es imposible pasarla por alto. Tres mil setecientas doce personas terminaron con sus vidas debido al agua de la sierra, hasta ahora.

Se ha estudiado el agua de la sierra, y se han encontrado componentes que aún no logran ser descifrados en términos terrenales, pero que para los *L*

hacen sentido, y en un intercambio de saberes, los científicos terrestres intentan comprender, para así tratar la fuente de toda el agua afectada, y hacerla de nuevo segura para el consumo humano.

Cada mes se están realizando testeos en las aguas de Durango, pues una vez que atraviesan a otros estados, el mal parece desvanecerse. Los niveles de la sustancia aún se encuentran en niveles alarmantes, por lo que se insta en cada ocasión posible a la población a hervir y tratar su agua con desinfectante, que ha parecido eficaz en la erradicación de este mal, o bien optar por garrafones con agua que ha sido previamente tratada y purificada.

Es hasta la fecha que hay afectados por el agua de la sierra, y sus cuerpos son siempre encontrados a orillas del río, sobre cualquiera de sus vertientes, en Tepehuanes.

Si siente síntomas parecidos a los propios de la depresión, no dude en buscar ayuda, pues la cura se encuentra ya disponible en casi todos los establecimientos de salud, gracias al desarrollo de la vacuna realizado con ayuda de los *L*. La adaptación de sus elementos a nuestro planeta fue un reto, y fue superado en octubre del 2025.

Los síntomas son los siguientes, de acuerdo al DSM V:

1. Estado de ánimo deprimido la mayor parte del día, casi todos los días.
2. Disminución importante del interés o el placer por todas o casi todas las actividades la mayor parte del día, casi todos los días.
3. Pérdida importante de peso sin hacer dieta o aumento de peso.

4. Insomnio o hipersomnia casi todos los días.
5. Agitación o retraso psicomotor casi todos los días.
6. Fatiga o pérdida de la energía casi todos los días.
7. Sentimiento de inutilidad o culpabilidad excesiva o inapropiada casi todos los días.
8. Disminución de la capacidad para pensar o concentrarse, o de tomar decisiones, casi todos los días.
9. Pensamientos de muerte recurrentes, ideas suicidas recurrentes sin un plan determinado, intento de suicidio o un plan específico para llevarlo a cabo.

Eres importante, acude ante cualquier síntoma a tu centro de salud más cercano.

¡Feliz navidad!

CONFESIÓN

Transmisión de los *L* terrestres a los *L* del planeta *L*, 25 de marzo del 2025:

(Desconocido 1): En el río están todos los muertos, su humor potenció el *aj*, el aj los hizo ir ahí para quedarse y ser eterno.

(Desconocido 2): ¿Ellos saben?

(Desconocido 1): No.

(Desconocido 2): El *aj* los está llamando entonces. Dales la vacuna, como si fuera de cero.

(Desconocido 1): Hemos causado mucho daño, ellos se quedarán ahí para siempre.

(Desconocido 2): Que nunca lo sepan.

Talón

POR WALTER PALACIOS II

Parte uno

1

Un día como hoy, hace veinte años, hice cumbre en el "*Talos*". Llevaba conmigo un nicho de madera, un cristo y el santo de la mayordomía. Nada más. Esa fue mi primera y última vez allá arriba.

De aquello recuerdo el instante cuando el peor dolor que haya sentido en mi vida me hizo saber que, después de arrastrar veinte kilos de ropa térmica durante siete días de ascenso a pie, al fin había llegado a la zona de transición. Tan solo frío y silencio, ambos reclamando la eternidad como suya. Y es que a esa altura, y de no ser gracias a mi funcional (aunque atrofiado sentido de la vista) jamás hubiera podido dar fe de que en verdad estaba allí. Ya ni hablar de la interpretación inconsciente que tuve, donde aquel frío se convertía en ráfagas de aire gélido, afiladas como navajas que se clavaban en cada uno de mis músculos entumecidos. De no haber sido por esa sensación, nunca habría descubierto la hazaña. Pero si soy honesto, tampoco lo había notado antes porque, hasta ese momento, llevaba la cabeza metida en el día cuando la tierra empezó a temblar.

2

Sucedió que de repente tuvimos frente a nosotros un cráter instantáneo en cuyo centro, desde abajo y hasta donde alcanza la vista al cielo, se alzaba ese tubo inclinado, de diámetro kilométrico, que más tarde conoceríamos como *el Talón de aquí.*

Y le decimos "de aquí" porque en el norte existe un par más, lo mismo en el sur e incluso más lejos, al otro lado del mundo; pero este, precisamente este y ningún otro, vino a ser el nuestro; como si por mandato divino hubiese sido reservado solo para Valle 100 y sus plegarias.

Ahora bien, ignoro el nombre del anti-sabio (digo anti, porque la sabiduría requiere de experiencia y, en ese momento, el *Talón* se hallaba libre de cualquier teoría o conjetura capaz de mellar su totalidad) que rebautizó (eso sí, sabiamente) a lo que por sobre-experiencia dimos por sentado se trataba de un soberbio despliegue de poderío militar, un golpe de autoridad... vamos, un arma gringa. El dicho sigue vigente: el que esté libre de pecado, que tire la primera piedra. Además, un error lo comete cualquiera, y sobre todo cuando la velocidad de los hechos sobrepasa a la capacidad humana. El caso es que a ninguno de nosotros, los del centro de prevención de incendios, nos fue posible saber por qué o cómo esa persona —que después supimos trabajaba en el hoy desaparecido Centro de Investigación de Biología (CIBI)— había sido capaz de presenciar el acontecimiento, de estar ahí, de pié y observando lo mismo que todos los demás, y simplemente darse el lujo de rememorar a Jasón con todo y Thalos. Y debo enfatizar esto, porque *el Talón* apareció incrustado en lo que antes fue bosque, o sea que no cayó del cielo ni tampoco brotó de la tierra como aquellos siete esqueletos invocados por Hécate. No. Apareció y, al no bastarle la enormidad de su diámetro, tuvo que dejar en claro su presencia mediante un terremoto y posterior incendio. Los peores jamás vistos en la historia de nuestra región. Por eso insisto en que la falta de tiempo es crucial cuando se piensa en todo, menos en un nombre como el de "Talos".

De lo que sí estoy seguro es de que fue el joven Manu Sánchez, nuestro becario de servicio social, el primero en llamarle por su nombre, *Talón*.

3

De él se rumorean muchas cosas; que si nació en tal lugar, que si fue abanderado en la primaria o que si, llegado el momento, se había matriculado para

estudiar veterinaria en tal o cual universidad. Poco se habla de los motivos, pero a fin de cuentas no son más que voces y ecos sin mayor propósito que el de repetirse hasta volverse silencio y que, en dado caso de no lograrlo (lo cual es la mayoría de las veces), convergen en un zumbido que aturde hasta el cansancio. Ruido y silencio y ecos y voces girando en perpetua y paradójica alternancia.

En cuanto a mí, prefiero el silencio; sin embargo, de vez en cuando, y partiendo siempre del día de la escalada, pienso en todo aquello y no me logro explicar cómo fue que la novísima historia del *Talón de aquí* y la de Manu, lograron entrelazarse hasta formar una sola. Una conjetura mía es que el punto de inflexión se dio aquella noche antes de su llegada a Valle 100, cuando Manu aceptó su derrota, esa terrible amargura que tanto había postergado durante horas, quiero suponer que por capricho y no por mediación del orgullo, ya que este, según sus propias palabras, se lo habían triturado horas antes en la feria de la mayordomía de noviembre.

Fue su futura e inminente ex novia quien le fue a demostrar, a punta de cachetadas, que el mundo de las promesas y palabras es uno, y el del aquí y el ahora, otro. Eso él lo entendía bien, lo que no supo distinguir fue en cuál habitaba ella. Y claro, hasta la fecha solo disponemos de una versión rudimentaria, que es la de él; pero aún ante la imposibilidad de conciliar parte y contraparte, considero la palabra de Manu como efectiva. Sucedió así:

Se conocieron en el patio de la facultad durante la última primavera antes del *Talón*. Ella era amiga de una amiga de él, y él parecía ser uno más de los tantos desconocidos que alguna vez pretendieron besarla.

Y entre pláticas fugaces, clases compartidas y horas de biblioteca, decidieron pasar sus días juntos y ser más que compañeros, ser pareja. Se mudaron juntos a pesar de estar a punto de graduarse, cambiaron de lugar los muebles y compraron un juego de cortinas que combinaban con el rojo de las paredes, pero no con el amarillo de las vitrinas. Acomodaron sus libros en orden alfabético, los mismos que hasta hoy descansan en la misma posición. Aprendieron a bailar desnudos. Hicieron el amor después del examen final. Ella fue un río en zigzag y él bebió de su cauce sin lograr colmar su sed. Se transformaron en nube y roble. Cuando al fin salieron de casa, creyeron haber dado con una de las tantas hebras del fino hilo rojo que los unía, que debía unirlos. Sintieron que la hora de acuñar un mañana juntos había llegado.

Sucedió así: juntos agendaron fecha para tramitar su registro al servicio social, juntos llegaron a la oficina y, al mismo tiempo, se dieron cuenta de que las sedes disponibles para ambos, eran las mismas. Recibieron sus fichas y subieron al piso más alto de la facultad. Ella tarareaba una canción y él bailaba. Se echaron a reír cerca del barandal. Todo era viento, agua, roble y mar. Desde esa distancia pudieron ver a cientos de diminutas personitas extrañas ensamblar los juegos de feria y el castillo que en la noche del santo de noviembre ardería frente a la iglesia.

Era mediodía. Por la tarde llamaron a la puerta de su casa y era la amiga de la amiga de ella, la misma que meses atrás les había dicho "te voy a presentar a alguien", y que ahora no decía nada, solo lloraba. Sucedió así. Contaba con los créditos y la voluntad suficiente para quedarse en la ciudad y hacer su servicio social en la clínica de pequeñas especies de un primo suyo. Contaba con un plan dentro de otro plan para así lograr el primero. Y de haber sido eso lo único necesario, esta sería la historia del *Talón* y ella, pero no lo fue, porque el hubiera sí existe y sirve para aprender. Ella aprendió, muy tarde ya, que una décima en el promedio general es la diferencia entre tener, o no, un plan funcional; entre querer y poder concretar algo.

Ellos la escucharon y ella les preguntó sobre sus sedes; entonces lloró más fuerte. Unos se quedan, otros se van; ella es de los segundos.

Tuvieron que pasar un par de horas antes de que Manu y su novia pudieran calmarla. Una vez que la tormenta había pasado, se dieron cuenta de que no había más *kleenex* y decidieron salir nuevamente de casa. Estando en la calle sintieron hambre. Fueron a comer los tres. La comida les secó la garganta y la plática les hizo sentir otro tipo de sed. Sin saber quién lo propuso, pero felices de que alguien lo hubiera hecho, fueron a parar al bar dónde solían beber cuando la presión de los exámenes los sobrepasaba. Esa sería la última vez que Manu probaría alcohol. Alguien tiró su cerveza y usaron los *Kleenex* para secarse la ropa. La amiga de la amiga de su novia reía hasta las lágrimas. Salieron del bar en cuanto sintieron que la cabeza se les aligeraba. Llegaron hasta la puerta del departamento de la amiga de la amiga de su novia y, a falta de un plan a futuro que pudiera involucrar a los tres, decidieron que al otro día irían juntos, por primera y última vez, a la feria de noviembre.

Al otro día se dijeron hola. Frente a ellos se alzaba el castillo adornado con flores de colores en patrones que representan a los santos. Detrás, la iglesia, la

rueda de la fortuna, el martillo, el carrusel, los autos chocadores, el ratón loco, los globos, las canicas y los puestos de comida fueron testigos alegóricos del nuevo Getsemaní, salvo que el beso es ahora cachetada.

4

Manu daba vueltas en la cama. Al menos así aparece escrito en su diario:

Ayer no pude dormir bien y todo pinta a que hoy tampoco. No es por falta de cansancio; pasé la mayor parte del día haciendo las maletas, arreglando todo para irme, haciendo llamadas y todo lo que uno tiene que hacer cuando las cosas salen mal. Me sobra cansancio, y mucho. Solo espero poder dormir en el camión. A propósito, pregunté y en la terminal de autobuses me dijeron que el viaje hasta Valle 100 dura quince horas. Ojalá que no haya bebés en el autobús.

De regreso a casa aproveché para hablar por teléfono con mis padres. Ellos querían que nos viéramos para discutir mi decisión, pero yo ya tenía suficiente con todo lo que estaba pasando como para que, encima de todo, vinieran a tratar de convencerme. Es que ya está decidido. Además no saben que Mons y yo terminamos ayer. No me gusta dar razones innecesarias, ellos lo saben, pero estoy seguro de que si les digo, igual seguirán sin entender nada. Pasa lo mismo con Mons.

5

Además de esto, no existe nada más escrito, ni un solo registro que pueda orientarnos o al menos disipar las nubes que nos impiden dilucidar una imagen más clara de Manu. Es lo que hay y esa es la misma versión que ustedes tienen, la oficial e inalterable. La que escribieron a partir de los libros de la vitrina y del diario y las fotografías que nuestro colega Efrén les hizo llegar. Lo demás lo recopilaron como si hubieran sido mariposas, con una red.

Y esto es así: algunos de esos rumores, los que no se hicieron silencio, sino al contrario, que se alzaron más allá del zumbido, ahora gozan de un estatus casi de evangelio.

6

Este es el nuestro:

De la feria solo pudo llevarse la cachetada y los pedazos rotos de su orgullo. Manu emprendió la retirada a casa donde se dispuso a completar el trámite de

selección de sede. Era Manu sentado, con el rostro iluminado por una tenue luz azulada y una computadora frente a él. No había vuelta atrás. Tardó una mala noche y quince horas de viaje para llegar desde la ciudad hasta Valle 100. Si bien Manu había logrado conciliar el sueño un par de veces, estas fueron insuficientes. Dormir y descansar son palabras con diferente alcance. Eso le comentó a Efrén cuando éste fue a recogerlo a la terminal de autobuses. Mucho gusto, soy Manuel. Mucho gusto, Manuel, yo me llamo Efrén, pero me dicen Efre. Se estrecharon las manos. Bien, a mí me dicen Manu.

Subieron a la F—150. A lo mucho pasaron escasos veinte minutos de las dos horas de camino por la sierra que los llevaría hasta la estación de prevención y control de incendios, cuando Manu se quedó dormido.

7

Este muchacho es listo. Esas fueron las palabras de don Miguel. Es un muchacho muy listo.

8

El *Talón* apareció a mitad de la sierra, exactamente a 60km de nuestra estación. Un tubo de tres kilómetros de diámetro, siete de longitud y sesenta grados de inclinación, que llegó a invadir el paisaje y cambiar para siempre, entre tantas cosas, la definición que teníamos de área protegida. Solo para dimensionar y aclarar este asunto, les recuerdo que hablamos de 76,305 hectáreas de sierra a cargo del CIBI y de nosotros.

¿Cuál era nuestra labor? Mantener a raya situaciones que iban desde pequeños grupos de excursionistas que podían desencadenar un incendio, hasta lidiar con grupos criminales pagados para deforestar. Y es que ustedes saben que esa tierra, aún con el *Talón* plantado a medio camino, conserva toda su vida y fertilidad; es la tierra perfecta para ser trabajada. Ese precisamente era el argumento de las empresas limoneras: que si algo se da, entonces hay que aprovecharlo. Es más, si a un jefe de gobierno le quitas un par de reflectores de encima, seguro también dirá lo mismo, que lo correcto consiste en no desaprovechar los regalos que la madre tierra, en toda su infinita sabiduría y enormidad, comparte con todos los seres de la creación.

El problema para todos ellos es que la tierra protegida, incluidas las mieles de la Pachamama, queda fuera de toda posibilidad de comercio...a menos que

se deteriore y, tras el paso de un desafortunado incendio, no quede más remedio que subastarla. ¿Se dan cuenta? Es el espíritu de la política que vaga por todas partes. Les doy un ejemplo:

Antes del *Talón* hubo un gran incendio en el sur, seguro lo recuerdan. Duró nueve días y consumió más de diez millones de hectáreas. ¿Se lo imaginan? Es algo catastrófico, y eso que únicamente les hablo de la flora, porque fueron más de cuatrocientos millones de animales asesinados los que engrosaron el apartado de un informe titulado "Cuantificación y estimación de daños a la fauna". Informe que al poco tiempo sería alcanzado por un fuego que se abrió paso, a saber cómo, por entre escaleras de metal y paredes de hormigón hasta llegar a la última morada de aquellos inocentes: un sobre manila dentro de un archivero propiedad del estado, en una oficina propiedad del estado, en una ciudad a más de tres mil kilómetros de distancia de la zona declarada como desastre. ¿Lo vieron? Ahora sabemos que los "pequeños incendios de oficina", tan comunes en tiempos de auditoría y elecciones, no saben de distancias.

Ahora les pregunto ¿Ustedes creen en la casualidad? Porque yo no. Treinta años de trabajo en la sierra me enseñaron que detrás de toda reforestación comercial, existe un incendio con nombre y apellido. Incluso podríamos pasar horas y horas hablando de cada uno de los casos que inician con fuego y terminan en sembradíos autorizados por el estado. Y en cada una de esas historias uno puede levantar el índice y luego dejarlo caer al tiempo que se pronuncia un nombre.

Pero ahora díganme ¿a quién podemos señalar como responsable de la destrucción que trajo Thalos? Es más, vayamos más lejos: ¿Quién está detrás de Talos? ¿Qué es Thalos?

9

Fue hasta una semana después que nos enteramos de que en el mundo existían otras seis de esas cosas. Una semana completa viviendo entre polvo, ceniza y una nube de humo que parecía no ceder. Cuando al fin se disipó, pudimos ver y sentir el regreso del sol. Tan pálido y nublado, pero sol a fin de cuentas. Al poco tiempo también regresó la señal telefónica y con ella la sensación (que suele preceder a la certeza) de que estábamos vivos y no éramos almas en pena vagando en un valle de ceniza y oscuridad.

La primera llamada que recibimos fue del CIBI. A decir verdad no imaginé

que allí pudiera haber sobrevivientes, y menos si consideramos que la distancia entre sus instalaciones y el epicentro del *Talón* era de poco más de 30 km, a diferencia de nosotros, que estábamos ubicados más lejos y en terreno elevado, en una posición relativamente segura dadas las circunstancias. Y no, nada iba bien. Ellos habían perdido a cinco personas, el radiotransmisor, llevaban dos días sin suministros y encima perdieron también su transporte y una F—150 idéntica a la nuestra. Manu y Efrén se ofrecieron como voluntarios para llevarles agua y comida. Cargaron la camioneta y, antes de irse, les di instrucción de no regresar hasta el día siguiente. Entre tanto, don Miguel y yo usamos ese tiempo para tratar de establecer comunicación con la cabecera municipal, las estaciones de Cuenca 1 y 2, la ciudad o quien sea que nos respondiera primero. Y nada, solo escuchábamos lo mismo: el zumbido de la línea ocupada, otras veces silencio o directamente el mensaje de intentarlo más tarde.

Recuerdo que en un momento de silencio (tal vez movido por la irritación de sabernos incomunicados, el azar o simplemente con el afán de desafiar al silencio) don Miguel repitió eso que le había escuchado decir la tarde que Manu se integró a nuestro equipo: es un muchacho listo. Y tenía razón, salvo que ahora se podía añadir a su casi mantra, la valentía que Manu mostró durante los cincos días de incendio. Se había convertido en un veterinario bombero.

10

Perdí la cuenta de las veces que intentamos establecer comunicación. No tuvimos respuesta. Frustrados, decidimos que lo mejor era dejar descansar las líneas telefónicas y darnos a nosotros mismos un poco de calma. Con las manos puestas sobre las sienes, supusimos que el cansancio y la desesperación debían ser lo mismo en cualquier lugar, una cuestión general.

11

Silencio. Estábamos ahí parados, casi como ausentes. Me acerqué a la ventana y por primera vez pude contemplar la imagen del *Talón*. Don Miguel se acercó hasta quedar justo a mi lado. El silencio se nos hizo presente, o más bien parece que lo habíamos invocado. Era un silencio duro, como si hubiera nacido en algún lugar donde la ausencia de sonido es otra cosa que nada tiene que ver con las palabras, como si fuera un vacío. Así lo puedo describir: como un silencio vacío e insólito que carece de la autodestrucción que precede al fonema: un fin y no un medio.

12

Yo seguía plantado frente a la ventana. No había nadie afuera y empezaba a llover. Por un instante me quedé sin hacer otra cosa más que mirar esa lluvia ligera que encajaba a la perfección en el paisaje gris, lleno de barro cenizo y embadurnado con una mezcla triste de lodo y restos de árboles quemados. Y todo eso lograba armonizar. Absolutamente todo. Y hubiese sido perfecto de no ser por el *Talón*.

Respiré hondo antes de preguntarle a don Miguel si de verdad creía que aquello lo habían hecho los gringos. Me dijo mira, si te soy honesto...no lo sé, pero eso sí, a mi me inquieta más que no haya ni un solo helicóptero dando vueltas alrededor de esa cosa. Yo entendí al instante, ya que tampoco había visto a nadie de la guardia nacional, o a una de las camionetas que suelen patrullar la zona. Quise suponer que su ausencia se relacionaba con la posibilidad de una hipotética ofensiva. Pero aún así resultaba absurdo ¿En verdad podíamos estar en guerra?

13

La lluvia se había intensificado y la noche estaba por caer. Encendí una vela, la coloqué sobre el alféizar de la ventana y desde ahí seguí con la mirada gran parte del camino que lleva, por un lado, al CIBI y por el otro a la ciudad. De tanto en tanto se escuchaba un rayo. Ahora pienso en esa noche y parece como si todo hubiera sido una película de terror.

14

Los escalofríos. Es imposible olvidar lo que sentí cuando don Miguel dijo que quizá los gringos ya habían tomado la ciudad. De hecho, fue a raíz de esa idea que comenzamos a plantearnos hipótesis y escenarios *hollywoodescos* donde al final tampoco logramos explicarnos la naturaleza del *Talón*.

Pudimos haber seguido así toda la noche y, sin exagerar, incluso toda la vida. Crear castillos de arena para luego mudarse a vivir en ellos. Pero el ruido del teléfono nos trajo de vuelta a la realidad. Quise contestar, pero don Miguel estaba más cerca del teléfono y fue él quien recibió la peor llamada de su vida. Yo lo vi todo. Sus facciones eran primero de alegría, luego de algo parecido al enojo y finalmente se entregaron a la perplejidad.

Me dijo “toma asiento” y soltó la noticia como si, en acto de regresión, estuviera leyendo un telegrama:

No es gringa ni es una/Son seis/Aparecieron al mismo tiempo/Tres en ciudades/Destrucción total/Una en europa/Otra china /Una gringa/Todas las bolsas de valores colapsaron/Saqueos por todas partes/Suicidios masivos/ Reunión de emergencia en la ONU/Permanecer en nuestra estación/ Zona de exclusión/

Parte dos

1

Existen hábitos nocturnos de todo tipo. El mío es uno de los solitarios: la lectura. Al respecto, puedo decir que lo adquirí, de hecho, estando en la estación; claro, al comienzo procuré hacerlo de manera lenta y gradual, como todo lector, hasta que a los pocos meses fui capaz de leer los cuentos completos del ruso Chéjov. Y no solo eso, también algunas novelas de Dostoievski, Tolstoi, Lem y los hermanos Strugatsky. Pasados los años me adentré también en el terreno de nuestra literatura: Borges, Llosa, Rulfo, Bolaño, Mistral, Sarduy, Enríquez, Márquez, Onetti, Ribeyro, Asturias, Carpentier.

En fin. Por desgracia, la biblioteca de la estación también era parte, como todo, de este repertorio infinito de objetos incapaces de escapar de la ley universal de la finitud.

Fue en una de aquellas noches de libros cuando conocí a Manu. Ambos, Efrén y él, llegaron cuando recién finalizaba una re lectura del Aleph de Borges. Hasta ese momento no me había percatado de su presencia —seguro habrán notado que me distraigo con bastante facilidad— hasta que llamaron a la puerta. De esta pequeña anécdota me gustaría tener algo más que decir, pero más allá de una presentación bastante simple, una foto grupal de bienvenida, un cordial “buenas noches, mi nombre es tal” nada ocurrió. El muchacho se fue a dormir. Así de sencillo. Le mostramos su habitación y simplemente se echó sobre la cama y no se despertó sino hasta el día siguiente.

Efrén tampoco tuvo algo que decir, si acaso sus primeras impresiones. Pero bueno, le dije, ¿gustas un café? Sí, suena bien para el frío. Y nada, a dormir.

2

Aquella noche tuve un sueño que aún hoy me cuesta comprender. Era uno donde aparecía dentro de una especie de réplica exacta de la sierra, específicamente en la ribera del riachuelo que cruza por la parte sur del sector 1a. Frente a mí, a unos veinte o treinta pasos de distancia, se hallaba otro yo. Ignoro cómo pude saberlo, me refiero a que él estaba de espaldas; pero estoy seguro de que me había bastado con solo verlo ir y venir, mientras se balanceaba como interpretando el papel de sonámbulo, para convencerme: era yo. Preferí mantener la distancia y seguir observando.

Entonces me pregunté si acaso ese otro yo era capaz de soñar. Quise pensar que no, porque de ser así, despertar y morir serían la misma cosa. Y, en caso de no ser yo el que estaba parado frente a mí en el riachuelo, tendría que soportar vivir en un mundo donde la posibilidad de encontrarme conmigo sería repulsivamente mayor a cero. En el mejor de los casos, y seguro por cosa de magia, conservaría una figura: la de un bombero de la estación Valle 100 que tiene la misión de adiestrar al nuevo pasante de servicio social mientras sufre de insomnio en un mundo lleno de sueños materializándose en la realidad.

Todo eso fue demasiado para mí, y fue precisamente por eso que opté por una mejor idea: acercarme a él, tocar su hombro y preguntarle de una vez cuál de los dos era quién. Entonces, y como en todo sueño, de repente me vi transportado hasta quedar frente a frente con él. Silencio. Fijé mis ojos en los suyos, como queriendo encontrar no sé qué cosa, pero al intentar sondear en su negrura, lo único que pude hallar y sentir fue odio.

¡Responde!, le grité mientras le sacudía los hombros. ¡Que respondas! Pero en la distancia entre sus ojos y los míos solo se acrecentaba la indiferencia y el silencio. Era imposible soportarlo, así que decidí dar un paso más, abandonar las palabras y pasar a la acción. Sin embargo, justo en el momento cuando le iba a dar un puñetazo, lo vi levantar los brazos. De un movimiento, me tomó de los hombros. Comenzamos a forcejear. La violencia era la misma de los que saben que solo uno de los dos tiene el derecho a ser único e irrepetible. El peso de mis nudillos cayendo sobre su pómulo. Salvajismo multiplicador. Golpe tras golpe tras golpe en bucle. Uno más y entonces sería definitivo.

Detrás de nosotros, a unos veinte o treinta pasos de distancia, un tercer yo nos preguntó quién era quién.

3

Manu descansaba los fines de semana. Le asignamos esos días para que se pusiera al corriente con los reportes que no pudiera hacer entre semana. Nada del otro mundo; era parte de su servicio con nosotros. Claro, lo ideal es que trabajo y reporte se hagan un mismo día, pero también comprendíamos que Manu jamás había recibido entrenamiento físico en su vida, y mucho menos al nivel de exigencia que tiene un cuerpo de bomberos. Por eso, a nadie le extrañaba que a veces, cuando llegábamos a nuestro punto objetivo en la cima de algún monte grande, Manu decía eso de "yo soy veterinario". Por lo regular vomitaba antes de terminar la sentencia. Otras veces se preguntaba en voz alta qué iba a hacer él en un incendio. Y tenía razón. No sólo en eso, sino también en sus quejas sobre la falta de personal. ¿Tres bomberos para las cincuenta mil hectáreas de la zona a1? Así es la vida, le solía decir Efrén.

Nadie se lo dijo, pero supongo que él sabía lo que pensábamos al respecto: Muchacho, nadie te obligó a venir.

4

Ocurrió un sábado de insomnio antes del amanecer. Preparaba café cuando escuché un rumor de motores. Al acercarme a la ventana, pude ver que dos camionetas subían por el camino norte. Faros de halógeno. Polvo. Marcha lenta. Hacía algún tiempo que no las veía por la sierra. "Son dos", me dije. Supuse que serían nueve hombres: cuatro en la primera y cinco más en la segunda. Los nueve llegarían, a lo mucho, en quince minutos; tiempo suficiente para despertar a los muchachos y prevenirlos.

Efrén conocía la rutina. Guardaba silencio mientras que Manu lucía nervioso. Seguro había escuchado rumores, quizá del mismo Efrén o de don Miguel. "Tranquilo, muchacho. Solo guarda silencio y escucha."

Miré de nuevo por la ventana. Oscuridad. Habían llegado a la curva que está detrás del peñasco. Calculé que faltarían cinco minutos. Me acerqué de nuevo a la cocina para servirme otro café y, mientras lo tomaba, escuchaba con atención la historia que Efrén le contaba a Manu. Era violenta, con hombres que llegan en camionetas, de madrugada y con un desenlace que a Manu le provocó inquietud en las piernas.

Ya era hora, habían pasado los cinco minutos. Manu fue el primero en

levantarse cuando las luces de las camionetas entraron por la ventana. El ruido de los motores de ocho cilindros se apagó y, casi al instante, recibí una llamada. Efrén me miraba, lucía tranquilo. Manu había dejado de temblar. Las visitas breves suceden así: el hombre principal habla del clima y, si acaso, del gobierno. Y estamos todos de acuerdo. Luego habla de lo bien que marcha el trabajo y de lo tranquilo que se vive en la sierra y de como lo mejor de esto es la comida. También nos recuerda que en la ciudad no existe carne como la nuestra, que allá todo es procesado. Y estamos todos de acuerdo. Hace una pausa y por fin toma asiento. Me acerco a la mesa y extiendo el mapa de nuestra zona, la a1. Con certeza, el hombre principal señala un punto y luego otro más. Ha trazado un plan sobre la tierra más fértil. Al levantarse también se despide: "Hasta la próxima, muchachos."

Otras veces ocurren pequeños actos insólitos. Como el de Efrén, cuando al entregar el arma que uno de los hombres le había prestado para entretenerse, derramó su café. O el de Manu, que en toda la escena sólo dijo "buenas noches", y encima no se percató del error sino hasta el mediodía, cuando interrumpimos su labor de escribano de reportes, para decirle que al anochecer aprendería algo nuevo: provocar un incendio.

5

Cuando llegamos al punto uno, Manu se acercó a mí con el bidón lleno de combustible que yo le había dado. Me lanzó una pregunta sobre la fauna. No sé, le dije, nosotros somos de incendios. Son de incendios, repitió.

Después lo vi tragar saliva y arrugar la frente. Hizo otra pregunta y yo le di otra respuesta: tú no quieres saber por qué necesitamos un veterinario; la verdadera pregunta aquí, la que no te atreves a hacer, es por qué viniste. Eso no te lo puedo responder.

Terminamos con el trabajo de ambos puntos un par de horas antes del amanecer. Muy bien, muchacho, este reporte lo hago yo.

6

Me falta la certeza sobre cómo se dieron los hechos. De lo ocurrido antes, durante y después de lo del CIBI, sólo Efrén puede dar testimonio. Es la versión suya la que tengo memorizada y la que tantas veces he contado. Sucedió así: Efrén y Manu tomaron el camino que rodea el arroyo. Entre barro, lluvia y

oscuridad, se abrieron paso hasta llegar a la cuenca y, mapa en mano, se dieron cuenta de que debían buscar un nuevo camino. Vadearon arroyos, se atascaron y lograron salir al enganchar la camioneta a un árbol.

Sintieron que se acercaban demasiado al casi triángulo formado por la longitud del *Talón*, el suelo y un cateto imaginario. Decidieron ignorar la geometría como se ignora lo que no se comprende y, en cambio, hablaron de lo que se habla cuando callar es lo que duele.

Efrén le preguntó a Manu qué hacía con nosotros, y Manu le respondió que apagar incendios es lo que hacía. Rieron sin saber si la razón detrás era de fortuna o desgracia. Da igual. Siguieron la ruta improvisada hasta llegar a escasos cientos de metros del *Talón*. Bajaron de la camioneta, se llevaron las manos a la cabeza y se dijeron uno al otro que era necesario entrar a la zona, justo debajo de aquella estructura, si querían llegar al CIBI.

Subieron de nuevo a la camioneta y se adentraron. El camino era liso. Una vez dentro, miraron hacia arriba y sintieron que aquella hipotenusa era como un techo a punto de caer sobre ellos. Agudizaron la vista y, a través de la doble oscuridad (una de la noche y la otra recién nacida), distinguieron hierba, matorrales y copas de árboles. Sintieron vértigo y vomitaron a través de las ventanas para no ensuciar el interior de la camioneta. Se sometieron a la negrura del nuevo techo y la falta de estrellas sobre sus cabezas. Faltaba poco menos de un kilómetro. Ya se alcanzaba a distinguir la silueta oscura del centro de biología. Orientaron los faros de halógeno hacia el espectro de hormigón y vieron que, donde antes se alzó uno de los dos edificios del centro de investigación de la universidad, había escombros sobre fierros retorcidos de una camioneta aplastada. Un poco más lejos, como escondidos, cinco montones de tierra paralelos, con cruces de madera clavadas a la altura del corazón. No había flores.

Bajaron de la camioneta. El aire frío y húmedo les hizo llevarse las manos primero a la boca y luego a los bolsillos. Ninguno estaba preparado para recibir un clima de navidad en noviembre.

7

Eran dos los que fueron corriendo a su encuentro. Abrazaron a Manu y a Efrén. Parecían no extrañar los sonidos de otros humanos (como si toda la humanidad pudiera caber en el susurro del llanto o en la carcajada) y tampoco echaban de menos las palabras; lo que sí extrañaban era el cálido tacto de otras

manos que no fueran las propias. Estaban vivos de verdad, había más gente, y por eso lloraban.

8

De esto tampoco tengo la menor idea. No sé quién atendió mi llamada, ni por qué o cómo pudo esa persona convertirse en el anónimo que cambiaría el rumbo de la historia de Valle 100, e incluso de nuestro *Talón*. Lo que sí sé es que se trataba del tercer sobreviviente, que había preferido quedarse dentro a esperar y no salir como hicieron sus dos compañeros. Nada más. No hubo intercambio de abrazos ni presentaciones entre Manu, Efrén y él.

9

Hasta el día de hoy trato de reconstruir aquello. Tal vez se debe a una extraña sensación de arrepentimiento y culpa que me invade de vez en cuando. No sé. Pero en esos casos no me canso de repetirme la idea de que tal vez, si yo no hubiese hecho esa llamada, quizá la historia sería completamente diferente. Luego imagino escenarios, exploro el alcance de cada uno de ellos, retrocedo en busca de cuál pudo ser el detonante; me voy hacia atrás en lapsos de horas, días e incluso años. Y al final me digo que la única forma de que aquello no hubiese sucedido es que el mundo hubiese sido otro, uno donde el silencio y la oscuridad jamás hubiesen llegado como lo hicieron hace veinte años.

Tampoco hablo de la oscuridad y el silencio comunes, sino de los que trajo consigo el *Talón*, y que orillaron a un trabajador del centro del CIBI a empuñar un rifle, llenarlo de cartuchos de anestesia, y disparar contra sus últimos dos compañeros antes de emprender la persecución. Quiero pensar, como en el caso de mis sueños, que siempre han de existir otras razones. Por ejemplo, que el detonante fue una combinación de frío, soledad y oscuridad, que se acrecentaron con el duelo y la incertidumbre de no saber por qué tenían ese techo sobre ellos.

Cuando Efrén me lo contó, a mí se me terminó de desmoronar el poco mundo que aún me quedaba. Él ignoraba que aquel personaje había recibido una llamada mía donde le comunicaba lo mismo que a don Miguel y a mí nos había dicho la gente de la ciudad.

10

Geólogos de todo el planeta determinaron que cada uno de los Thalos tiene un volumen de cuarenta y nueve kilómetros cúbicos. Una cifra que representa el 0.000046% del volumen total de nuestro planeta. Si bien nos parece algo muy pequeño, aún no se logra explicar de dónde proviene esa materia.

Más rara e inexplicable es su composición. Rara porque es común: cada uno de los Thalos se compone del tipo de sustrato más abundante a su alrededor. De esta manera, el Thalos uno se compone de hielo; el Thalos dos, de rocas metamórficas y sedimentarias (esquisto, genial, arenisca); el Thalos tres, de agua salada; el Thalos cuatro, de arenisca, esquisto, caliza y una capa superficial de suelo forestal, materiales orgánicos y restos de vegetación; el Thalos cinco comparte composición con el Thalos dos; mientras que el Thalos seis se compone mayormente de suelo arena, piedra, arcilla, limo y alta salinidad.

Inexplicable por añadidura.

11

Hasta hace un par de años, don Miguel solía decir que investigar eso era algo inútil, que era similar a preguntarse cómo sería nuestro rostro si fuéramos otra persona, o a querer buscar una sombra usando una linterna. Aunque lo cierto es que, de hecho, a él le gustaba hablar de sombras. Recuerdo que, una vez suspendido el estado de zona de excepción, don Miguel se obsesionó (en el sentido coloquial de la palabra) con hacer cálculos y determinar la longitud de la sombra proyectada por el *Talón*. Aprovechaba que gran parte de la sierra tenía ahora un estatus de protección mucho más estricto. Entonces subía a la camioneta y viajaba horas siguiendo la sombra. A veces decía que eran cuatro kilómetros, a veces cuatrocientos. A eso dedicó sus últimos años.

Nunca llegó a una conclusión, y me parece que gran parte (si no es que todo) se debe al apego que tuvo con la sierra. Después de todo, él había nacido ahí, lo mismo que su padre y el padre de su padre. Y muchos años después, al igual que sus antepasados, moriría también en esa tierra. Yo mismo le di sepultura. Esa fue su última voluntad, que llevara su cuerpo a las afueras de la cueva de *Talón*, cerca de Manu.

12

Si subí al *Talón* fue por dos razones: cumplir la promesa que le hice a Efrén y llevar hasta la cima la imagen del recién beatificado santo de la cueva de Valle.

Aún no lo sé ¿Se puede prometer el olvido? Porque eso fue lo que me pidió Efrén: que subiera a lo más alto para olvidar la confesión que Manu nos había hecho la noche después de los incendios del hombre principal.

Era el cumpleaños de Efrén y decidimos festejarlo con carne asada y vino fuerte. Llevamos el asador, la mesa y las sillas a la parte trasera de la estación. Hablamos de una y mil cosas, reímos, cantamos, jugamos a las cartas y le hicimos bromas a Manu. Al principio pareció molestarle, pero al poco tiempo ya se había aclimatado al ambiente e incluso nos jugó bromas a don Miguel y a mí. Luego cayó la noche. Encendimos una fogata y nos sentamos alrededor. El vino corría de mano en mano. No sé quién fue el que lo hizo, pudo haber sido cualquiera, pero ese alguien le preguntó a Manu por qué había elegido nuestra estación, y más teniendo tan buen promedio. Le dijimos que ninguno comprendía cómo fue que pudo atreverse a desperdiciarlo en una plaza improvisada como la de veterinario—bombero, una plaza que el gobierno se había inventado para que los medios hablaran menos de los animales muertos en los incendios.

Pensé que lo tomaría a mal, pero no fue así. Se acomodó en su silla y, mirando al fuego, empezó a contar la historia de su diario, la de la amiga de la amiga de su novia, el registro al servicio, la feria y los promedios. Ahí fue donde intervine. Le dije que todo estaba bien, pero que le faltaba mencionar la verdadera razón. A ver, Manu ¿estás diciendo que cediste tu lugar para que la amiga de la amiga se pudiera quedar en la ciudad? ¿Así nada más?

Esa era la cuestión y había dado en el clavo, lo supe porque a Manu le cambió la expresión tan rápido, que incluso llegué a pensar que me había sobrepasado. Quisiera poder decir que ya olvidé lo que dijo después, decir que cada una de esas palabras descansan en la cima del Talón, pero no es así.

Resulta que la amiga de la amiga de la exnovia, era más que amiga para él. Solían salir juntos, beber y dejar vacío el minibar; pasar la noche y procurar borrar las huellas. Intentaron alejarse cuando él comenzó a salir con Mons.

Lo lograron por un tiempo. Todo iba bien hasta el día cuando ella llegó llorando a la puerta de ellos. Él y Mons la escucharon, luego fueron a comer y después al bar. A Mons se le cayó la cerveza y cuando fue al baño para lavarse la cara, cuando él y ella estuvieron solos, le dijo que estaba embarazada. Que no se podía ir de la ciudad. Él no supo qué decir a pesar de sentir cierta felicidad culpable. Estaba enamorado de Mons, eso era verdad. Jamás la engañó, porque la concepción se había dado antes de que su relación iniciara. Pero algo dentro de Manu le dolía: no quería engañarla.

Pensó decirle todo mientras iban de regreso a casa. Bajaría el volumen de la música, disminuiría la velocidad del auto y seguramente pararía en una gasolinera. Pero no pudo. Ella cantaba una canción que a los dos los hacía felices. Por eso no pudo. Porque durante los altos ella se prendía de su cuello y lo besaba en la nariz antes de cantar otra vez. Por eso no pudo. Porque ambos tendrían que pagar en retroactivo. Y entre pelea, gritos y llanto, dejarían de ser pareja, serían nada. Por eso no pudo. Por eso se limitó a decir que una de sus pasiones ocultas era la de ser bombero (y la de no saber mentir)

13

Le pregunté qué pensaba acerca del embarazo. Entonces se rió de nuevo. Hace apenas unos días habían hablado por teléfono. El embarazo marchaba bien. Incluso estaba pensando en el nombre. Él le dijo que, si era niña, se llamaría como ella; y, si era niño, como él. Recuerdo que le propuse regresar a la ciudad. No hacía falta en el centro. Solo tendría que echar a andar la imaginación y escribir los reportes diarios, ordenarlos y enviarlos por correo a la cabecera del municipio. No había problema si quería volver a la ciudad. Pero él se negó. Si Manu era malo para mentir, era aún peor como escapista.

14

Efrén tomó la última foto de Manu en Vida. Fue al amanecer después de esa fiesta.

A las pocas horas sentimos el terremoto. Fue en ese momento cuando recibimos la última señal de radio del CIBI, y fue Manu quien respondió. El ruido y las llamas crecientes le impedían escuchar con claridad. Solo pudo distinguir algo que sonaba parecido a tamo, talo, o tal vez era talón. Sí, eso era: "¡Dicen algo de un talón!".

15

Ni siquiera lograron entrar. Ambos, Manu y Efrén, los vieron caer de frente. Era definitivo: el CIBI había perdido siete de sus ocho miembros a manos de un hombre que necesitaba más. No podemos saber la razón, quizá ni siquiera exista más allá del terreno de la conjetura. Y ellos tampoco buscaban comprenderlo. Los hechos rebasaban, nuevamente, la velocidad del pensamiento.

16

Corrieron hacia la maleza. Efrén buscaba alcanzar ese ángulo sombrío que podría salvarlos. Manu pensaba más en su vida como padre. En cada pisada, él evocaba una imagen en su cabeza: el autobús de vuelta a la ciudad, las calles conocidas, los rostros con los que había soñado en sus días como bombero—veterinario en Valle 100: Padres, amigos, Mons, ella, el embarazo, la cuna y los juguetes.

Ella guiaba sus pasos cuando sintió en un brazo la fría anestesia del dardo que lo había alcanzado. El grito de Manu resonó en un eco casi metálico que ocultaba su origen. Efrén se detuvo y fue corriendo hacia él. Ambos agacharon la cabeza sin aminorar la velocidad. El hombre los seguía en silencio, delatado sólo por el ruido al cortar el rifle y el silbido del disparo. Había fallado el segundo tiro. La sombra alrededor se hacía cada vez más oscura y el frío cortaba. Notaron que en aquella zona la hierba era más alta. La humedad mojaba sus botas y se filtraba hasta los dedos de sus pies. Escucharon al viento soplar más fuerte a medida que alcanzaban el vértice del talón. Respiraban aire seco en un ambiente húmedo.

Escucharon un nuevo silbido que parecía venir de todas partes. Estaban perdidos en un bucle de correr y agacharse hasta que alzaron la mirada y vieron la triple oscuridad: de la noche, del *Talón* y de una cueva. Apretaron, a como pudieron, el paso. Primero fueron cien, luego cincuenta, treinta y veinte metros. Manu ya cojeaba y parecía desvanecerse a cada nueva pisada. Efrén procuraba hablar con él mientras lo llevaba a rastras; le decía que no se durmiera, que ya faltaba poco. Pero Manu apenas y podía abrir la boca para jalar cualquier sorbo de aire. Cuando al fin llegaron, Efrén notó que del fondo de la cueva, emanaba una tenue luz. Se lo dijo a Manu, pero él se hallaba como ausente.

El ruido de la respiración forzada de Manu inundaba la cueva. Le siguieron las palabras desesperadas de Efrén: un montón de negaciones a modo de rezo con tal de ahuyentar a la muerte. Era su propio sufrimiento que hablaba la voz de todos los sufrimientos. Una voz tan alta, que no pudo notar la presencia del hombre que observaba el martirio de Manu.

Efrén lo describe con devota precisión:

El hombre reía y lloraba. Aquello no era felicidad ni amargura. Eran carcajadas vacías, mezcladas con lágrimas que brotaban de unos ojos llenos de todo el universo. Junto a cada lágrima, vi resbalar el reflejo de la llama azul, la misma que ardía, y aún lo hace, detrás de la muerte de Manu. Al verlo no tuve miedo. Tampoco lo tuve cuando se llevó el rifle a la boca y disparó. ¿Cómo tenerlo si para entonces había sido desterrado todo el sufrimiento del mundo? Incluso en su muerte, el hombre se mantuvo tranquilo y apacible mientras se ahogaba con un dardo clavado en la garganta.

17

Llevaba conmigo un nicho de madera, un cristo y el santo de la mayordomía, nada más.

Descansa en paz, Manu.

Epílogo

El evangelio según Efrén

Y mirando a su alrededor, Manu intentó dialogar con el demonio, mas este, en posesión de relámpago nacido de los infiernos, descargó su blasfemia sobre sus propios compañeros. Bástale un breve instante a Manu para salir en búsqueda de la sagrada cueva de la piedra angular. Se adentró entonces en la maleza chamuscada, en dirección al *Talón*. Herido de muerte, Manu llegó a la sagrada cueva donde fue bendecido con la eterna llama azul. El demonio, incapaz de ignorar la infinita bondad, y sintiéndose indigno de ella, dirigió la blasfemia contra sí mismo y cometió el mayor de los pecados.

Recuento

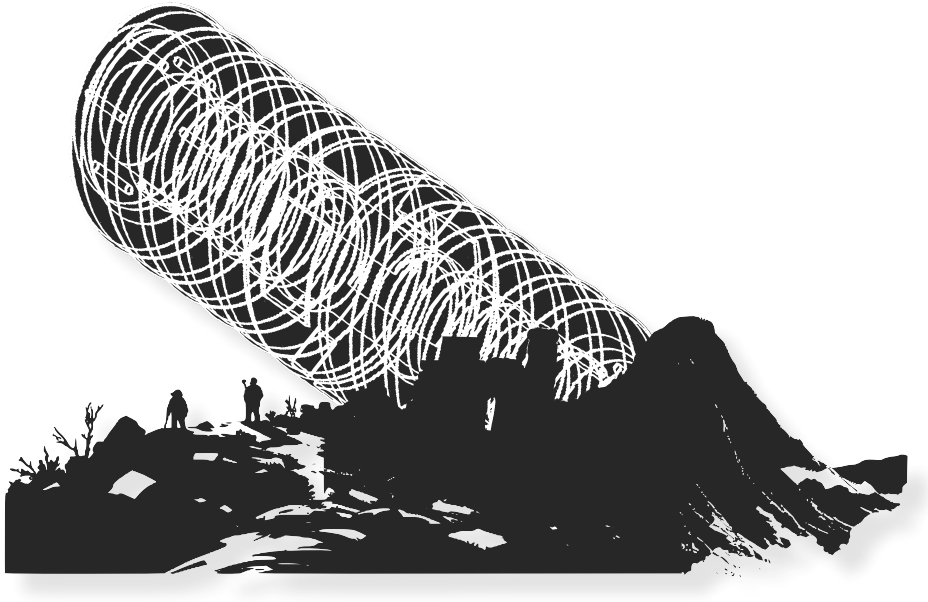
Efrén tomó la primera y última fotografía de Manu asesinado. Imagen que es también la primera del Manu Santo junto al milagro de la eterna llama azul.

Algunos aseguran que el fuego azul no es más que una liberación de dióxido de azufre que arde. Algo similar a un pozo petrolero cuando se incendia. Respecto al techo, dicen que se trata de yooperlitas, y no de las piedras de la primera iglesia fundada por San Pedro. A mí me gusta pensar que es así. Que tienen razón. Porque de esta manera, la única verdad es que Manu murió huyendo de la nada y que, paradójicamente, fue en la muerte donde pudo hallar un pedazo de tierra firme en este mundo nuevo.

Claro, aún hoy existen grupos cada día más numerosos que, a pesar de la certeza restaurada (porque de cada Thalos se sabe lo mismo: solo están), aceptan y difunden una interpretación de ellos: el universo carece de sentido y dirección y, en caso de tenerlo, la nada sería origen y final.

Efrén y Don Miguel también aceptaron esa explicación, pero aún así se encargaron (¿nos encargamos?) de mostrarle al mundo que los Thalos no son estériles del todo y que, a pesar de su aparente inutilidad, el *Talón* cuatro (el *Talón de aquí*) nos mostró su función:

Quitarnos muchas cosas, para regresarnos sólo una: la verdad.



Operación guillotina

POR L.R. MOYA

Otra historia de maquinas del tiempo. Año 3445.

Mi nombre es Radlovsky-0982, Rad está bien, es más corto, una sola sílaba, perfecta para traducirlo en todos los lenguajes de mi interlocutor universal. He pasado las últimas semanas en esta asquerosa cueva intentando arreglar mi traductor fonético hasta que al fin lo he conseguido.

Estoy en el año Cero, pero no del calendario gregoriano. Gregorio nunca existió en esta realidad y Constantino nunca se convirtió al cristianismo; es simplemente el año cero porque, según mis cálculos, ya las primeras sociedades deben estar floreciendo. Vengo de muy lejos para recoger el fruto del trabajo de una vida: ver el mundo expurgado del mal.

Vengo escabulléndome en las sociedades humanas, yendo a su centro para modificarlas a veces de manera abrupta, y otras de manera pacífica. He estado entre egipcios y sumerios, he burlado la guardia imperial china y he conocido a Viasa, a Nina Simone y a Beethoven. Pero este no fue siempre mi propósito, nunca pensé en sumergirme tan adentro en las extrañas y borrosas líneas de la historia. Cuando se me entregó la Sonda del tiempo fue con un único objetivo: matar a Venecio Ahumada.

Aquellos conocidos como La Agencia me asignaron el asesinato del dictador en el año 2450. Orinar su tumba no bastaba, habría que extinguirlo de raíz como a la maleza. Seamos claros, mi objetivo ya estaba muerto, pero eso poco importaba a los efectos de la operación: lo verdaderamente importante es que Venecio empezó siendo un soldado del regimiento de la Confederación Aurialis a quien sus superiores describieron como “muy terco y demasiado soñador. Sin posibilidad de ascenso”.

Ciertamente Venecio avanzó muy por debajo del promedio esperado durante los primeros años, pero eso le sirvió para conocer diversos destacamentos y personas que más tarde serían sus aliados. Así se convirtió, según el lento devenir de los años, en un capitán un poco rígido, en un comandante simpático, en un poderoso general a quien se le seguía acusando de ser demasiado benevolente, y luego, sin que nadie pudiera pararlo, en el nuevo emperador del mundo una vez derrotara a la Europa Unificada y las Catorce Ciudades Estado de Asia. Ese fue su último ascenso, después de él, no había nada.

Los detalles de la guerra de los once años están de más, solo me viene a la mente el repaso de lo que me dijeron mis profesores: el glorioso general fue aplastando uno a uno a sus rivales haciéndolos capitular. Cuando pienso en la guerra de los once años solo puedo pensar en las pizarras, el acrílico, el olor a pan mohoso de la lonchera de Franklin Wong que tenía la bisagra medio rota y todo el salón se inundaba de un aroma ácido.

El régimen dejó una mortandad de tres mil millones de muertos en las guerras que impulsó, el hambre al que sometió los países que embargaba y su propio pueblo desprotegido de aquel inclemente invierno nuclear del año 39. Siendo muy joven me di cuenta de que yo odiaba a Venecio, casi tanto como odiaba a Franklin Wong y su estúpida lonchera. Pero pasó el quinto grado y mi repulsión a Wong bajó cuando fuimos creciendo. Después de todo, no podía hacer nada, su familia, la mía, la de todos a la redonda, éramos solo una pequeña colonia empobrecida en el crisol moribundo de un gobierno empecinado por el más atroz de los sueños: tenerlo todo, ser todo.

Wong y yo nos hicimos amigos, fue en su casa donde vimos la primera muerte de Venecio por un anuncio en la pupila. Fue el día más feliz de nuestras vidas, más poco tardamos en darnos cuenta, a las semanas, a los meses, en el curso de los años, de que realmente nadie cambiaría demasiado.

La causa de nuestra miseria dormía en la tierra con un lecho de seis mil flores alteradas genéticamente para cantar las proezas del tirano, pero las consecuencias seguían exactamente igual. La misma colonia empobrecida, el poco empleo, los fantasmas de todos los pocos que se opusieron ahora vueltos murales, solo nos quedaba el martirio del santo sin limosna.

Ya en ese momento (2450) el régimen había terminado de colapsar, solo la personalidad del antiguo autócrata pudo sostenerla. Dejamos de ver la publicidad, vimos la quema del libro mental "La Ideología del Mañana" y los estandartes del cóndor bicéfalo fueron derribados. Ya casi nadie lo defendía, y los que lo sí eran vituperados por los otros, pero eran casos muy puntuales. La supuesta mayoría nunca había existido, todo era terror, todo miedo, todos prefirieron callarse cuando el tirano ostentaba el poder de la Confederación. Siempre fuimos más y nunca hicimos nada.

Miraba por la ventana la gran fábrica de semiconductores, entre los barrotes mi antiguo sitio de trabajo, entonces me preguntaba, ¿en qué momento exacto nos condenamos de esta manera, cuál preciso minuto, cuál preciso segundo? Otros se hacían también la misma pregunta, pero parecían saber la respuesta.

La omnipotente Agencia realizó complicados cálculos con la ecuación Herrera-Swajer para medir la variación temporal en nodos interrumpibles para determinar lo que ellos llamaban el "punto cero" en los informes, pero que en la oficina todos sin excepción lo referían como "Cuello de Corte". Ambas cosas vendrían significando lo mismo, la medición del instante exacto en el que podría evitarse la guerra de los Once Años (B) sin alterar el nacimiento o el progreso de la máquina del tiempo o de alguno de sus creadores (A).

Si usaba la sonda para crear un mundo donde la sonda no existiese quedaría atrapado en un bucle. Si eliminaba A imposibilitaba B, ¿moriría? ¿Me repetiría infinitamente? ¿Viajaría incesantemente de A hacía B? Quién sabe. La Agencia estrenaría su máquina dándole un futuro al mundo, pero sin afectar a las personas que trabajaban para ella. Era un buen plan, y ellos pensaron en mí, no por mi honorabilidad, sino por mi descrédito.

Yo era un exconvicto en ese entonces, había cumplido siete años en la prisión flotante cuando el Comité del Perdón dio indulto a todos aquellos involucrados en crímenes en contra del pretérito régimen. Entré en ese lote y salí libre.

Pensé que era una especie de error administrativo, que la suerte se me inclinaba por primera vez en la vida, pero La Agencia lo había preparado todo: necesitaban a su conejillo de Indias.

Cuando me entrevistaron pensé que su interés en mí me hacía especial, en ese entonces solo dijeron que la operación guillotina consistía en cometer un homicidio. Antes de decir que no, me contaron sobre mi objetivo, sobre la Sonda, el modo en que yo sería un "héroe", el creador de un mundo de bondad con menos muerte, sin esa asquerosa guerra, y que solo debía matar a un hombre que, tal y como ellos lo veían, ya estaba muerto. Entonces, solo entonces, después de escuchar su plan delicadamente trazado, dije con toda convicción que no. Pensé, iluso, que podía negarme.

Ellos conocían gente, personas que conocen otras personas. Tan pronto el régimen cayó se posicionaron rápido en los puestos de poder, oficinas gubernamentales, consejerías, policías, comités y miembros desde la Patagonia hasta Fuerte Esperanza. Esa era La Agencia. ¿Y yo quién era? Un perfecto nadie. Un paso en falso y de vuelta a la prisión flotante por diez, quince, cuarenta o cuantos años faltasen para que un día un guardián tuviera que sacarme de mi habitación sin pulso y llamara a emergencias para decir que el "0982" había petado, el tercer o cuarto muerto de la semana, una planilla, un formulario, y el horario sigue. Quizás un funeral sobrio, velarme en la capilla donde solo asistían los empleados del aseo, verían la foto sobre un ataúd y dirían "es ese el raro tipo de la historia de la máquina del tiempo, dice que no quiso matar aquel hombre que tanto despreciamos". ¿Quién podría creer un disparate como ese?

Tuve que aceptar. Tuve que consolarme. Era vivir encerrado para un día morir, o posiblemente morir sin ser totalmente libre. Recibí las instrucciones durante un mes, todo lo que ejecutaría, cada uno de mis movimientos. Ir, matar a Venecio en la hora señalada, y luego, volver a mi tiempo. Disfrutar un mundo mejor. Eso fue lo que ellos me dijeron, yo fingí creerles. Pude confirmarlos en sus caras cuando las puertas se cerraron, yo solo era una pieza de sacrificio, un sujeto de pruebas. Y en sus ojos, ningún remordimiento. Sí, esa era La Agencia.

Asesinato y suicidio

Año 2419

El asesinato fue planteado como la cosa más fácil del mundo, veinte años en el futuro la vida del emperador habría sido sobre la faz de la tierra la vida más difícil de quitar: rodeado a todas horas de guardias, vigilado por miles de hombres cuando dormía, cambiando ubicación sistemáticamente, Venecio era parcialmente indestructible.

Pero ese Venecio no fue el pobre soldado que asesiné en estado de borrachera, tambaleándose como una boya en el mar, en un trigal despoblado dirigiéndose a su casa, con el sueldo incompleto para alimentar a una esposa y dos hijos.

Antes de matarlo le expliqué:

— Vengo del futuro, donde eres un temible dictador neo-fascista.

— Vaya —dijo, estaba borracho como un tío en Navidad—.

— Tú aún no tienes siquiera esas ideas en mente, surgirán en una reunión con soldados del viejo régimen, una congregación a la que estabas destinado a asistir y en donde ideas autoritarias inundarían tu cabeza.

— ¿Yo, un dictador?

— Emperador, así te hacías llamar.

— ¿Al menos seré bueno?

— Eras —le corregí, con algo de duda—, eras del tipo despiadado.

— Bueno, pero un dictador tiene que ser malo para ser buen dictador, ¿no?

Nunca había reflexionado al respecto. No quise dialogar más y le apunté.

Su último gesto fue darme su sueldo en líquido, para su mujer. Luego disparé. Yo lo asesiné y me gasté el dinero en cigarros bolivianos de contrabando, que son horribles, y saben a pies. Pero en fin, no se trata de lo que le hice a ese horrible hombre (que no había hecho nada todavía).

La maleta de camuflaje posee varias prendas que en cinco o seis minutos pueden ser moldeadas para hacer un sinfín de combinaciones. El material con el que están hechas asemeja a la malla de poliestireno por su maleabilidad, basta colocarla en el maletín, indicar en el ordenador el tipo de vestimenta, y voilà, estás en el último grito de la moda.

Bien, este implemento lo usé por primera vez en el 2060, en el mundo en que yo creí haber evitado una guerra, tenía que verlo por mí mismo.

— ¿Es el año 2060, verdad?

— No, señor — me respondió el transeúnte—, es el año 7 después de Augurio.

— ¿Augurio? ¿Quién es ese?

— ¡Policías, llévense a este hombre! — gritó de pronto.

Tuve que escapar de los guardias, que vestían de blanco y no de negro y no llevaban el estandarte del cóndor de dos cabezas, sino uno extraño para mí, un capibara de seis colas.

Escondido en una biblioteca tras cambiar de camuflaje me enteré de lo que había pasado: el movimiento neo-fascista había llegado al poder de igual forma aunque unos años más tarde, pero el hombre que había tomado el mando de este colosal partido internacional no era Venecio Ahumada, sino un tal Augurio Torquen.

Si Venecio era malo, Augurio era diez veces peor. La semilla del mal había brotado de nuevo, entonces yo entendí que el problema no era el retoño, sino la primavera. Me escondí varios meses mientras pensaba qué hacer, tuve que informarme para poder trazar un plan. La facilidad con la que había transcurrido mi primer viaje se debe a que la Agencia me había ahorrado el trabajo de años; yo apenas sabía quién era este hombre, que no obstante se me antojaba peor que el anterior. Estaba la misma crisis, el mismo hambre, pero en términos meramente técnicos y estadísticos había logrado cifras más altas.

Varias veces usé el camuflaje para intentar hacerme pasar por sargento del partido, pero estos estaban muy bien organizados. Era más fácil vivir como mendigo y campesino para no levantar sospechas.

En esos meses mi ataque se planificó desde la misma modesta biblioteca de un pueblo de Guatemala. Los más recientes libros de historia, las hemerotecas y los artículos de internet me permitieron hacerme una idea de dónde atacar al enemigo. Mas mi resolución final fue simple: no debo buscar el momento para matar a este hombre, pues como Venecio es un instrumento que puede ser suplantado por uno o por otro, que bien o mal, cumplirá su papel en ese vacío histórico. Por lo que solo queda una cosa como resultado: debo aniquilar la institución, no al hombre.

No pude hallar con exactitud en qué días se había desempeñado la primera reunión de esta abominable masa de gente que hoy por hoy dominaba parcialmente el globo. Pero sabía quién sí. Viajé en el tiempo treinta minutos antes de matar a Venecio para preguntarle.

Yo estaba allí esperándolo, fumando un cigarrillo con la total certeza de ver hacia el norte, el lugar de donde él indubitablemente saldría entre el trigal y la luz de luna escasa. Tenía que interrogar a Venecio, pero yo mismo era mi obstáculo, solo yo me lo impedía, no había nada más entre ese silencio casi absoluto solo interrumpido por el sonido de las urracas.

En ese momento, mientras se gastaba el último cigarro, pensaba en total abstracción sobre los días amargos de prisión. Como yo sabía que estaba pensando, aproveché esa ventaja para asesinar a ese otro "yo", cometiendo a la vez asesinato y suicidio. Lo escondí entre el maizal. Fue un hecho inaudito que alguien por primera vez en la historia pudiese verse muerto a sí mismo; una sensación de la que solo yo soy poseedor. Lo más semejante es mirarse ebrio en el baño de una discoteca.

Sabía que no era mi "yo" actual y consciente; era y no era yo, formaba escasa parte de mí, pero algo pequeño e irreconocible que acababa de desaparecer. No constituía un crimen medible por las leyes de la lógica, aquello sin nombre era materia ajena a jueces y ujieres.

¿Qué hubiera pasado si hubiera dejado que ese otro yo siguiera vivo, si le intentaba explicar la inutilidad de una acción que yo mismo cometí con total seguridad? El resultado no era previsible, me conozco, yo no confío en nadie, ni siquiera en mí mismo, y con todo eso del camuflaje dudar era lógico. Aquello no me dejaba otra opción.

Las infinitas paradojas que pudieron haberse desvelado en esa noche decidieron quedarse a dormir. No serían acaso esas paradojas obras hechas para el entrenamiento de la gente, círculos abiertos ante una verdad cerrada; nada había pasado al matarme a mí mismo, el tiempo de mi ser no dependía del hecho anterior, el pasado era destruido, la máquina del tiempo no viajaba entre las eras, sino entre momentos vagos únicamente encadenados por casualidades que el universo mismo ignoraba.

Todo esto se me ocurrió después, cuando tuve más tiempo. En ese momento solo esperaba a Venecio llegar. Estaba vestido como un soldado del regimiento panamericano, mi nombre no era Red, sino Francisco Buenavista. Había no solo terminado con mi vida, sino usurpado otra, inmiscuido en un papel para representar una comedia ante un joven borracho, futuro tirano, que se dirigía a pasar la noche con su esposa e hijos.

— ¿Venecio, no te acuerdas de mí? Buenavista, el Picaportes. ¿Cómo te trata la vida? — Ah, Picaportes, Buenavista. Claro, qué días aquellos los del regimiento, ¿no?, con las mujeres de Milán, las escapadas de la noche. ¿La vida? Bien me trata, ¿y a ti? — Bien, muy bien, esposa e hijos, igual que tú según me han dicho. ¿No sabes por cierto lo de la reunión? Un antiguo compañero, Remy, me ha mencionado algo, pero muy vagamente. — La reunión, ah bien, sí. Yo no recuerdo muy bien, ha de ser los palos, dejo todos los recuerdos en el bar. Pero si tanto te importa creo haber recibido una carta del mismo Remy, no la he abierto aún. Apostaría que es sobre eso. ¿Te queda tiempo? Aún en mi casa poseo un buen vino sin descorchar, no veo ocasión para no celebrar.

Aquello se había tornado insólito, mi breve encuentro con aquel hombre se habría de prolongar unas cuantas horas. El hombre que anteriormente había asesinado me invitaba a su casa, al seno de su familia. Casi sentí remordimiento, pero pensé un segundo en que este hecho aún no consolidado le daría al mundo el mismo tirano. No sería Augurio, pero sí él, vivo aún, con esa carta que le haría asistir a la primera reunión del partido, el verdadero "cuello de corte" y no el que pensó la Agencia.

No podía permitirme volver atrás, no me había asesinado para nada, mis acciones no podían perder todo sentido al negarme su propuesta y, por otro lado, ¿qué tanto tiempo podría fingir ser un hombre, su antiguo compañero, mientras nos acercábamos a la luz, mientras su borrachera se disipaba en cada paso del camino?

Tras mi vacilación, acepté, no exento de dudas y posibles remordimientos.

Tras una conversación de la que yo fui partícipe, empezó en medio del largo trecho a considerar aquella compañía. Un hombre sencillo y carismático se me reveló, una faceta de alguien que sin dificultad podría ser llamado mi amigo. A mí, que había pasado una sección de mi vida entre los barrotes, me parecía descubrir entre esa charla algo entrañable. Casi olvidé que ese hombre era un huevo, un huevo enorme que contenía una abominable criatura. Casi.

Fue por ello que me costó asesinarlo una segunda vez. Justo cuando me desprevenía de mis temores anteriores, volvieron a aparecer con mucha más contundencia; mi miedo era infundado. Una hora de camino, un par de luces lejanas, varias nubes que se fueron alejando de la noche hicieron clara mi identidad. Él sacó un revólver de un momento a otro y me obligó a entregar mi arma. Ante su desesperación, no halló más escape que correr de mí. Aquel genocida no debía llevar sangre entre sus manos, prefirió huir antes que matar.

La misión estaba perdida. Él crecería lentamente como una mole carismática, en unos años sería el general que hundió al mundo. De nuevo, creé el futuro que había evitado. Él no sabía la maraña de posibilidades que su huida habría de generar, la gran telaraña de intrigas y momentos que aquello representaba para mí. Más aún, tenía en su poder una información vaga pero peligrosa. Podía suponer que desde ese momento aquella reunión y aquellos hombres podrían correr una especie de peligro; el día y el lugar de la congregación habrían de cambiar posiblemente.

Recurrí a mi único recurso, retrocedí a mis pasos, recobré el aliento y utilicé una de las dos máquinas del tiempo escondidas en el maizal (mis dos viajes al mismo destino habían creado un duplicado). Volví varios minutos atrás, intercepté a Venecio antes de que llegara a nuestro primer encuentro, lo asesiné y le quité el revólver. Seguido de eso, fui a donde estaba asesinando al otro yo, esperé que se encargara de él y le deposité un disparo en la sien.

Había matado para ese entonces a Venecio dos veces, y a mí otras dos. Ahora había otro problema: había tres máquinas del tiempo. Junté dos, introduje los tres cuerpos y los quemé. Solo quedaba el problema de la carta. Aquella noche parecía interminable, a pesar de que teóricamente yo tenía toda la vida para reproducirla una y otra vez mientras no muriera.

Cuando amanecía, pude ver que aquella llamarada podía ocupar la atención de los dueños del extenso terreno. Por lo cual, un pequeño alboroto esa mañana evitaría que yo desempeñara el rapto de la carta con facilidad. En esas condiciones, sin papeles, en medio del maizal, rompiendo la ventana de una casa para robar una carta en medio de la propiedad privada, no eran circunstancias que me favorecieran. Todo mal.

Viajé un día al pasado.

Esa noche, fui a la casa de Venecio, que pude identificar como el final del camino que antes andamos. Él estaría vivo, pero si no alteraba nada, mañana habría muerto por mi propio pulso. Entré a la casa en medio de la noche, todos parecían dormir, y antes de toparme en la sala, junto a las cartas aún sin abrir, entré accidentalmente y vi la progenie del hombre que yo asesinaría mañana. Aquello ya no me enternecía. Copié el contenido de la carta y la dejé donde estaba, salí de la casa sin irrupciones.

Una vez en la sonda del tiempo pude decirme “misión cumplida”, pero no. Me turbaba una sola cosa: mi visita pudo alterar los acontecimientos del mañana. No me explicaba cómo, pues nadie había notado mi presencia, pero esa sensación de cabo sin atar me punzaba dolorosamente.

Volví al maizal, y desde lo lejos vi todos los hechos desenvolverse de manera idéntica: los tres asesinatos y mi huida al pasado. No hubo necesidad de asesinarme, porque entonces yo no habría ido a buscar la carta, y aunque los hechos no parecían alterar los otros según ya lo he mencionado, la duda me acometió y huí antes de que pudiera verme.

En menos de seis horas había viajado tres o cuatro veces en el tiempo para salvar, asesinar y ver cómo asesinaban al futuro tirano. Mi objetivo siguiente era obvio: impedir la reunión que tendría lugar diez meses después de los eventos relatados.

Cuando perdí mi cumpleaños

Año 2422

Antes de ir a la reunión debía asegurarme de que Augurio volvía a estar al mando en el futuro que yo creé, fui entonces a 2460. Efectivamente estaba al poder, y los acontecimientos de este mundo al otro 2460 que yo había visitado en el primer asesinato de Venecio se diferenciaban en muy poco. Busqué en el

internet ocular el día en que yo había cometido los tres asesinatos, pero solo encontré un curioso artículo sobre la máquina quemada sin identificar y la posible visita de extraterrestres con la que lo asociaban.

Los cuerpos se habían carbonizado hasta el final, no habían dejado rastros de ningún tipo, que era lo que sin dudas más me preocupaba. Mi estadía en ese mundo distópico no duró mucho; una vez confirmadas las cosas que quería saber, fui a 2429 a la ciudad de Panamá —capital de la Confederación Panamericana Arialis— y dispuse mi interlocutor universal junto al camuflaje.

Fui como un transeúnte al edificio donde en aproximadamente doce horas se reunirían la caterva de radicales que traerían desgracia al mundo. Instalé una bomba en la sala de conferencias. Aquel diminuto artefacto había sido uno de los medios posibles que la Agencia me había dado para asesinar a Venecio. Ahora, situado bajo una mesa, le daría la muerte a veinte hombres, una pequeña célula de la cual yo habría de evitar su maligna reproducción. Esos veinte hombres en un año serían veinte mil, en dos serían dos millones, en tres todo Centroamérica, en seis serían una legión irreversible. Tic, tac, pum, ahora eran solo veinte cadáveres.

¿Sentí pesar por ellos? No. Solo tuve una parada, fui a la librería a comprar El Manifiesto Comunista. Libro que no leí, pero que sí situé a la distancia perfecta de la explosión como para no ser quemado en su totalidad. Aquello constituiría un rastro que desviaría la atención del crimen. Había hecho la clásica jugada Clinton: culpa a los comunistas de todo, y todos te creerán.

Recapitulando mi rápida visita a 2429 A) Compré el libro. B) Introduje el libro y la bomba. C) Viajé unas horas para confirmar el resultado. D) Compré un diario con el suceso, lo guardé en la Sonda como recuerdo y me marché de esa época en la que no tenía ya nada que hacer.

En el 2460 reinaba la paz. Los tiranos nunca habían existido, el partido no ascendió al poder, el mundo no conocía la guerra y todo eso, vamos, no es que la democracia funcionara de maravilla, pero yo había evitado cientos de posibles catástrofes peores. Aquel reconocimiento desconocido no me bastó, no me llenaba ser un simple héroe anónimo, yo tendría que convertirme en el mayor héroe de toda la humanidad para que valiera la pena.

Tenía a mi disposición la sonda del tiempo para ayudarme, era mi Decano, mi Siete Leguas, mi palomo. Con esto en mente y sin nada que me atara decidí

consagrar mi vida a explorar los límites del tiempo y el espacio. Pero, ¿y si iba más atrás de mi nacimiento, podría impedirlo?

Tenía una tesis al respecto, claro está: mi nacimiento no podía ser impedido, la paradoja al ser paradoja deja de ser paradoja. Mi nacimiento podía ser borrado de mil líneas temporales, pero ya habiendo nacido —mientras viajara en el tiempo— irrebatiblemente existía, provenía de un pasado que ya no existe, pero que por alguna razón, tampoco podía destruirse. Quizás el universo es permisivo con los viajeros en el tiempo.

Tomé la osadía de cumplir mi teoría, necesitaba tener una prueba tangible. Fui al día en que mis padres se conocieron, y le pagué a mi madre para ir a un hotel diez minutos antes que mi padre, que se fue con otra dama de placer. Una vez en el hotel escapé (vamos, no soy tan aberrado) y dejé trescientos pesos sobre el buró de la cama. Fui un año al futuro de ese momento, busqué en los registros, y el niño llamado Red, hijo de una prostituta de origen argentino y un traficante de drogas venezolano, no existía. Yo veía el registro tranquilamente; me había condenado a no existir en mi tiempo, había tomado inconscientemente la decisión de vagar hasta el fin de las eras como un espíritu fluctuando a través de los tiempos de todos los hombres, mujeres y niños. Todas las ataduras estaban rotas.

Detalles e incidentes de la Máquina del tiempo

Año 1999

Un héroe no se hace en un día, y es porque uno se equivoca al tropezar, y en un día se pueden tropezar una cantidad limitada de veces. Fue el tiempo quien me fue enseñando la forma de pilotar la nave con más pericia, hasta volverme un crono-nauta experto. No entiendo gran cosa de cómo funciona la Sonda, pero supongo que puedo describirla para ustedes: tenía una apariencia espacial similar a las viejas misiones que solían enviar los norteños a la luna.

Mi sonda tenía instalada una cama, una lámpara y una serie de recuerdos de mis viajes que constituían mis únicas pertenencias: arcos mohicanos, pedazos del muro de Berlín, máscaras africanas, el sombrero de Zapata, una copia de *La Máquina del Tiempo* de H.G. Wells firmada y dedicada "A mi íntimo amigo Red", un sostén de Iris Chacón, una réplica de sable láser que usaron en el rodaje de *Star Wars Episodio III,* un jarrón de jade de la dinastía Tang, una postal firmada por el Buda Sakyamuni, una odalisca perdida de Henri Matisse,

tres clavos de la cruz de Cristo y la guitarra agujereada de tiros de Víctor Jara.

Esos son los más relevantes del acervo. Como dije, me tomó años acostumbrarme, dada la cantidad de botones e instrucciones que en cierto grado yo había ignorado, entendiendo primeramente cómo saltar hacia adelante y hacia atrás en el tiempo.

Mientras la máquina vuela "sobre el tiempo" se mantiene estática en un lugar, pero mientras este proceso sucede se pueden indicar coordenadas para viajar a través del espacio doblado: no puede ser violentada la norma física de que dos cosas ocupen un espacio al mismo tiempo, por lo que introducir coordenadas fallidas haría aparecer la máquina en medio de un objeto existente, provocando seguramente mi muerte inmediata.

Para que esto no suceda, la máquina antes de aterrizar hace una pequeña absorción de átomos y partículas circundantes, logrando durante escasos segundos una necesaria recreación de área de vacío simulado. Básicamente destruye la materia a su alrededor. Meditando sobre esta característica, me di cuenta de que había podido usar la máquina para ir al comité del partido en el momento exacto y hubiera tenido el mismo efecto que la bomba microscópica.

El combustible de la máquina es duradero pero limitado, un material radiactivo de baja oscilación atómica, pero muy potente, llamado Martenio. Fue creado a mediados del siglo XXIII por físicos austriacos que patentaron reactores nucleares del tamaño de un maletín. 0,0003 gramos de Martenio es suficiente para lanzar una ojiva nuclear de 300 kilotones desde Japón a la India. El Martenio es color naranja-rojizo, y debido al brillo de su veta recuerda la atmósfera del planeta rojo, además, por su uso bélico se asoció fácilmente a Marte, dios de la guerra.

Mi reserva de este mineral es grande; en la primera oportunidad que tuve de necesitarlo no tomé una sino seis muestras, cada una oscilando entre el kilogramo. Un kilogramo es suficiente como para viajar linealmente 8.000 años, pero los viajes cortos y repetidos lo agotan más rápido por cuestiones de aceleración discontinua; una vez tomado un gran impulso se reduce el costo de su energía enormemente.

La máquina tiene un ajustador para acelerar o retroceder la velocidad con la que la Sonda navega de una época a otra, aunque se entiende que siempre

viaja a la misma velocidad. En el estado de fluctuación del tiempo se determina la cantidad de energía para llegar más rápido o más lento. Así, un viaje a cien años al pasado puede costar una hora de tiempo terrestre, y un viaje de seis días puede tardar veinte horas. Todo se ajusta a la velocidad y la potencia del Martenio, lo cual aumenta y reduce su desgaste.

Al principio, el ansia de llegar rápido me hacía tomar siempre la opción de viaje violenta, pero a medida que me fui acostumbrando a apreciar la muy poca cantidad de Martenio que había, y a sopesar que la existencia del Martenio dependía de hechos históricos que yo podía alterar, llegué a la resolución de que a veces es mejor pasar días enteros de viaje en el tiempo. Mientras, en esa comodidad, puedo dormir, descansar y planificar mi llegada con sustento de investigación en la base de datos de la Sonda, base de datos que siempre debía alimentar, dado que cada mundo había sido posiblemente alterado.

He aprendido a ser menos abrupto, a tener más delicadeza con el orden natural de las cosas que la máquina irrumpe y atraviesa. Poco a poco he manejado el camuflaje como un verdadero experto, tocándome muchas veces reproducir documentos de identidad falsos, e inventar personajes, orígenes e historias. Todos estos pequeños detalles componen el verdadero peso de la ficción que día a día me mantiene vivo. He sido desde entonces un nómada, un ser cuya identidad pasada conforma apenas un recuerdo lejano que la actualidad no tarda en diluir hasta disolverlo por completo, como la sal en el agua hirviente.

Dos incidentes he tenido con la máquina del tiempo. El primero fue deshacerme de la bomba oculta en la máquina. La Agencia confirma mis primeras sospechas de querer haberme enviado a un viaje sin retorno, pues una bomba escondida, que detecté por un leve tic que en principio confundía con el paso común del reloj, estaba programada para cuando la máquina llevara un mes de viaje se autodestruyera en modo crucero y sus restos se fundieran en la zona intermedia en el sótano donde se escriben las leyes fundamentales de la materia.

Pero un mes de viaje era demasiado. Desde el principio supe cómo alterar la graduación de la energía de la máquina, y desoyendo los consejos de La Agencia en primera instancia siempre viajé en la máxima potencia, por lo que varios años viajando representaban apenas varias semanas de viaje.

Mi imprudencia me salvó.

En segunda retrospectiva, también pude usar esa bomba en la reunión del partido; parece que esta máquina está llena de cosas que explotan. En fin, tuve que engañar a un equipo de S.W.A.T, convencerlos de ser un fanático de Star Trek (una vieja serie del siglo XX) con una nave a escala real comprada en internet que contenía una bomba que, irónicamente, y según sus palabras, era bastante rudimentaria. Ese equipo desmontó la bomba con una facilidad increíble, y tan pronto como lo hicieron, ante su menor descuido, escapé diez años de ese lugar y tiempo. El suceso inspiró en una línea de la realidad a hacer una nueva temporada de Star Trek, que yo conservo en VHS a pesar de ser muy mala.

El otro incidente fue cuando, al ir a la fiesta de Año Nuevo del 2000 en el Madison Square Garden, intenté ir a buscar para mí y mis acompañantes una botella de vino romano de la bodega de Julio César. Fue entonces, al gastar demasiada energía, pues preví llegar, buscar el vino e irme en un total de quince minutos, que la máquina me indicó que faltaba combustible para un viaje próximo. Al otro día, una vez recuperado de la apoteosis del nuevo siglo entrando, y asegurado una vez más que la sociedad no colapsara, empecé a preocuparme por la máquina.

El ordenador no tardó en tomar compatibilidad con el lento internet de esa edad remota, y tras muchísimas búsquedas no pude hallar directamente el problema, pero sí en esquemas generales deducir qué pasaba con mi máquina. Obviamente el Martenio no había sido inventado ese año (en ese tiempo aún usaban petróleo), por lo que, según la base de datos de la máquina, averigüé que debía ir cuatrocientos años al futuro para recargar gasolina.

Una vez hechos mis cálculos deduje que, si viajaba a una velocidad de un día por año, podría llegar a esa edad aún con tan solo un poco de energía más, en caso de cometer errores, como me había pasado con el caso de Venecio. Tardé quinientos días en viajar medio milenio. Fue un viaje para el cual me preparé, juntando una cantidad exorbitante de enlatados y libros.

Fue un camino extremadamente largo. El ocio me hizo leerme todos los textos, y buscar en la base del ordenador muchos otros, con lo cual me instruí durante un año y medio sobre historia, geografía y física general. Al llegar al año objetivo estaba gordo, sin afeitar y adolorido por la falta de actividad física. Ese año contraje un infarto que habría de sanarme con una prótesis mecánica del corazón, doscientos años más tarde. Pero volviendo al Martenio:

debí investigar dónde secuestrarlo, lo cual, dado que estaba en una edad tecnológicamente contemporánea con la máquina, me otorgaba cierta desventaja táctica.

Tras semanas de búsqueda, la respuesta se me presentó muy fácilmente, en un museo de la Confederación Aurialis donde se mostrarían unas muestras purificadas para no emitir radiación. Fue tan simple como llegar vestido de guardia, robarlo y traerlo de vuelta a la máquina. Suerte que quedaba un poco de Martenio, pues los junté, esperando varios días a que la radiactividad se volviera a activar; de lo contrario, habría de robar seis kilos de pedrería inútil. Funcionó, y aproveché la oportunidad para reflexionar y calcular cada viaje, graduarlo lo justo y necesario.

Fui a 1999, a las once y media de la noche, y en el Madison Square esperé que de nuevo los fuegos artificiales anunciaran el nuevo siglo. Esa noche tuve una reflexión al verme borracho (es decir, ver otro yo): ¿ese idiota era el que se proclamaba héroe de la humanidad haraganeando de siglo en siglo? No, tenía un gran poder, y debía hacer algo igual de grande con él.

Camino de héroes

1827

La intrascendencia de mis actos empezó a incomodarme. Una vez, tras terminar un libro de un francés sobre los grandes problemas de la sociedad, fui a visitar a su autor. Hablé tan solo una hora, intenté hacerle pensar al hombre que nuestra charla era producto de una coincidencia de cafés en una cafetería parisina. Su nombre era Víctor Hugo.

En esa línea de tiempo, este hombre era símbolo de buen gusto y honradez. Asestado por mil dudas, le hice una pregunta ambigua de la cual yo quería extraer la genuina respuesta que me incumbía.

— Maestro, ¿qué significa ser un héroe?

— Ayudar a la gente, nada más.

— ¡Como Jean Valjean! —dije, y luego me di cuenta de que aún Víctor no había escrito Los Miserables.

— No sé quién sea, pero me gusta ese nombre.

Desde ese día me dispuse a ayudar a la gente de todas las condiciones. No tendría tiempo para remediar todas las hambres, ni tampoco vida suficiente para auxiliar en todas las guerras, no me alcanzaría el intelecto para erradicar todas las pestes, pero la máquina podría flexibilizar todas esas tareas para mí. Pensé en Venecio y los miles de Venecios de los que está repleta la historia, que no importaba qué tan al futuro fuera, parece que el poder y tres o cuatro errores humanos le habían cobrado una deuda demasiado costosa a la humanidad.

Primero empecé por lo que ya sabía: asesinar. Así eliminé a Hitler, a Mussolini, a Napoleón, a Mao, a las eminencias grises, y a cualquiera con suficiente potencia militar como para amenazar la fluctuación de nuestra especie. Sus vidas —demasiado públicas— eran predecibles, encontrar el momento para liquidarlos se me hizo demasiado fácil. Luego seguí con las pestes. Ayudé, con bastante esfuerzo, a que la vacuna fuera inventada en el siglo XII, impedí la gripe española, la lepra, la fiebre amarilla, la disentería y muchas otras plagas. Utilicé y copié todos los contenidos de las vacunas, y en Florencia, instruí a varios médicos haciéndome pasar por un adelantado médico alemán. Los italianos me robaron el crédito y en buena hora.

Luego el hambre. Entregué e instruí a muchos pueblos. En esos años fui consejero de monarcas de todo tipo. Mis predicciones sobre los ciclos de cultivos, los adelantos que implementé a la agronomía —que no eran míos sino del señor Tul— aportaron una multiplicación sistemática de los alimentos en la tierra. Puse a los aztecas a sembrar papas, y a los vikingos a labrar con herramientas de hierro.

Luego fui de morada en morada: banqueros, ladrones, genocidas, todos fueron puestos bajo las cuerdas de la justicia. Fui de poco en poco destruyendo todas las cosas que le hacían mal al mundo, fui repartiendo doctrinas alternativas ante los sistemas desiguales, instruyendo a todos los hombres sobre el valor de la humanidad, haciendo que el oscurantismo estuviera lleno de luz y que el Renacimiento ocurriera antes del nacimiento de Da Vinci.

A medida que cambiaba la historia pasada del hombre, y adelantaba siglos y siglos, estaba destruyendo cientos de vidas humanas, impidiendo que nacieran hombres que estaban destinados a nacer. El mundo se quedó sin Hemingway, sin Du Fu, sin Cervantes, sin San Juan; pero en su lugar nacían hombres con los mismos o superiores ideales. Cada época nueva hacía brotar nuevos genios, ideas que relucían con más esplendor que antes. Entendí que nada es

irremplazable.

Había deshecho en varios años todas mis acciones anteriores. Venecio, Augurio, ni nadie de La Agencia habían nacido. Yo destruí ese futuro pasado, a la par que creaba una nueva raza. Luis Guillotiné había creado una máquina de cortar cabezas que llevaba su nombre. Guillotine se había matado a sí mismo igual que yo lo hice anteriormente.

La raza peligraba bajo sus propias invenciones: fuerzas militares, bombas de neutrón, misiles balísticos. Yo debía detener todo aquello, debía eliminar el filo de nuestros instrumentos, para cuando cayera la temible hoja, apenas pudiera darnos un golpe suave. Era una paradoja que nunca se deshizo, una suave ironía que yo saboreaba. Un hombre escogido por su capacidad para asesinar habría de salvar a toda la humanidad.

Pero el tiempo no apremiaba. Fui envejeciendo rápidamente, mi salud fue desmejorando. Mi sonda burlaba el tiempo, pero yo aún era presa de él. Entendiendo que yo hacía que la humanidad avanzara rápidamente, pensaba en algún momento ir cientos de miles de años al futuro y, en esa generación tan distinta a la mía, pensaba hallar entre las filas de esa nueva humanidad avanzada el enigma más grande ya resuelto: la fórmula de la inmortalidad.

Hijos de Caín

Año o

La inmortalidad. Sabía que en algún momento del futuro habría llegado ya el momento de este descubrimiento, sin importar qué tanto yo hubiere cambiado al mundo, pues dentro de su inconsciente el hombre primitivo del que todos venimos ha buscado la fórmula de su trascendencia material y espiritual. Todas las civilizaciones, todas las culturas que vi y modifiqué se veían aferradas a esa simple idea: la superación de los lapsos comunes de la vida.

Sin embargo, aún me preocupaban los sentimientos primitivos en el hombre. Quería dar el salto más grande de la máquina del tiempo, quería duplicar el tiempo de existencia de la humanidad de donde provengo para hallarme con una sociedad ya tan avanzada que mi máquina del tiempo no sea sino una versión arcaica de las que se comercian allí.

Para ello debí asegurarme de que la humanidad no se proporcionara su propio fin, ya que me daba cuenta de que a pesar de mis graves intentos de

reprimir su salvajismo, este siempre salía a relucir en el peor momento. Era la razón por la cual cualquier hombre, de la noche a la mañana, podría convertirse en un Venecio, un Augurio o un Somoza: la ambición, el sentimiento de querer pasar sobre todos los demás, era una pequeña pieza anclada en la parte reptil de nuestro cerebro.

Viajar tan adelante en el tiempo requería demasiado combustible. Era una apuesta. Por eso me decidí a que, para hallarme con esta civilización perfecta, debía asegurar una subsistencia duradera, debía destruir al hombre más primitivo: entonces fui al encuentro de los dos primeros hombres de la historia humana.

África Norte. El sol cae a cuarenta grados, dos de los primeros homínidos salen a cazar. Yo voy tras ellos, simulando ser un primate. Uno de los dos posee una gran piedra entre las manos, van encaminados hacia un risco, el sol anuncia su puesta, parece que todas las fuerzas vibraran cuando las sondas de luz reverberan en la amplia planicie. Una sombra se yergue sobre la otra, quien empuña la piedra decide asesinar a su hermano. Estoy presenciando el primer fratricidio de la historia. Uno de estos dos monos representa a Caín, el malvado, quien tiene la piedra en sus manos. El otro representa a Abel, el dócil, el inocente, quien está destinado a ser aplastado por los siglos en las numerosas versiones de su hermano.

Si sobrevive el hijo de este Caín, la humanidad será tal como siempre fue: una población guerrera, férrea, arraigada al darwinismo y la inclemencia con la que ha alimentado a este primate la naturaleza y su ejemplo feroz. Sus genes y memes poblarán la tierra.

Si sobrevive aquel, el hijo de Abel, la humanidad estará moldeada bajo un sentimiento de piedad, de amor, de la ternura e inocencia que ha absorbido ese espécimen de los signos apacibles del universo. Es una historia que sirve para ilustrar mi propósito: los dos llevan cargas genéticas diferentes, el gen del mal y el gen de la bondad.

Uno de estos dos va a bajar el risco, a encontrarse con Lucy, la primera mujer de la historia. Y en las venas portará esta Eva la sangre del homínido superviviente. Nosotros ya sabemos cómo es el mundo bajo los hijos de la estirpe de Caín. Su signo no podrá borrarse de nuestra frente, incluso aquí, cuando el último de la raza le dispara al primero; ese mono, mi abuelo, mi pasado más remoto, era quien estaba destinado a ser padre de la humanidad. Ahora él cae,

y con él su piedra, el objeto que nos mantenía inmóviles ante el progreso. Este mundo nuevo ve correr al otro, sin más armas que su mente.

Este es el día cero. Pero mi máquina aún lleva como calendario los viejos días del hombre. Pongo en marcha la navegación hacia un año casual, 2045, el único año en que el equipo de béisbol de Franklin Wong ganó la liga doble BB. Efectivamente, ese mundo nuevo no conoce la guerra, sino la paz. No conoce el hambre, sino la abundancia. No son hacedores de mal, sino hijos puros del bien.

Hijos de Abel

Antiguo año 2045 D.C

Yo había destruido el pecado general; al no poder extirpar el mal del mundo uno por uno, a pesar de intentarlo profusamente, fui directo al mal original. Ese simple acto, esos dos monos en África habían sido mi conclusión de años a la resolución del mal. Era impresionante que, aun en un mundo donde la Biblia no había sido escrita, aquella semejanza me parecía espeluznante.

Había entonces encauzado la civilización bajo otro signo. El primer rastro de sociedad que encontré en 2045 fue un pabellón de apariencia indígena. Entré en ella y los hombres que estaban allí me ofrecieron hospitalidad. Pedí hablar con el líder, pero no había. Una mujer desnuda respondió a mis interrogantes y el interlocutor universal hizo posible la comunicación.

— ¿Guerras?

— ¿Qué es eso?

— ¿Tribus?

— Solo una. Somos todos hermanos.

— ¿Comen bien?

— La tierra es generosa con nosotros.

— ¿Y la medicina?

— Las plantas lo curan todo.

Aquello no debía ser sino una reserva natural; sin embargo, fue un buen indicio. Si los indígenas de este mundo eran educados, pacíficos y amables, la civilización debía estar a un nivel superior. Estos sectores naturales debían coexistir bajo términos de absoluta tolerancia.

Debía buscar yo mismo los nuevos centros poblacionales. Mi ordenador, además, no se acoplaba a las señales informáticas de este mundo, seguramente encriptadas en frecuencias diferentes. Tardé buscando grandes ciudades, pero primeramente solo encontraba estos pequeños pueblos bien organizados y hospitalarios. Al encontrar las ciudades me llevé una sorpresa: aquellos sectores eran exactamente igual a los pequeños pabellones que yo había visto; estructuras de madera y paja, túneles subterráneos, hombres y mujeres trabajadores, pero ninguna tecnología avanzada.

Debía de estar en un error.

Tomé rápidamente la máquina y me fui directo al año 3445. Pero todo seguía obscenamente igual. Solo los rostros de los hombres habían cambiado, sus estructuras se presentaban como copias. Había atravesado mil años y las mismas ciudades seguían en los mismos sitios, con los mismos edificios, con los mismos comentarios.

Intenté otros dos mil años, a un año por segundo. Desesperado, me volví casi loco al ver todo exactamente igual. Sentí que habitaba un sueño, el sueño de un hombre mediocre, uno donde por alguna razón que yo no había detectado la humanidad se hallaba exactamente igual. Estos hombres debían vivir bajo una extraña tiranía, mucho peor que las que yo había visitado. Estos hombres debían estar silenciados por algún gran mal que se cernía sobre ellos.

Pero la máquina no accedía, estaba recalentada. La había hecho viajar casi diez milenios en menos de un día. Nunca había avanzado tanto y tan rápido. La dejé descansar un rato, mientras yo iba a una choza a preguntar sobre lo que había pasado. Sin frutos pasé tres días allí, hablando en un gran salón con todas las personas. Hacía ya mucho que no me detenía en un solo lugar. Cuando fui a verificar el estado de la máquina, no encontré más que cenizas. Tras la avería del intercomunicador, me refugié en esta cueva a esperar la muerte. Y la muerte vino por mí.

Coda: Feliz año nuevo

Ningún año

— Alto ahí, policía del tiempo.

Hombres vestidos de negro habían aparecido casi materializándose en el aire. Me apuntaban con cañones del futuro, dispuestos a reducirme.

— ¿Es usted Red-0982, ex presidiario, viajero del tiempo, abanderado de la Operación Guillotina?

— ¿Y ustedes quiénes son?

— Ya le hemos dicho, somos la policía del tiempo. División de milenios. Venimos del año 3032-T, de una de las múltiples líneas de tiempo que dejó abierta. Venimos rastreándolo desde hace veinte años para dar justicia a sus múltiples crímenes de lesa humanidad.

— ¿3032 dices? Estamos dos mil años en el futuro, y la humanidad apenas ha descubierto la rueda. ¿Cómo es posible que puedan saber quién soy, y estar aquí dos mil años después?

— Guárdese la palabrería, usted ha sido juzgado por el sistema de justicia automático. Wong, llama la sonda.

En ese momento apareció una Sonda de la nada. Su máquina del tiempo era toda negra y tenía un acabado liso de color mate. Adentro, la cabina era mucho más espaciosa, y revestía muchos más lujos que la mía. Los tres hombres habían pasado. Uno me estaba esposando, otro me apuntaba constantemente y el restante pilotaba la nave.

Todos vestían una especie de uniforme similar al traje de la Agencia. Parecían entrenados, y en ningún momento bajaban la guardia. Yo traté de sacarles algo de información.

— ¿A dónde me llevan?

—pregunté al piloto, el hombre que me hablaba mientras me detenían

—. ¿Hacia qué año vamos?

— No estamos viajando solo en el espacio y el tiempo, detenido Rad. Tam-

bién estamos yendo a otras líneas temporales.

— Eso es imposible. Solo existe una línea temporal, todas las demás son anuladas, destruidas. Yo mismo lo comprobé al impedir mi nacimiento.

— Impedir su propio nacimiento, número 899, es de todos los desastres que ha hecho, la única cosa buena.

— ¿Cómo te atreves? ¿No sabes lo que he estado haciendo durante estos últimos treinta años? Había impedido miles y miles de desastres, para luego...

— Usted no impidió nada.

— ¿Qué no impedí nada?

— En lo absoluto.

— Estás en un error. Deben tomarme por otro tipo, otro yo que seguramente ha cometido algún crimen. Un "yo" creado que no pude prever.

— Se le juzga no solo por sus crímenes, sino también por sus asesinatos, aunque estos, a decir verdad, se hallan en un orden menor.

— ¿Orden menor?

El capitán parecía extremadamente irritado por aquella conversación. Al ver el verdadero desconcierto en que estaba sumido, se vio en la tarea de explicarse.

— En mi línea de tiempo y según he comprobado en la suya, tampoco la ignorancia de la ley no exenta su incumplimiento. Usted ha sido condenado por el delito de Cataclismo Temporal con el agravante de alteración de grandes acontecimientos humanos, muchas veces sin propósito.

— ¡Pero si lo he mejorado todo!

— Déjeme ponerme menos técnico: cada vez que usted altera un acontecimiento cambia el mundo, y si usted altera un hecho anterior, vuelve a alterarlo, los mundos no se destruyen según usted los cambia, simplemente se crea otra línea temporal. Sumando todos sus viajes temporales, todas las veces que de manera grave o leve cambió un acontecimiento, usted ha creado un total de 1.345 líneas de tiempo: dimensiones paralelas que difieren de manera radical.

>>Una falta leve es pintar una grosería en las pirámides. En esa línea de tiempo ha creado una religión basada en la adoración de ese grafiti. No ha llegado a mayores porque los macedonios conquistaron y destruyeron esa religión. Una falta grande: acostarse con Catalina la Grande, crear un hijo bastardo llamado Red, que tomaría el control del imperio zarista y conquistaría un mundo, no permitiendo hacer universal la doctrina de Marx, por ende impidiendo a Castro y a Pol Pot, pero sometiendo el mundo entero a una ideología conservadora que la atrasaría mil años. También socavó la maquinaria capitalista y provocó diez siglos de sociedades únicamente agrónomas que degeneraron en feudalismo. Ha hecho 1.345 experimentos de este tipo tras de sí, marchándose en el tiempo, sin saber que cada vez entraba accidentalmente en una línea temporal diferente.

— No es posible. También he hecho cosas buenas, he llevado vacunas al mundo, he impedido guerras enteras y salvado a millones de familias. ¿Es que ustedes ignoran todos estos hechos?

— Estamos al tanto de sus devenires y delirios mesiánicos. No obstante, cuando usted llevó las vacunas al pasado fortaleció a esos países de enfermedades, pero de ellas mutaron algunas aún más fuertes, creando pestes y mortandades aún más catastróficas. Los mundos donde la guerra ha sido aplacada se han vuelto más densos demográficamente hablando, por lo que tarde o temprano deben enfrentarse a crisis por hambre y a desastres medioambientales que muchas veces han acabado por dar fin incluso a humanidades enteras.

— ¡Absurdo! La humanidad en la que yo viví primeramente fue regida por acontecimientos iguales que yo evité, y pude de esta manera prolongar la vida de la especie. Seguían vivos en el año 3500 D.C. en calendario estándar de mi mundo.

— Usted no lo está examinando del modo moral, número 899. Cada vez que usted altera una cosa y crea una línea temporal diferente, es usted el responsable de todas las cosas que pasan a partir de allí. Es decir, puede que algunas de las líneas se hayan destruido por acontecimientos diferentes a los que usted inculcó, pero eso no nos importa nada, porque usted creó ese mundo, y todas las vidas de esos mundos dependían de usted; y por lo tanto el exterminio de esas razas también va a su cuenta.

— ¿Pero es que me quieres decir que todas las civilizaciones que creé hoy son víctimas del exterminio?

— Sí, todas. Antes de usted había solo una humanidad por exterminar. Hoy, hay paralelamente un millar que no solo contienen vidas, que bien o malas, dichosas o miserables, sufrientes o no, contienen un solo final.

— ¿Pero cómo han muerto estas civilizaciones?

— Su sol muchas veces explota antes de que descubran el viaje galáctico.

— ¿Eso qué tiene que ver conmigo?

— Antes de usted no podían morir. No existían.

— ¿Así que todo esto se trata de una vaga moralidad? Yo también he dado oportunidad para que nuevos seres nazcan, mentes brillantes incluso. He otorgado al universo un museo de posibilidades.

— ¿Así le llama su pequeño experimento?

— No tiene sentido. ¿Por qué usted cree que todas esas vidas no valen nada tan solo porque llegaran a un final?

— Porque no era necesario. Nadie le dio permiso a usted para crear vida. Ha interrumpido el orden natural a su antojo. Cada viaje en el tiempo no levanta paradojas porque crea una línea de tiempo diferente. Ha creado millones de mundos cada vez que utilizó la máquina, muchos hambrientos, miserables, y otros, muy reducidos, prósperos. Pero eso nada tiene que ver con nosotros.

— Su argumento se basa en suposiciones sin clarificar.

— Estoy hablando claramente como representantes de la justicia de una de sus líneas de tiempo creadas, la T56. Usted no lo entiende, pero ha planteado en nosotros un problema metafísico enorme. Venimos de usted, no somos creaciones naturales. No somos más que réplicas de una realidad; nos ha puesto un debate moral en todas nuestras ciudades. Nuestro mundo fue creado a partir de una parada en 1973 para comprar cigarrillos. A partir de allí, toda nuestra historia no es sino una mentira. ¿No lo entiende? Suerte tienen los mundos que aún no se han enterado de usted, pero nosotros, detectando esta fisura, no hemos podido quedarnos callados.

— Pero qué importa la humanidad original, deberían estar agradecidos. Ustedes han nacido en un mundo gracias a mí, han creado una máquina del tiempo superior a la que La Agencia me entregó. Nos han superado, me han

capturado, ¿por qué debatir si su historia es una broma o no?

— Una parada para comprar cigarrillos. ¿Es eso digno, hay algo de honor en ello? No podemos alterar esto, alterar esto sería la muerte. Usted nos ha dado una vida que no queríamos, ha engendrado un mundo que no iba a existir, y sabiendo esto, nuestra existencia está marcada por eso. Nacimos siendo un error. Solo tiene importancia en mi sociedad este momento la corrección, el hecho de que pudimos superar el error. Para usted no es más que un juicio, para nosotros, es la cumbre de nuestra especie capturarlo y ejecutarlo.

— ¿Ejecutarlo? ¿Pero es que acaso en esa sociedad no existe el debido cumplimiento de las leyes? Me has dicho que hay un juicio.

— Pero no se parecen a los de la línea A del mundo 1. Los juicios son hechos sin presencia del acusado, son hechos por un ordenador especializado en lógica y razonamiento jurídico utilizando los elementos disponibles siempre y cuando sean suficientes.

— ¡Pero qué sistema más horrible!

— Usted lo ha creado.

— Ustedes lo han hecho.

— Y usted a nosotros, lamentablemente.

Rad respiraba con dificultad, veía la ventana pero no había nada tras ella.

— ¿Significa eso que seré ejecutado de inmediato?

— Usted es, como digamos, en un concepto que usted pueda entender debido a nuestras edades coincidentes, a ver... Karmático.

— Toda una existencia basada en la ejecución me parece patético.

— Me parece raro que lo diga usted, número 899.

— Vamos, ¿no pueden simplemente seguir de largo, fingir que nada ha pasado? ¿Por qué otorgarme tanta importancia?

— No es solo por nosotros, número 899. Es por toda la estela de miseria que has creado. Si vieras la clase de cosas que has hecho, no dudarías tú mismo en darte un disparo en la sien. Cosa que, por cierto, no sería nueva para ti.

Además, este último mundo ha sido de todas tu peor creación.

— Es un error, mi máquina se averió y no pude pasar jamás de sus primeros años. Si la hubieras visto medrar cambiarías de opinión. Tu máquina está bien. ¿Qué tal si vemos este mundo, sin hambre ni guerras? Eso te haría cambiar de opinión. Yo acabé con el gen del mal, con la parte primitiva del mono.

— La máquina no estaba averiada, eres tan imbécil que no entiendes lo que has hecho. Tú eliminaste el pensamiento de superación del hombre, creíste haber acabado con el mal pero no entendiste una cosa sencilla: el mal también era necesario para que el mundo avanzara.

— ¿Genocidas locos? ¿Campos de concentración? ¿Regímenes totalitarios? ¿Familias separadas, esposas violadas y niños soldados? Eso fue todo lo que impedí. El mal nunca será necesario para nada, es un error, un vicio humano que lo condena.

— Au contraire. El mal ha significado un empujón para el progreso; un mundo sin violencia como tú los hiciste forja seres descuidados, sin alianzas de paz, sin miedo. Un mundo sin cazadores que busque cada día su presa crea una sociedad de hombres flojos. Un mundo sin nada para combatir crea una serie de idiotas optimistas que creen inmejorable el mundo en el que ya viven. No importa cuánto avanzaras, el resultado sería el mismo: encontrarías un mundo sin progresos, sin gente mala, sí, pero sin gente buena para combatirla. Creaste una dimensión basada en el nihilismo; una sociedad que no cree en nada, y por eso serán siempre salvajes a pesar de los años y los años que pasen. Ya ves, tu experimento te ha costado caro. Pero descuida, ya encontramos el modo de acabar con tus sociedades absurdas y contigo.

— ¿Acabar dices?

— No importa cuántas veces tengamos que hacerlo. Iremos una a una al momento cero de todas las líneas que creaste, y exterminaremos a los homínidos. A todos. Así evitaremos todas las sociedades que has creado. Dejaremos todos los planos vírgenes para que la naturaleza aflore con su sabio juicio.

— ¿Piensan exterminar a todas esas sociedades?

— No, tú las exterminaste. Nosotros solo impediremos su nacimiento, así que nunca habrán nacido, y nunca habrán muerto. Piénsalo, es lógico. No hay otra manera.

— ¿Pero si las exterminan, como cada acto crea una línea de tiempo nueva, entonces en realidad no dejarían el doble de líneas de tiempo y la mitad de ellas seguirían exactamente iguales?

— Claro.

— ¿Entonces cuál es el caso?

— Que es moralmente correcto darles la oportunidad de cero intervención.

— ¿Y ustedes?

— Después de terminar de duplicar esas líneas, nos desharemos de ti y luego de nosotros mismos. Es lo moralmente correcto.

— ¿No es acaso simplemente más fácil ir a mi línea temporal y evitar que viaje en el tiempo?

— Cuando digo "deshacernos de ti", nos referimos a ese otro usted. Es un poco confuso, pero usted entiende.

— ¿Entonces buscan a ese otro yo?

— Jamás en diez mil años de servicio me había topado con un espécimen tan bruto. ¿De qué serviría dejarlo libre en el presente si cada viaje en el tiempo causaría otra línea? Y es precisamente por esto que perseguimos a sus duplicados. Además, fue usted quien fue juzgado, el Rad original. Por otro lado, usted en varias dimensiones está muerto, por lo que para salvarlo a usted mismo podríamos introducir un recurso legal de autodefensa, es decir, matar a su usted del pasado antes de que logre matar otro de sus clones temporales, pero eso sería más complicado y nadie le prestaría atención. Preferimos la tesis de matar al usted ya culpable y bajo sentencia de cosa juzgada, y decir que lo otro fue una pena accesoria a esta.

— ¿Cómo lo harán? La ejecución...

— Pensamos en ejecución estándar, pero me reservé el derecho de algo más estrambótico. Tuve que convencer al juez, le gustó la idea. ¿Lou, cuándo llegaremos?

— Un minuto, capitán.

— ¿Llegar a dónde?

— A ninguna parte —dijo el capitán con seriedad—, literalmente.

Rad observó cómo la máquina se aceleraba mientras el Martenio se consumía rápidamente. Jamás había visto un salto de esa velocidad. Su voz fue cortada por la del capitán.

— Por el poder que me confiere el gobierno mundial federal, delegado en mi rango y posición como capitán regente de la policía del tiempo, división de los milenios, siglos y eras humanas, de todas las líneas temporales posibles, sentencio al ciudadano de la Tierra original Red-0982, juzgado como el número 899 de detención y autor de los siguientes crímenes: cataclismo temporal, genocidio en masa indiscriminado, alteración del orden genético de su propia especie, experimentación con el genoma humano, cuádruple asesinato culposo en primer grado, con la agravante de ser el mismo una de sus víctimas al menos tres veces, magnicidio reiterado, con la agravante de haberlo cometido de noche, en despoblado, y bajo candidatos electos por la democracia en algunas ocasiones, viaje en el tiempo sin licencia, con la agravante de usar máquina sin serial, falsificación de identidad, con la atenuante de no haber usurpado la función de algún administrador público, y robo de materiales pertenecientes al patrimonio humano. Yo reitero su sentencia a muerte y concedo unas últimas palabras.

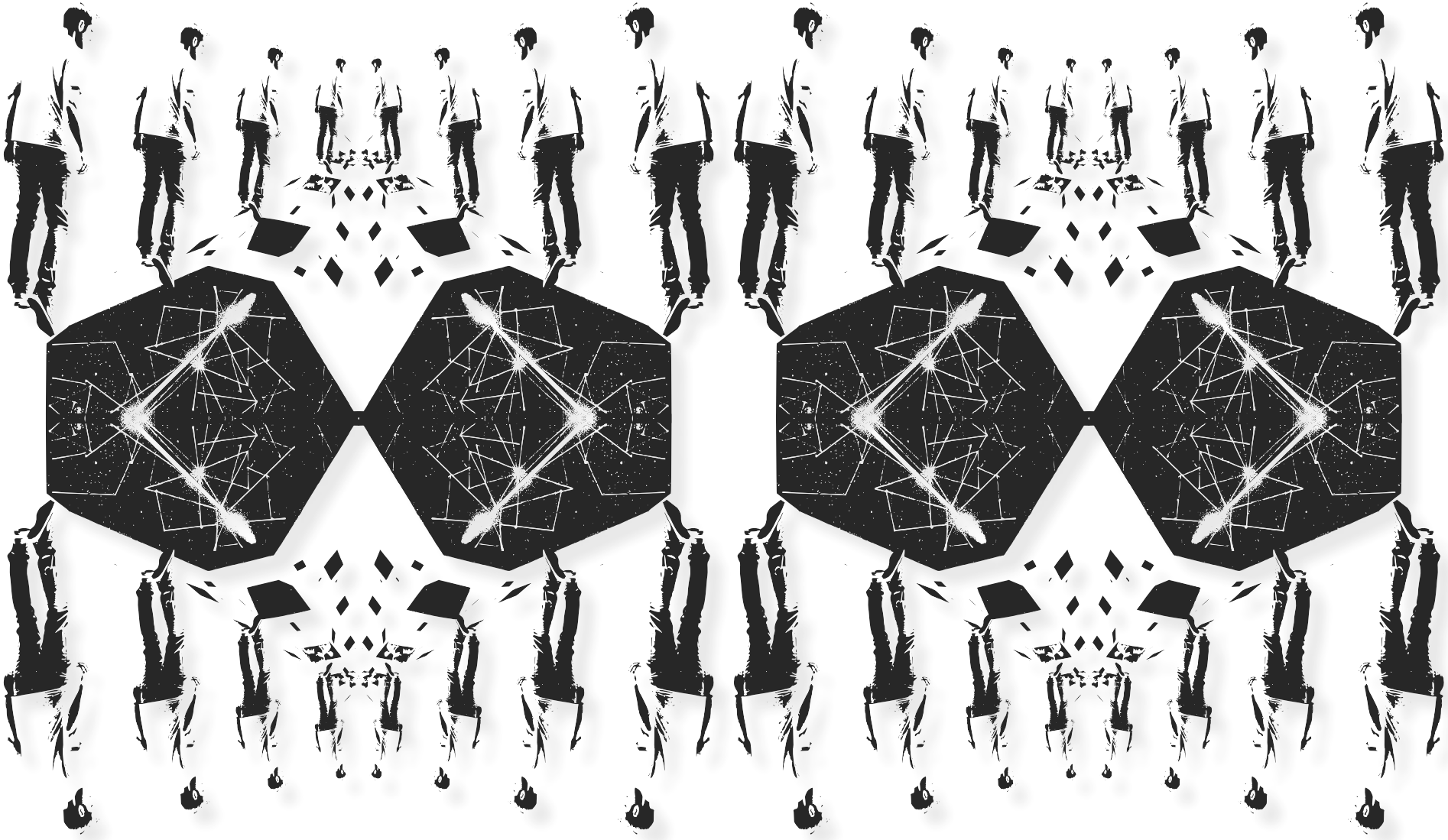
— ¿Puede ser una pregunta?

— No —dijo el capitán—.

La puerta de la Sonda se abrió y mostró la nada. El capitán sujetó al número 899 y le dijo al oído, como si le contase un secreto:

— Eres casi un padre para mí, seré condescendiente. Quiero que sepas que está en mi poder mandarte a la ciudad de Pompeya, ver cómo el Vesubio te derrite la cara y tomar la estatua en la que estará inmortalizada tu agonía y ponerla en la sala de mi casa. Puedo arrojarte con una cortada al río Ganges y ver cómo te infectas y mueres lentamente de fiebre. Puedo arrojarte treinta segundos antes de que una bomba atómica estalle en Nagasaki y que veas una partícula bajando y tu vida extinguirse bajo una alarmante desesperación. Pero en nuestro mundo no somos unos salvajes. Te vamos a arrojar un minuto al vacío para que puedas meditar qué fue lo que estuviste haciendo mal estos últimos treinta años. Te aseguro que será un minuto muy largo. Y debes aprovecharlo, porque después de eso, el Big Bang te pulverizará atómicamente,

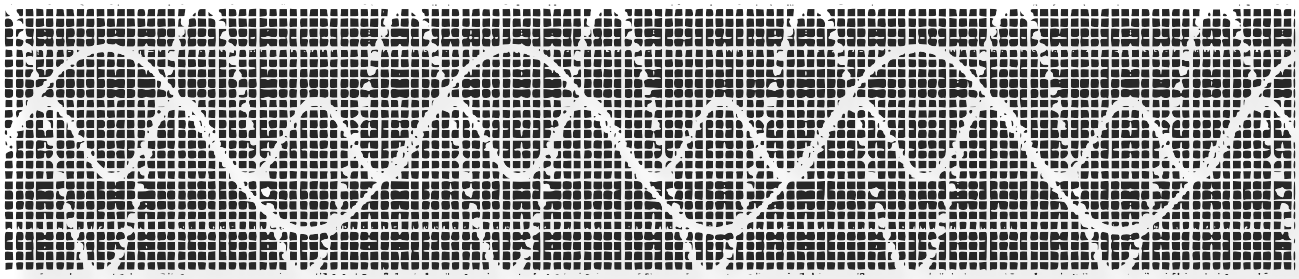
destruyendo cada partícula de tu cuerpo. Te gustan los fuegos artificiales, ¿no? Por eso viste el siglo nuevo dos veces, no una, sino dos veces. Te aseguro que estos serán los mejores fuegos artificiales que verás en tu vida.



Walter Palacios II

Autores

A.J. Roflo	Ohlin.93@gmail.com
Brahn Martinez	https://www.facebook.com/AbrahanDMartinez20 abrahandavid2024@gmail.com
Esaú Juárez	https://www.facebook.com/profile.php?id=100012075607914
Héctor Medrano	https://www.youtube.com/@circulodantesco
Heliogábalo H.	https://www.youtube.com/@willnido
L.R. Moya	la.academia.invisible@gmail.com
Luis Muelle	fax: 989765372
Manuel Martinez	manuelcmartinez6a@gmail.comInstagram: biologus.humanus.3
Marcos Iván Galván García	Instagram: biologus.humanus.3
Mario Giussepe Salcido Conde	mariosalcido028@gmail.com
Omar Gabriel López Delgado	OmarUltramar80@outlook.com
Oruga	https://lastortugascorren.blogspot.com lasorugasvuelanliterario@gmail.com
Sarko Medina Hinojosa	www.sarkomedinahinojosa.com sarkomedina@gmail.com
Walter Ulises Palacios Hernández	https://www.facebook.com/profile.php?id=100079259142530 walterpalacioshdz@gmail.com https://revistapaginalia.wordpress.com/



Amerindia electropunk se terminó de diseñar y maquetar en marzo de 2025 por PBMV Editores, en colaboración con EPU (club de lectura), Only Narradores y El balcón de Herodes.
Diseño y maquetado por Walter Ulises Palacios Hernández.